

AMBICATUS

EL PRIMER REY DE LA GALIA

ELISA RIVERO BAÑUELOS

Ambicatus

El primer rey de la Galia

Elisa Rivero Bañuelos

Copyright © 2023 Elisa Rivero Bañuelos

Mapas de Ion Ander Ramírez

Todos los derechos reservados.

Portada y logos de los capítulos generados por Midjourney.

A mi padre.
Por darme un mundo seguro y auparme a las manzanas.

CONTENIDO

[CONTENIDO](#)

[MAPA DE LOS PUEBLOS GALOS](#)

[MAPAMUNDI](#)

[PRIMERA PARTE – LUGUS](#)

[I - BUITRES](#)

[II - CIERVO](#)

[SEGUNDA PARTE - RÓMULO](#)

[III - RÍOS](#)

[IV - LOBO](#)

[V - OSEZNOS](#)

[VI - ÁGUILA](#)

[VII - CONEJO](#)

[VIII - ZORRO](#)

[IX - SANGRE](#)

[X - BALLENA](#)

[XI - CABALLITO](#)

[XII - ELEFANTE](#)

[XIII - TIBURÓN](#)

[TERCERA PARTE - NIETHOS](#)

[XIV - TOROS](#)

[XV - TORMENTA](#)

[XVI - LANZA](#)

[CUARTA PARTE - TARANIS](#)

[XVII - FLORES](#)

[XVIII - GRAJA](#)

[XIX - VIENTO](#)

[XX - HUMO](#)

[XXI - SERPIENTES](#)

[XXII - RUEDA](#)

[XXIII - POLILLA](#)

[EPÍLOGO](#)

[NOTA HISTÓRICA](#)

[ACERCA DEL AUTOR](#)

Tenía trece años cuando maté a mi primer guerrero. Ya no recuerdo su rostro, pero sí el aire límpido de los valles de Etruria. Por aquel entonces, el mundo era grande y sencillo, como una manzana madura a punto de desprenderse del árbol. Ahora, no son mis montañas de piedras lo que me roba el sueño por las noches. No. Un trono no se consigue perdonando. Fueron las decisiones tomadas cuando aún creía que el mundo estaba lleno de manzanos a los que nunca alcanzaría el invierno.

MAPA DE LOS PUEBLOS GALOS



MAPAMUNDI







PRIMERA PARTE – LUGUS



I - BUITRES

Avaricon^{[4](#)}, año 633 a.C.

—La lanza, Catus, esa lanza —decía mi madre mientras enredaba sus dedos por mi pelo bajo el gran roble—, es mágica.

—¿Mágica? ¡Ya sé! Con ella se puede matar a muchos más guerreros. —Y me levanté golpeando los restos de mi manzana como si peleara en una batalla campal, de esas con las que los niños de seis años sueñan despiertos.

—Puede, sí. El brazo de quien empuñe la lanza de Lugus es imparable. Pero ese no es su verdadero poder —susurró, consiguiendo que me volviera a sentar en su regazo para escuchar el secreto.

—¿Y qué es mejor que eso?

—Quien posea la lanza del dios... —e hizo una pausa para acariciar el envés de una hoja de roble—. Se gana el respeto de todos los hombres.

—¿El respeto?

Alcé la vista desde el corazón de la manzana al cielo, siguiendo el vuelo elevado de un águila. Entonces, mi madre arrancó a cantar.

Etruria^[2], primavera del año 626 a.C. (siete años después)

Formaba filas con mis compañeros cuando el trompetero hizo bramar el *carnyx*^[3]. Mis piernas volaron sobre la hierba tierna de primavera, desmarcándome del resto. Chocamos contra el enemigo. Noté un pinchazo en el hombro, pero la euforia solo me permitía centrarme en dónde hundía mi propia lanza. El guerrero etrusco que jadeaba a escasos palmos de mi rostro esbozó una mueca de dolor. Aunque tiré con fuerza, la punta de la lanza no salió. Desenfundé la espada y lancé un tajo por debajo de la carrillera del casco. Se desplomó. Uno. Otro guerrero ocupó su lugar y yo grité, sumando mi voz aún de niño al mugido del *carnyx*. Esquivé el envite y, agachándome, lancé una estocada a sus piernas. No fue suficiente y el etrusco descargó su hacha contra mí. El golpe nunca llegó. Dervo lo interceptó. Rematé al guerrero hundiendo mi filo en su nuez. Dos. Cuando giré en derredor, buscando nuevos adversarios, el enemigo se replegaba hacia el poblado.

Nuestra caballería atravesó el campo de batalla persiguiéndolos, pateando a los caídos. Deseé tener a mi caballo conmigo, pero solo los guerreros pueden montar, y yo aún era aspirante. Entre las nubes de polvo divisé a mi padre. Lucterio lideraba a sus soldurios sobre el carro de guerra, conducido por su fiel Orgeticus. El pecho descubierto y la cabellera gris, cubierta de ceniza. Su grito orgulloso se desvaneció en la lejanía. Algún día yo ocuparía su puesto al frente de los bituriges.

Contemplé a mi primera víctima. Era un hombre de unos veinte años, con barba corta y pelo enmarañado. Sus ojos oscuros, de animalillo, parecían mecerse con los restos de hierba que aún salpicaban la campa. Le quité el casco y comencé a cortar por donde ya había hollado la espada, seccionando músculos, nervios y hueso, hasta que la cabeza se desprendió del cuerpo. La introduje en la red de mimbre que colgaba de mi cinturón. Esa misma noche la embalsamaría.

La mirada gris de Dervo, sin embargo, se agitaba nerviosa entre el polvo de la campa y nosotros, como si viera sin comprender. Estaba acurrucado en el suelo y su atención se desvió hacia su pierna: un hilillo carmesí manchaba su pantalón. Le tendí la mano para ayudarlo a levantar y él camufló su dolor con una sonrisa.

Me saqué el casco liberando mi melena rubia, empapada de sudor. La ceniza con la que me había tizado el rostro se me metía en los ojos y la retiré con el dorso de la mano. Miré al cielo y aspiré el aire primaveral. Contra el azul intenso se recortaban las siluetas de cuervos y buitres, festejando la muerte. Al norte, aún se podían atisbar las nieves eternas de la cordillera Alpon. Quise gritarles mi proeza, que los buitres alzarán mi voz y la llevarán en sus picos lejos, muy lejos. Hasta mi tierra. ¡Dos!

Contuve la emoción en mi garganta y me dirigí a la aldea. La hierba aún conservaba su verdor bajo los cuerpos pisoteados. Estimé unos sesenta etruscos, la mayoría ya despojados de sus cascos y armas. También había de los nuestros: la mitad, quizá. Revisé sus rostros. Allí yacía Cambices, desnudo para demostrar que no existía el miedo. Rogué a Epona que lo llevara pronto al Atumnos, el otro mundo.

Cuando alcancé la aldea la lucha ya había terminado. En el aire aleteaban los gritos de terror de las mujeres y los niños. Pensé que, en ese momento, envidiarían a sus muertos. Las casas

ardían y el humo de la encina quemada impregnaba la brisa de la tarde, mezclándose con el olor del tomillo.

Al fin divisé el montículo junto a la linde. Los guerreros galos hacían fila para añadir sus piedras, una encima de otra. Me quité el guante y rebusqué en mi zurrón con manos nerviosas. El tacto liso de los cantos me calmó. Sonreí, recordando el momento en el que mi hermana me los dio, antes de salir de Avaricon.

—A ver si los gastas —había dicho Segonia en tono burlón.

De pronto, noté un tirón y las pulsaciones se me dispararon. Bajé la vista. Una anciana se había aferrado a mi bota. Sus vestidos de colores, adornados de plumas y huesos, contrastaban con su rostro pálido, surcado de tatuajes. La vida se le escapaba por el vientre abierto. Sacudí la pierna, pero no se soltaba. Comenzó a farfullar. Sus ojos negros parecían perforarme y yo no entendía nada de aquella perorata. Desenfundé mi puñal.

—Cuidado —escuché una voz a mi espalda. Era el mercenario ligur^[4] que habíamos contratado como guía—. Es una hechicera.

Agité la mano libre, espantando la advertencia. Las supercherías etruscas no tenían poder sobre mí. Esus, el dios de la noche, estaba de mi lado. Así que hundí el filo en su garganta y la vieja seguía hablando a pesar de la sangre que fluía a borbotones por su cuello. Durante unos instantes, creí que no acabaría. Finalmente, el chorro de palabras se extinguió. Tres.

Me desprendí de su cuerpo y limpié la sangre del puñal en la pernera. A mi espalda, el mercenario me miraba con fijeza.

—Te ha maldecido —dijo con voz trémula y retrocedió, temeroso quizá de verse salpicado.

—¿Qué ha dicho esa bruja?

El mercenario dudó unos instantes. Después se aproximó tanto a mí que pude oler el sudor rancio y la peste a caballo de su piel.

—Ha dicho que... no engendrarás descendencia salvo con tu gran amor, cuya vida jamás podrás compartir —susurró a mi oído.

Lo observé en silencio durante unos instantes, sintiendo como un escalofrío me trepaba por la columna. Al cabo, le di la espalda. La montañita había acaparado de nuevo mi atención. Me acerqué con paso inseguro, palpándome la herida del hombro que antes no había notado. Dolía. Ya junto al montículo, saqué las piedras. Clac, clac, clac. Cayeron las almas de los muertos aquella hermosa tarde de primavera.

Avaricon, verano del año 626 a.C.

La muralla de Avaricon apareció entre los álamos del pantano. Después de ver los muros de Felsna^[5] en Etruria, la fortificación de mi ciudad me pareció precaria.

—Padre. —Taconeeé a mi caballo, que arrancó el trote, y me puse a la altura del líder de los bituriges—. Habría que mejorar la muralla.

—Que se atrevan los carnutes a acercarse a mi ciudad... — Lucterio escupió al suelo al nombrar a la tribu enemiga.

—No serían capaces ni de llegar a la puerta —terminó la frase Orgeticus, su soldurio. El hombre era la sombra de mi padre, tanto para la política como en la batalla, a quien se debía por juramento de sangre.

Desvié la mirada hacia los marjales que circunvalaban el cerro de Avaricon. En parte, tenían

razón. Solo los bituriges sabíamos transitar por los caminos invisibles entre los carrizos. Pero el istmo por el que avanzábamos hacia la puerta era ancho y sólido.

El bullicio me sacó de mis cavilaciones. Los habitantes de Avaricon salían de sus casas para recibir a sus guerreros. Busqué entre los rostros aún lejanos que se apilaban sobre las murallas y creí distinguir a mi hermana. Los trompeteros hicieron sonar los *carnyx* y, cuando el eco del mugido se extinguió, tomé aire y grité a pleno pulmón:

—¡Tres, Segonia! ¡Gasté tres!

Aquella noche se organizó una gran fiesta en Avaricon, y los bardos venían cargados de nuevas canciones. No solo celebrábamos la vuelta de los guerreros. Durante nuestra ausencia, mi madre había pactado el casamiento de mi hermana Segonia con el segundo hijo del caudillo de los secuanos. Los lazos con el pueblo del jabalí, aquellos que moraban en las fuentes del río Secuana^[6], eran fuertes desde hacía décadas. Solo faltaba la bendición de Lucterio, el rey.

Nos reunimos en el *nemeton*, un pequeño bosque que crecía en lo más alto de la ciudad, junto al palacio. Un bosque más viejo que la propia Avaricon, cuyas raíces se hundían en los albores de nuestra tribu. Lo presidía un vetusto roble de raíces bulbosas como manos de anciano. Entre sus ramas había pasado mi infancia, y también mi padre y mi abuelo, y el abuelo de mi abuelo.

Al atardecer, el druida mayor de Avaricon sacrificó un jabalí a sus pies. La sangre regó las raíces y las cornejas que habitaban el árbol graznaron con regocijo.

—Esus acepta el sacrificio ofrecido por el joven Casticus —sentenció el druida tras hurgar en las entrañas del animal. Sus brazos brillaban escarlata hasta la altura de los codos y espantaba las moscas agitando su barba trenzada—. ¿Acepta el padre de la joven esta unión?

—Acepto —respondió Lucterio, de pie junto al árbol y vestido con sus mejores galas.

—Sea. El casamiento se formalizará durante el Lugnasad^[7].

El público estalló en una aclamación y se mezcló con los graznidos de los córvidos que ya picoteaban las vísceras del jabalí. Me volví hacia Dervo para compartir mi alegría con él. Mi amigo miraba con fijeza al druida. Desde la batalla en Etruria, estaba intranquilo. Ahora, sus ojos grises brillaban.

—¿No te alegras por mi hermana? —Le zarandee el hombro para despertarlo.

—Sí, claro... —Sus pupilas se apagaron de nuevo—. Solo es que no tengo nada que mostrar en la fiesta. No me he convertido en guerrero. Padre ni me dirige la palabra.

—Ya tendrás más oportunidades —lo animé, arrastrándolo con la multitud fuera del *nemeton* sagrado—. Mi padre dice que, si los carnutes no nos molestan mucho, el año que viene volvemos a Etruria.

Dervo asintió sin convicción. Sabía lo duro que podía ser su padre, aún más implacable que Lucterio.

En la entrada del bosque nos encontramos con mi hermana. Segonia trataba de ocultar su enfado con una sonrisa que parecía más un rictus de dolor en sus labios finos y pálidos. Llevaba el pelo pajizo recogido en una larga trenza y vestía una saya oscura ceñida que resaltaba su delgadez. Aunque ya fuera una mujer, sus formas apenas lo sugerían.

—Felicidades, hermana. Qué gran honor: el segundo hijo de Belkos —intenté picarla, pero su rostro parecía de hielo.

—Felicidades a ti por tus muertos. Tres no es mucho. Además, me han dicho que uno fue una anciana. —Ella continuó andando sin mirarme.

La imagen de la bruja retorciéndose en el suelo palpitó un instante en mi mente. Parpadeé para despacharla.

—Tenía mil años y aun así pesaba más que tú —arremetí en un segundo intento. Siempre aprovechaba para meterme con la delgadez de Segonia, aún a sabiendas de que yo era su viva imagen.

Sus ojos verdes centellearon y aceleré el paso. No le iba a dar opción a replicar. En la plaza de la ciudad ya abrían las barricas de cerveza y yo quería ser el primero en probarla. Le pedí a mi amigo su cuerno y saqué el mío del cinturón.

—¡Por Teutates! El pequeño Ambicatus viene a por *cervisia*—vociferó Magu, el mesonero. Todas las miradas se volvieron hacia mí—. ¿Te has ganado ya tu derecho?

Sonreí y retiré la piel que cubría mi trofeo, mostrando a Magu y a toda la plaza la cabeza embalsamada del etrusco. Jalearon y aplaudieron coreando mi nombre. El mesonero me alzó sobre el gentío y me lanzó a los brazos de los guerreros. Los hombres se repartieron alrededor del tonel abierto de cerveza y me mantearon una, dos, tres veces. El cuarto impulso no llegó. No me dio tiempo a tomar aire y me golpeé con los bordes al caer. Inspiré y la cerveza me inundó nariz y boca. Tibia, espumosa. Emergí en el caldero con un resuello, entre las risotadas francas de los guerreros. Magu me devolvió los cuernos.

—Querías dos, ¿no? ¡Pues dale!

Sumergí los recipientes con sendas manos en el líquido, aún boqueando. Me bebí el primero con ganas, pero con el segundo me vino una náusea que me costó contener. Cuando acabé, rellené los cuernos de nuevo y salí del barril torpe como ave mojada, entre los vítores de los bituriges.

Otros muchachos que habían matado a sus primeras víctimas aquel verano se acercaron a por su recompensa. Todos eran mayores que yo: dieciséis, diecisiete. Catorce como mucho. Tendí su cuerno a Dervo, que no tenía permitido beber por no ser aún guerrero, y nos alejamos a un extremo de la plaza.

Poco a poco se formaron corros donde los jóvenes bebíamos hasta rozar la inconsciencia, relatando anécdotas sobre las razias. Dervo quiso retirarse, pero lo engatusé con cerveza. A pesar de que el verano estaba bien asentado en la Galia, la brisa nocturna me arrancaba escalofríos de la piel aún mojada. Mi amigo me prestó su capa. Al cabo, una conversación llamó mi atención y me acerqué tambaleante.

—... Te juro por los tres dioses de la noche que hablé con ese mercader en persona —insistía un chico llamado Bregus con voz pastosa—. Él vio la lanza de Lugus.

Respingué. Durante el viaje de vuelta de Etruria se había corrido el rumor de que la famosa lanza de Lugus, el múltiple artesano, había reaparecido en el mundo de los mortales. Se decía que el que empuñara la lanza del dios sería invencible y podría reunir a todos los ejércitos bajo su mando. De críos, habíamos escuchado cantar a los bardos aquella historia hasta la saciedad.

—¿Y dónde la vio? —preguntó escéptico otro muchacho.

—No pienso decírtelo. —Y el muchacho se acabó su cuerno de un trago para apoyar su determinación. Su corpachón grande se agitó en un eructo.

—Eso es porque te lo acabas de inventar. Estás borracho.

—¡No lo estoy! —balbució Bregus y golpeó el suelo con la mano—. ¡En Roma! La vio en Roma. Una ciudad al sur de Etruria, creo.

Otros chicos se inmiscuyeron en la conversación, atraídos por el misterio que envolvía a aquel objeto mágico. Bregus no fue capaz de responder a sus preguntas y finalmente me alejé, agobiado. Me senté de nuevo con mi amigo. Dervo ponderaba una manzana con la mano libre mientras observaba a los muchachos.

—¿Sabes, Catus? Lo he estado pensando mucho —dijo al cabo, y dejó la fruta en el suelo para tocarse los primeros pelos de su barba, como si tirando de ellos fueran a crecer más rápido—. He decidido presentarme a la academia de druidas.

—¿Druida, tú? —dije perplejo—. Pero entonces no serás guerrero. No vendrás conmigo a las razias.

—Eso no es para mí. Jamás tendré tu destreza con las armas. Y ese mundo... la tensión, los muertos. No me refiero a los guerreros, sino a las mujeres y los niños, los campesinos —trató de explicarme en su tono siempre calmado—. Creo que los dioses, de alguna forma, me están llamando.

Quise rebatirle, argüir que nos separaríamos y que los amigos siempre deben guardarse las espaldas. Pero su rostro sereno, el aplomo de su voz a pesar del alcohol, me contuvieron.

—Si es lo que quieres...

—Algún día serás el rey de los bituriges. Liderarás esta ciudad. O incluso puede que encuentres la lanza de Lugus. —Sonrió socarrón—. Y pongas orden en toda la Galia. Entonces, tú serás Biturix, rey del mundo, y yo seré tu druida.

Alzó el cuerno y brindamos. Apuré la cerveza y noté el calor en el estómago, extendiéndose a las extremidades y subiendo a la cabeza. Suave y prometedor.



II - CIERVO

Avaricon, otoño del año 619 a.C. (siete años después)

Paseaba por el camino de ronda mirando alternativamente al pantano y al cielo. No había rastro de enemigos entre los carrizos. Tampoco se intuían nubes en el horizonte. Ajusté la fíbula que sujetaba la capa y me cubrí el hombro con su tela para frenar el aire helado.

—¿Se habrá visto algún año que no llueva por Samonios^[8]? —preguntó el hombre que hacía la guardia.

—Los carnutes han tenido que ofrecer muchos sacrificios a los dioses. Ya se arrepentirán cuando también sus campos estén yermos —respondí con rabia mal contenida—. ¿Algún movimiento?

El guardia negó. Contemplé el pantano que protegía a Avaricon: dos ríos, el Avara y el Auron, confluían alrededor del cerro donde los ancestros erigieron la ciudad. Sus aguas se estancaban en la llanura creando un foso natural. Sin embargo, la falta de lluvias había mermado la profundidad del foso. Las tierras circundantes, normalmente embarradas y traicioneras, se

secaban.

—Están esperando.

Volví a palacio con nubarrones en la cabeza, recordando aquella tarde, hacía siete años, cuando le insinué a mi padre que había que reforzar la muralla. Por entonces era un crío y nadie me tomaba en serio. El problema era que, a mis veinte años, con incontables batallas a mi espalda, Lucterio seguía sin escucharme.

Empujé el portón de entrada y accedí a la sala principal, donde el gran hogar chisporroteaba calentando toda la estancia y las habitaciones superiores.

—¿Dónde está padre? —pregunté a mi hermana.

Segonia y su marido secuano se inclinaban sobre un tablero del juego del Rey. Casticus le enseñaba a mover las piezas, talladas en madera de roble con incrustaciones de ámbar.

—Madre se encuentra mal. Creo que está con ella —respondió, molesta por mi interrupción.

Los dejé enfrascados en su partida. Sonreí pensando en cómo había cambiado su relación. Al principio, Segonia se enfadó con sus padres por obligarla a casarse con un segundón. Sin embargo, Casticus resultó ser un hombre amable que había conseguido aplacar el carácter ácido de mi hermana.

Subí la escalera de mano hasta la habitación de mis padres y su esclava me hizo gestos para que entrara. Un fuerte olor me asaltó al cruzar las pieles que separaban la estancia de las demás. Reda yacía en su jergón con el rostro muy pálido. Su enorme barriga parecía haberse reducido, a pesar de que ya debía estar próximo el alumbramiento. La visión me asustó. Mi madre había quedado preñada cuando ya creía que no podía tener más hijos.

—¡Madre! —corrí a su vera y le tomé la mano. Estaba fría como una lagartija en invierno—. ¿Qué ocurre? ¿Te encuentras mal?

—Tiene descomposición. —Lucterio, de pie junto a la claraboya, se encogió de hombros—. Trougo le ha dado unas hierbas para no sé qué. Dice que hay muchos enfermos en la ciudad.

—¿Y el bebé? ¿No le afectará?

—El bebé está bien, Catus —dijo mi madre apretándome los dedos—. Creo que ya quiere salir.

La seguridad de Reda me tranquilizó. Besé su frente e indiqué a mi padre que me acompañara fuera. Él me siguió torciendo el gesto.

—El pantano está casi seco. Los carnutes pueden atacar en cualquier momento y el lienzo norte de la muralla es débil. Llevamos años sin repararlo.

—Porque nadie va a entrar por allí —replicó mi padre con hartazgo, haciendo hincapié en cada sílaba. Hizo amago de retirarse.

—Entonces, ¿qué hace el ejército carnute? Llevan escondidos en los alrededores de Avaricon más de una luna. No han venido solo a cortarnos los suministros y a hostigar a los granjeros. Atacarán, padre. Podría ser hoy mismo, aprovechando la fiesta. Deberíamos doblar la guardia.

—A nadie se le ocurriría atacar durante el Trinoxtion Samonii. Tasgetius es un desalmado, pero no es tan necio como para retar a los dioses—. Lucterio tomó la escalera.

—Eso está por ver —mascullé, colérico.

La ciudad se preparaba para la última de las tres noches del festival de Trinoxtion Samonii. Era la fiesta de fin de año, que daba paso a los meses oscuros. Ese día había poco que celebrar: los carnutes, enfurecidos por las incursiones que habíamos organizado por sus aldeas aquel verano, se estaban tomando la revancha. Debido al cerco, apenas nos llegaba alimento fresco. Aunque los silos estaban llenos en previsión al invierno, el banquete sería digno de su rey: rácano.

Además, una epidemia se estaba cebando con los habitantes de Avaricon, llevándose a algunos niños y ancianos.

—Dicen que ha sido Roudix, el druida de los carnutes. Que nos ha lanzado una maldición —comentó Bregus cuando nos reunimos para acudir al festival.

Desde que Dervo se fuera a estudiar a la academia de druidas de Vesontio^[9], en Secuania, había hecho buenas migas con Bregus. Dos años más mayor que yo, el pelirrojo era el prototipo de guerrero galo: alto, fuerte y algo descerebrado. Tenía el cabello y la barba espesos como los de un jabalí. Así eran también sus dientes, tan grandes y desordenados que cuando hablaba, parecía que alguno se le fuera a escapar de la boca.

—Tú te crees todo lo que susurra el viento —le respondí.

—Y tanto que el viento. Está que corta —bromeó. Después, la sonrisa se borró de su cara pecosa y señaló el horizonte—. Mira qué luna llena. Ni una nube. ¿Eso también es casualidad? Los druidas de Carnutia son los más poderosos.

Agité la mano restándole importancia. Mi amigo era muy temeroso de los dioses y, para él, los druidas eran poco menos que seres sobrenaturales. Pero no podía reprocharle nada. El último de siete hermanos, había recibido menos atención de sus padres que los lebreles que atestaban su casa en los arrabales de Avaricon. Todo lo que temía a los dioses, lo compensaba con un arrojo casi demente en la batalla. Así, el pelirrojo se había ganado el respeto de los équités.

En el bosque sagrado se congregaba ya una muchedumbre. Las hojas marchitas del roble se agitaban con el aire como las propias cornejas. Junto a sus raíces, el nuevo druida mayor de los bituriges, Trougo, preparaba el sacrificio para Cernunnos. Se había prohibido salir a cazar, por lo que el dios del inframundo tendría que conformarse con un lechón.

Un murmullo se extendió entre el público desde la calle. Me estiré, pero no conseguí ver nada. Tuve que empujar a varios muchachos para asomarme al pasillo recién formado. Se acercaban dos figuras cubiertas de piel parda y coronadas con sendas cornamentas, simulando al dios astado, Cernunnos. Entre ellos caminaba un ciervo joven a paso lento, con sus ojos acuosos perdidos en el suelo.

Trougo los recibió con recelo, hasta que el primer hombre se le acercó e hizo unos símbolos con las manos. Era obvio que se trataba de otro druida. Ejecutaron al animal frente a una muchedumbre encantada con la llegada de los forasteros y su regalo.

Pasaron largo rato examinando las vísceras. Los espectadores comenzaron a murmurar.

—Es un mal presagio... —declaró el de Avaricon mostrando un trozo de hígado desmadejado—. Un presagio de muerte.

Noté la tensión en el rostro de mi padre, tras los druidas. El susurro se tornó en conversaciones abiertas, en discusiones. Alcé la vista hacia las cornejas y lo que vi me inquietó: no habían bajado a picotear el cadáver, como era su costumbre. Permanecían calladas, oteando la noche.

El gentío se dispersó en dirección a la plaza, donde se asaría el ciervo y se repartirían dulces de manzana. Bregus me quiso arrastrar hacia allí con el resto de muchachos, pero la curiosidad

por conocer a los forasteros me pudo y lo despedí.

El segundo encapuchado se había retirado la caperuza y los cuernos. Respingué al ver su rostro.

—¡Dervo! —troté hacia mi amigo y lo abracé, palmeando su espalda. No podía creer que estuviera de vuelta—. ¡Vaya disfraz!

—Catus —sonrió él—. Qué alegría verte.

Estaba incluso más alto que la última vez que lo vi, hacía ya un año. Me sacaba casi una cabeza, aunque se encorvaba ligeramente hacia adelante, y me recordó a un sauce agitado por el viento. Se había trenzado la barba fina al estilo de los druidas. Sus ojos grises, tranquilos como un cielo encapotado, vibraban.

Magu y sus ayudantes extraían el corazón de la cierva para ofrecerlo a los dioses. Después lo sangrarían y despellejarían para el banquete. Miré hacia las ramas del roble. Allí seguían las cornejas.

—Están inquietas —dijo Dervo—. Nos ha costado mucho llegar hasta aquí. Las noticias del cerco de Avaricon llegaron a Vesontio hace unos días y tuve un mal presentimiento. Consulté a los dioses, y me confirmaron que debía venir.

—Hasta ahora los carnutes no han hecho más que merodear alrededor de la ciudad y saquear las aldeas, cortándonos los suministros. Temo que no se conformen con eso.

Paseamos por el *nemeton* hasta la parte más elevada. La luna seguía trepando por el cielo frío y despejado. Abajo, en el pantano, reinaba la oscuridad. Pensé que debería preguntar a mi amigo por sus avances en la academia, pero solo podía pensar en los problemas de la ciudad.

—He oído que sufrís una epidemia.

Le conté los detalles de la enfermedad y el número de afectados mientras me escuchaba con los labios apretados. Cuando terminé, calló.

—¿Tú también piensas que ha sido Roudix, el druida de Cenabum?

—Ambicatus. —Posó su mano sobre mi hombro y apretó. Su contacto, que siempre me había tranquilizado, me alentó un pinchazo en el vientre—. Han tirado los cadáveres de los campesinos al Avara, río arriba. Cuando lo vi no le di importancia, pero ahora creo que el agua está encharcada y no respira. Los pozos de la ciudad están captando agua contaminada. Temo que no sea una descomposición normal, sino la enfermedad de la podredumbre.

La presión me subió desde la boca del estómago hacia el pecho. Pedí a mi amigo que me siguiera y corrí hacia la puerta trasera del palacio, la que daba al bosque sagrado. Nada más entrar, un grito resonó en el edificio. De camino a los aposentos de mis padres nos cruzamos con los esclavos yendo y viniendo, cargando cubos de agua y mantas. Subimos las escaleras. El rostro pálido de mi hermana nos recibió junto a la puerta.

—Ya está de parto. Pero algo va mal. Está muy débil. La matrona está con ella.

—Llamad al druida, ¡vamos! —rugí a un esclavo que estaba parado—. Y a mi padre.

—Yo buscaré a mi maestro —añadió Dervo.

Permanecí en silencio junto a mi hermana, escuchando los gemidos de nuestra madre, cada vez más débiles. Al cabo llegó Lucterio con cara de espanto.

—¿Cómo está?

No me dio tiempo a responder. Un *carnyx* rompió la noche con su mugido tétrico. Anunciaba batalla.

Abandonamos el palacio a la carrera. Fuera, las calles eran un hervidero de caos y pavor. Las mujeres corrían llamando a voces a sus hijos mientras los guerreros arrojaban la cerveza para ir en busca de sus espadas. En Avaricon no se portan armas. En Samonii no se esgrimen armas.

—¡Fuego! ¡Fuego en el lienzo norte!

Una humera empañaba el resplandor de la luna, confirmando la alarma.

—¡Padre! —rugí. Pero Lucterio había desaparecido. Entonces divisé la silueta enorme del cervecero—. ¡Magu! Recluta a mujeres, niños... cualquiera que no vaya a luchar. Necesitamos llevar agua al lienzo norte, o todo el arrabal prenderá.

—¡Entendido!

Agua, pensé. Dependíamos del mismo agua que nos estaba matando. Borré el rostro de mi madre de la mente y me dirigí a la muralla, confiando en la capacidad de mando del cervecero. Allí, los bituriges recorrían el perímetro, atentos a los movimientos del enemigo. El humo teñía el ambiente y me costaba distinguir a mis compañeros.

—¡Catus, aquí!

Seguí la voz de Bregus hasta que lo encontré al borde de la muralla. Armado hasta los dientes y a buen seguro borracho, mi amigo ensartó en su lanza a un guerrero que había alcanzado la cima, para después patearlo hacia atrás. El carnute se desplomó encima de sus compañeros en silencio. O quizá no alcanzamos a oír el crujido de sus huesos.

Me dispuse a su izquierda para cubrir el flanco descubierto hasta el siguiente biturige. Una escala voló hacia mis pies y se encajó en la roca. Allí abajo, por detrás del humo y los gritos, un carnute se disponía a subir. Esperé a que alcanzara cierta altura para desengancharla. ¿Uno? No me quedé a verlo caer: otra escala aterrizaba a poca distancia, y su dueño corrió la misma suerte. ¿Dos?

Entonces sonaron voces y mugió el *carnyx*. Cambio de táctica.

—¡Protegeos! —grité, aplastándome contra el adarve.

Una lluvia de flechas y piedras confirmó mi sospecha. Por los quejidos que nacían entre nuestras filas, algunos bituriges no consiguieron guarecerse a tiempo. Aprovechando el factor sorpresa, las escalas volaron de nuevo. Eran muchas. Por suerte, poco a poco iban llegando más defensores para cubrir las bajas.

Mientras yo retiraba escalas, un carnute alcanzó el alto. Para cuando acerté a desenfundar la espada, él ya trataba de hundir la suya en mi vientre. Retrocedí justo a tiempo. Sin coraza, me sentía vulnerable. Así que él atacó de nuevo y volví a recular, escuchando los jadeos de Bregus a mi espalda. Aguanté el impulso de volverme, me agaché esquivando el tercer envite y lancé un tajo a sus pies.

El carnute trastabilló, me impulsé desde el suelo y le atravesé el pecho, llevándome coraza, lino, piel, hueso y carne por delante. Su sangre me salpicó la cara. ¿Tres, cuatro? No importaba. Me di la vuelta justo para ver a Bregus empujando a un enemigo al vacío, para ver cómo ese enemigo le agarraba la camisa, llevandoselo con él. Dejé caer la espada y me lancé detrás, estirando los brazos. Le agarré una pierna y me di de bruces contra el murete. El carnute se soltó y cayó al foso junto a sus muertos. Y mientras, Bregus se balanceaba ofreciendo su torso desnudo al enemigo.

—¡Catus!

—¡Te tengo!

Sonó el *carnyx* y su mugido se dispersó en la niebla. Apoyé las piernas en el muro y tiré de mi amigo. Pero pesaba demasiado.

—¡Ayuda! —grité.

—¡Las flechas! —dijo él—. Ponte a cubierto, Catus. ¡Suéltame!

—Ni hablar.

Silbó la primera andanada. Una flecha pasó rozando a Bregus, pero su balanceo lo salvó. Yo no tuve tanta suerte y noté un dolor punzante en el hombro. Apreté los dientes para no soltarlo. Imaginé a los arqueros cargando de nuevo, prometiéndose no fallar esta vez. Cerré los ojos. Entonces, alguien me agarró por detrás y tiró de mí y de Bregus.

—¡Maldito pelirrojo! —bramó Magu, nuestro salvador—. Pesas más que yo.

Boqueamos en el suelo, arrastrándonos lejos del adarve. Bregus estaba tan rojo que la sangre que le bañaba el rostro se confundía con su piel. Liberó un suspiro de alivio.

—¡Como tres fanegas de chorizos colgando en el secadero!

Tomé mi espada y me alejé detrás de los refuerzos para inspeccionarme la herida. Ardía, pero no era profunda: el omóplato había frenado el impacto. Rompí la cola de la flecha y miré hacia Avaricon. Una cadena humana de mujeres y niños transportaba cubos desde el pozo al flanco norte. Abajo, junto a la base de la muralla, las casitas de madera ardían. Pensé en ir a ayudarlos, pero sentí un mareo y me acuclillé. A mi alrededor, todo bullía: pasos de retirada, trotes enérgicos de los refuerzos. De nuevo el *carnyx* y silbidos de flechas. Alaridos. Alguien pidiendo más agua.

Cuando alcé la vista, vi a mi padre batiéndose con un carnute al borde del abismo. A su espalda, su fiel Orgeticus. Lucterio enarbolaba su espada con destreza, a pesar de la edad y las heridas acumuladas en una vida en guerra. Y reía. Padre reía mientras Avaricon crepitaba, mientras los bituriges sangraban en la batalla o se pudrían en sus camas. Reía mientras madre agonizaba.

—¡Vete al infierno, perro carnute! —Empujó a su adversario herido al vacío y extendió los dedos de las manos—. Diez.

Me giré para no verlo más. Pero seguía oyéndolo gritar. Reír y gritar.

—¡Tasgetius! ¡Tasgetius! —llamaba al rey de Carnutia—. ¡Atrévete a subir!

Avaricon amaneció humeante. El sol me encontró recorriendo el camino de ronda, en busca de guerreros carnutes que aún merodearan por la ciudad. Pero ya se habían retirado. Me asomé a una sección medio derrumbada de la muralla y contemplé los cadáveres de los carnutes que habíamos despeñado. Diseminados sobre los carrizos secos, sus rostros pálidos contemplaban un cielo al fin gris. Las cornejas decidieron por fin que era hora de comer, y aprovechaban las costuras abiertas y aún calientes.

No eran muchos, los carnutes. Sin embargo, decenas de guerreros bituriges habían perecido o estaban gravemente heridos, colmando con sus lamentos la brisa otoñal. El golpe que habían infligido sobre nuestra ciudad, sobre nuestra moral, era terrible.

En ese momento, otro horror que había enterrado en las profundidades de mi cabeza emergió:

mi madre. Atravesé el bosque sagrado, libre del jolgorio de los córvidos. Entré en palacio y recorrí las estancias huecas hasta la alcoba, escuchando tan solo el eco de mis pasos, el crujido de la escalera. El rostro compungido de mi padre fue lo primero que vi al entrar. Segonia lloraba en silencio en el suelo, junto al jergón. Los dos druidas murmuraban mientras amortajaban el cuerpo de Reda.

Grité a pleno pulmón y todos se volvieron. Entonces, fui tambaleándome hacia mi padre y le propiné un puñetazo en la cara. Cuando iba a asestar el segundo, se cubrió. Continué descargando mi ira contra él hasta que mi hermana me empujó. Solo entonces escuché otra voz, un grito agudo y potente. En la esquina de la habitación, la matrona acunaba a un recién nacido. Me dejé caer al suelo y lloré.

Avaricon, invierno del año 619 a.C.

La llamaron Lucteria. Mi hermanita había pasado sus primeros días muy débil, hasta que la leche de una buena ama de cría la fortaleció. Cuando calentaba el sol, Segonia la llevaba al *nemeton*. Decía que la presencia del roble la calmaba.

Yo no me separaba de su lado, tocando sus manos diminutas para comprobar que no se enfriaba y jugando con las cornejas para arrancarle una sonrisa. Además, así conseguía evitar a Bregus: su presencia de jabalí hacía llorar a la niña. El guerrero no me dejaba ni a sol ni a sombra desde la batalla.

—Te debo la vida —repetía hasta la saciedad.

—Ya vale, Bregus. Tú también me cubriste las espaldas. Son cosas que pasan en el frente.

—Pero podrías haberme soltado. Tendrías que haberme soltado —rezongaba aguantando una sonrisa de dientes apiñados—. Y te quedaste allí conmigo, a merced de las flechas.

—Tendría que haberte soltado, sí.

—Te debo la vida.

Dervo fue mi otra luz durante aquellos días oscuros. Me ayudó a centrarme en la reconstrucción de la ciudad y asistió a Trougo durante los sacrificios, buscando de nuevo el favor de los dioses.

—¿Qué hemos hecho, Dervo? —me derrumbaba cuando estábamos solos—. ¿Por qué los dioses nos abandonan? ¿Por qué están de parte de esos sacrílegos?

—Quizá nos castigan por luchar siempre entre nosotros. Nosotros, que somos todos hijos de los mismos dioses. Primos, hermanos... ¿Tú sabes por qué combatimos a los carnutes?

—¿Que por qué? —Estuve a punto de zarandearlo, pero me contuve. Su serenidad me desquiciaba—. Han destruido todas las aldeas al oeste de Avaricon. El año pasado saquearon decenas de granjas. Y hace tres interceptaron los carromatos de trigo que traíamos desde Liguria.

—Y nosotros hicimos otro tanto. Pero digo antes. ¿Tú sabes cómo comenzó todo?

—Pues... —Inspiré aire y traté de hacer memoria. Revolví las hojas secas del bosque. El contacto con los robles ejercía en mí un efecto calmante—. Recuerdo que cuando éramos pequeños, mataron a un primo de mi padre en una fiesta, cuando aún las celebrábamos juntos en Cenabum.

—Aquello fue un ajuste de cuentas. Tu tío había matado a otro carnute —negó Dervo.

Sus ojos calmos se fundían con el cielo grisáceo, preñado al fin de lluvia. Los dioses habían

escuchado nuestras súplicas. Tarde.

—Nadie sabe cuándo empezó esta cadena de odio —continuó y me posó la mano en el brazo—. Pero tú puedes pararla.

—No les voy a perdonar nunca lo de mi madre. —Me levanté, dispuesto a irme y dejar de escuchar—. Además, yo no puedo hacer nada. Mi padre ya ni me mira. Entre él y Orgeticus, han conseguido que incluso el resto de équites me desprecien.

Era verdad. No sabía exactamente qué rumores habían extendido los viejos, pero los guerreros veteranos de Avaricon ya no me saludaban con la deferencia de antaño y sus mujeres cuchicheaban a mi paso. ¿Cómo ganarme de nuevo su respeto?

—No te desprecian: todos sabemos que vales mucho más que él. Algún día serás rey de los bituriges y tendrás que tomar una decisión. —Dervo alzó el mentón, pero no hizo amago de incorporarse—. ¿Cuál será, Ambicatus? ¿Perpetuar esta lucha hasta que no queden galos y nuestras ciudades se conviertan en polvo? ¿O intentar crear un mundo en equilibrio donde Lucteria pueda crecer sin miedo?

Me volví hacia el gran roble, donde Segonia acunaba a mi hermana pequeña y le tarareaba una canción. Era la canción de Esus, la que mi madre nos cantaba cuando éramos niños. Tragué saliva y alcé la vista al cielo, como esperando una señal de los dioses que confirmara las palabras de Dervo, que alentara una idea que se gestaba en mi cabeza. Una lluvia fina comenzó a caer, llorando quizá por el futuro que nos aguardaba.

Avaricon, primavera del año 616 a.C.

—Me voy —le dije un día a Segonia. Aquella mañana había visto el primer vencejo del año.

—¿A cenar ya? —preguntó extrañada. Lucteria correteaba por la hierba tierna, repleta de margaritas, y mi hermana mayor la seguía de cerca.

—No. Me voy de Avaricon. Mañana.

—Ya. —Cogió a la pequeña y se sentó en las raíces del roble, colocándola en su regazo. Lucteria se quejó. Mi hermana me taladró con su mirada durante unos instantes—. No aguantas a padre.

—No lo soporto, Segonia. Desde la muerte de madre se ha encerrado aún más en su cascarón. No me escucha, no razona. Dice que quiere organizar una gran ofensiva contra los carnutes este verano. —Hasta que Lucteria empezó a gimotear no me di cuenta de que estaba gritando. Me senté en la hierba y bajé la voz—. Cuando aún estamos reconstruyendo la muralla...

—Y nos vas a dejar con un rey desequilibrado y una niña medio huérfana—. Su tono era suave y seguía haciendo carantoñas a Lucteria, pero sus palabras me aguijoneaban.

—No me deja hacer nada —me excusé—. Necesito salir de aquí, aclarar las ideas.

—Haz lo que quieras. Siempre lo haces.

Se levantó y me dejó allí, arrancando trocitos de hierba como un niño. No hacía falta que me lo echara en cara para que yo me sintiera culpable. Me odiaba a mí mismo por dejar a la pequeña Lucteria, con apenas tres añitos y su parloteo vacilante. Pero sabía que Segonia la protegería como si fuera su propia hija. De hecho, la amargura que la acechaba desde que se desposó con Casticus por no quedar preñada se había esfumado cuando se hizo cargo de su hermana menor.

Las cornejas graznaron y supe que Dervo se aproximaba. Los animales le habían tomado

cariño y lo saludaban y seguían por las calles de la ciudad cuando venía de visita, arrancando susurros de admiración entre los habitantes de Avaricon. Mi amigo me había contado que, durante su instrucción, había superado la prueba del dios Cernunnos, señor de los animales, y que ahora podía comunicarse con ellos.

—Se alegran más que tú de verme —dijo mientras me tendía la mano para ayudarme a levantar.

—Eso es porque haces muchos sacrificios y las cebas. Dentro de poco no podrán ni volar de gordas. —Forcé una risa.

—¿Te vas? —preguntó mientras paseábamos hasta la parte más alta del jardín. Una corneja joven se había aposentado en su hombro y le revolvía el pelo lacio con el pico.

—¿También te lo han dicho los pájaros? —alcé una ceja, intrigado.

—Casi. Tu hermana.

—Ya sé que es muy egoísta, y que aún te quedan muchos años de formación en la academia de druidas. Pero quería pedirte que me acompañaras. Aunque fuera una temporada.

—¿A dónde?

—A buscar la lanza de Lugus—. Me giré hacia él y sonreí al descubrir el asombro en su rostro. Había conseguido desconcertarlo.

—Estás de broma.

—No. Quiero saber qué hay más allá. Conocer otras gentes. Y no me refiero a las escaramuzas de los veranos. Necesito saber cómo funcionan otros pueblos para solucionar lo que nos está pasando. Creo que, quizá, tengas algo de razón con eso de la cadena de odio. No hacemos más que sangrarnos. Y no solo nosotros: los heduos con los arvernos, los parisios con los senones...

—Y necesitas la lanza de Lugus para que te escuchen. —Sonrió y sus ojos brillaron.

—No sé si es solo una leyenda o si de verdad existe, pero al menos es una razón para salir de aquí. Quizá en esa Roma de la que tanto hablan tengan la lanza, o al menos respuestas. —Me atusé la barba, que había comenzado a trenzar como mi amigo. Sin embargo, mis rizos crespos se escapaban de las anillas.

—Te acompañaré. Solo porque me siento responsable de haberte llenado la cabeza de estas locuras. Pero, en algún momento, tendré que retomar mi formación. En la academia no me esperarán por siempre.

Nos abrazamos con la emoción del viaje palpitando ya en nuestro pecho. Las cornejas graznaron, previendo quizá que su amigo iba a dejarlas de nuevo solas y hambrientas. Y los vencejos silbaron en el aire tibio de primavera.



SEGUNDA PARTE - RÓMULO



III - RÍOS

Avaricon, primavera del año 616 a.C.

Partimos de Avaricon una mañana fría de Giamonios^[10], antes de Beltaine. Dervo: radiante, calmo. Como las aguas del Avara a su paso por la ciudad. Yo, nervioso e ilusionado, taconeando a mi caballo para perder cuanto antes de vista mi hogar. Bregus. Bregus... El pelirrojo había insistido en acompañarnos, excitado ante la idea de encontrar la lanza de Lugus. Pese a la reticencia de Dervo, en su momento me pareció buena idea.

Pero su parloteo constante prometía convertir el viaje en un auténtico suplicio.

—¿No creéis que llevamos poca comida? —Decía volviendo la vista a Avaricon—. Igual podemos regresar a por más. Seguro que en palacio les sobra el tocino. ¿Eh, Catus? ¿Y cerveza? ¿Tú cuánta llevas? ¿Catus?

Un río devoraba otro río. El Avara pronto se fundió con el Caris^[11]. Al segundo día rebasamos Nemessos^[12] sin detenernos más que para comprar un queso a un cabrero que se dirigía al mercado.

—Con los buenos cueros que se gastan estos arvernos... —Dijo Bregus con ojos tristes según

la ciudad quedaba atrás.

Atravesamos un joven Líger^[13] y alcanzamos Lugodunom^[14], capital de los heduos. Conocía a su príncipe Dumnorix de alguna celebración conjunta, hacía años. Tenía mi edad. Pero los heduos estaban en buenas relaciones con los carnutes y, por lo tanto y según mi padre, eran enemigos.

A los pies de la ciudad fagocitaba el Rhôdan al río Arar^[15]. Cruzamos en balsa y casi se nos caen los caballos. Nunca habíamos viajado al sur en primavera y los ríos, alimentados por la lluvia y la nieve, parecían querer devorar pastos y huertos, haciendas y ciudades. El gran río rugía turbulento con color de cielo.

—Ese tono es por los glaciares, los hielos perpetuos de las montañas —explicó Dervo.

Por fin nos adentramos en las susodichas montañas: los Alpon. Hogar de los dioses más esquivos, nacimiento de ríos y de leyendas oscuras. Bregus, siempre tan supersticioso, insistió en ofrecer un sacrificio a las montañas.

—Para que no nos ataquen los trolls —dijo.

—Más miedo deberíamos tener a las avalanchas, las riadas, los desprendimientos... —Respondí, planteándome si no debería haber esperado al verano.

—Y los salteadores —añadió Dervo.

Dejamos atrás el brillante lago de Genava^[16] y nos adentramos en las montañas casi desiertas, donde las primeras margaritas emergían bajo la nieve. Ni rastro de las marmotas que gustaban de solearse sobre las piedras. Pronto, los pastos verdearían y se llenarían de ovejas de heduos, secuanos, caturiges... Las jornadas por el territorio abrupto, monstruoso de los salassi^[17], no fueron un paseo. El paso de Pen^[18] era siempre uno de los puntos más temidos del camino a Etruria. Los salassi, pastores y mineros rudos y de costumbres arcaicas, esperaban en la cima para cobrarse un portazgo desorbitado. Pero eso era en verano, cuando el paso tenía afluencia de pastores, comerciantes y guerreros.

La víspera de Beltaine nos topamos con una capa de nieve que llegaba al pecho de los caballos. Un viento endemoniado levantaba los cristales de hielo arañándonos el rostro, cegándonos. Todo era blanco. Intentamos avanzar, hasta que el caballo de Bregus trastabilló y se negó a moverse. Se había torcido una pata.

—Es imposible —se oyó gritar al dueño por detrás de la cellisca—. Vamos a morir aquí.

—Tendríamos que haber esperado al verano. ¡Por Esus! —maldije para mí.

—Mañana es el día del sol brillante —me dijo Dervo al oído—. Belenos escuchará nuestras plegarias.

Entonces se acercó al animal maltrecho, que relinchaba de dolor y de frío y de impotencia, y le susurró palabras tranquilizadoras hasta que dejó de patear. En un parpadeo, extrajo su cuchillo y lo deslizó por el gáznate del caballo. La sangre manó a chorro, tiñendo el maldito blanco de escarlata. Se desplomó. El viento barría el vaho caliente que exudaba el cuerpo.

—¡Tritio!

Bregus se abalanzó sobre su caballo muerto. Se agitó unos instantes, quizá de frío, quizá de ira o de dolor, y después levantó su rostro y esbozó una triste sonrisa.

—Ha sido rápido.

—Vamos, hay que refugiarse —dijo Dervo—. Adelantaos.

Yo tiré de los dos caballos supervivientes y de Bregus hacia un pequeño chozo mientras

Dervo extraía el hígado y el corazón.

Beltaine amaneció con un sol radiante. La nieve sudaba y el hielo crujía y se desprendía en las cimas. Primero gotitas, después pequeños arroyos y finalmente torrentes que unieron sus voces en una sonata ensordecedora. El dios del sol había vencido a la ira de la montaña. Superamos el paso de Pen sin toparnos con ningún salasso: a buen seguro, recogidos en sus aldeas de los valles, suponiendo que nadie sería tan necio como para cruzar los Alpon en primavera.

Pronto el terreno se fue volviendo menos abrupto y las flores inundaron la vista. Sin poder montar, avanzábamos despacio siguiendo el río Duria^[19].

—Me debes un caballo, Dervo —insistía el pelirrojo—. Catus, ¿cuándo podremos comprar uno?

—Solo se me ocurre Verkelle^[20]. Después, no tengo ninguna intención de establecer contacto con los etruscos.

Conseguimos una montura en el último bastión ligur, Verkelle. Un caballo achaparrado y viejo que Bregus llamó Pentuar^[21], porque era así de original. Pero lo mejor que conseguimos en Verkelle fue a Boudo, un mercader ligur que dominaba el etrusco y el latín. Era un joven amable, de mirada color bellota y zumo en vez de sangre. Nos iba a hacer falta para sobrevivir en territorio hostil.

Porque al fin, nos adentrábamos en Etruria. La planicie se extendía hasta el horizonte. Bosques alternados con campos de cereal, manzanos en flor, riberas atestadas de viñedos, cientos de vacas pinteando las colinas... La codiciada riqueza etrusca al alcance de la mano.

—Una lástima que no podamos saquear todo esto —apuntó Bregus.

—¿Y no sería más fácil simplemente copiarlos? —dijo Dervo. Y el guerrero ri. Pero yo no.

Las ciudadelas etruscas se sucedieron ante nuestros ojos: Parmnie^[22], Mutna^[23], la imponente Felsna, donde librara mi primera batalla diez años atrás... Dejábamos que fuera Boudo quien accediera a las urbes para adquirir provisiones con las piezas de plata que, al principio con recelo, y luego con toda tranquilidad, le confiaba. El ligur sabía administrar bien mi abundante bolsa. Solo una vez nos tocó salir a la carrera cuando unos vigilantes felsinos escucharon a Bregus maldecir en galo.

Casi una luna después de dejar Avaricon, nos adentramos en territorio desconocido para los galos: los montes Apenninus^[24]. En comparación con los Alpon, cruzar los montes fue un paseo distendido. Allí, entre sabinos y umbros, los galos no éramos ya unos temibles invasores, sino viajeros procedentes de un pueblo lejano.

Según nos contó Boudo, Roma era la capital del Lacio. Los latinos eran gente humilde: pastores y agricultores pobres pero tranquilos. Se agrupaban en caseríos que trabajaban las tierras próximas plantando cebada y habas, y pastoreaban a sus piaras entre las encinas.

—Gente tranquila... —murmuré.



IV - LOBO

Roma, primavera del año 616 a.C.

Alcanzamos la ciudad una tarde tan calurosa que se nos supo a verano. Los mosquitos inundaban el aire de las tierras pantanosas alrededor de la ciudad.

—¡Por Esus! Si hace este calor y esta humedad ahora, no quiero imaginar cómo será en verano —se quejaba Bregus recogiendo su larga melena roja para no sudar—. ¡Jodidos mosquitos!

Atravesamos una lengua del río por un puente de la llamada Vía Sacra. Desde allí divisamos al fin las murallas de Roma sobre la colina del Palatino. Dervo interrogaba a nuestro guía, insaciable por conocer la cultura de aquella ciudad floreciente.

Cuando, al atardecer, cruzamos las murallas, Roma nos recibió con una mala noticia.

—El rey de Roma, Anco Marcio, está gravemente enfermo —tradujo Boudo de uno de los guardias—. Han convocado a todos los curanderos del Lacio para ver si alguien puede sanarlo.

Intercambiamos miradas. No podríamos haber llegado en peor momento.

—Tú eres druida, ¿no? —le preguntó el guía a Dervo—. Los romanos están desesperados.

—No, aún no. Solo soy un aprendiz —se zafó mi amigo.

—Pero algo sabrás de medicina. Deberías visitarlo —insistió—. Anco es un buen rey, muy querido por sus súbditos.

Dervo me miró, buscando mi ayuda, pero yo me encogí de hombros.

—Así podríamos hablar con el rey. Quizá él sepa algo de la lanza.

Nos encaminamos entre las calles adoquinadas de Roma hacia el palacio real. Subimos y bajamos por el laberinto de colinas sobre las que se asentaba la ciudad. Me sorprendió la arquitectura, sus enormes templos y palacios. Ya había oído hablar de las impresionantes urbes de Etruria, atisbadas desde la lejanía. Aquella visión provocó que sintiera vergüenza de mi propio hogar, a pesar de que Avaricon presumía de ser una de las ciudades más modernas de la Galia. ¡Qué pequeños éramos los bituriges, que osábamos llamarnos reyes del mundo!

Por su parte, los habitantes de Roma me parecieron enclenques y afeminados. En vez de *braccae*^[25], vestían togas y faldones, y se rodeaban de multitud de esclavos de aspecto precario. Cuando se cruzaban con nosotros, se alejaban todo lo que la calle les permitía y murmuraban.

Acercarse al palacio fue arduo. Una multitud se apelotonaba alrededor del magnífico edificio para interesarse por la salud de su rey, ofrendando exvotos a los dioses, haciendo cola para ofrecer sus servicios sanatorios. Por suerte, Boudo conocía a uno de los guardias reales por sus intercambios y consiguió hacernos pasar cuando la noche ya se señoreaba en la ciudad y los habitantes se retiraban a sus casas.

En el palacio nos desarmaron, condujeron a nuestros caballos a los establos y nos hicieron esperar en el vestíbulo hasta bien entrada la madrugada. Me entretuve examinando la decoración de los suelos, formada por pequeñas piedrecitas coloreadas que componían diversas escenas.

—Se llaman mosaicos. A los romanos les encanta representar su historia y a sus dioses. Presidiéndolos está Júpiter, señor del cielo, y padre de dioses y hombres.

—Como Taranis —dijo Dervo.

—Taranis es mucho más poderoso que estos dioses afeminados —replicó Bregus entre cabezadas.

—... Minerva, la sabia.

El sueño comenzaba a vencerme cuando un guardia indicó a Dervo que lo acompañara.

—Necesito al mercader. Es el traductor —insistió cuando el guardia nos hizo señas de que nos quedáramos—. Y a él. Es mi ayudante.

Tras un tira y afloja con Boudo, el guardia accedió y recorrimos varias estancias del palacio cuya función se me escapaba: un patio interior con jardín y fuente, rodeado de habitaciones laterales; escaleras y más alcobas. Finalmente, alcanzamos la cámara real custodiada por dos guardias, que volvieron a registrarnos. Entramos. Junto al camastro se encontraban un hombre alto y bien vestido, de mirada penetrante, que nos presentaron como el *tribunus celerum* Tarquinio, el jefe de la guardia. A su lado, una mujer velaba al enfermo. Rondaría los cuarenta, con el pelo azabache veteado de canas y un rostro achatado encogido en una mueca de dolor. Era Hostilia, la reina. Apenas nos dedicó un vistazo.

Ejecutamos una reverencia imitando al guardia y nos aproximamos al rey. La visión me recordó a mi propia madre. Pestañee y espanté los fantasmas.

Anco Marcio era un anciano arrugado, con un brazo torcido en una posición antinatural. Su

piel brillaba amarillenta bajo el sudor y tosía. Estaba inconsciente. Negué con la cabeza: era obvio que no había nada que hacer.

—¿Hay más gente enferma? —preguntó Dervo al tribuno. Boudo tradujo.

—Sí, algunos ancianos y niños. Como todos los veranos.

Mi amigo realizó varias preguntas y se aproximó a inspeccionar al moribundo.

—Es malaria. Los miasmas del pantano... —sentenció. El tribuno Tarquinio asintió. Después, mientras sacaba unas hierbas de su bolsa, se dirigió a mí—. Catus, marchad. Voy a intentar hacer algo, pero ya es viejo...

Dudé durante unos instantes. Boudo me tocó el brazo y ejecutó una reverencia de despedida. Lo seguí de nuevo hasta la entrada, donde nos reencontramos con Bregus.

Apenas dormí lo que restaba de noche, apoyado contra el muro del palacio, sobresaltándome con el ir y venir de los esclavos. Nos despertó un alarido con las primeras luces y la residencia real se convirtió en un hervidero. No hizo falta que nos lo anunciaran. El rey había muerto.

—Debemos ir a por Dervo —apremié a mis compañeros.

Cuando alcanzamos el patio, dos guardias escoltaban a mi amigo en nuestra dirección. Sus ojos grises temblaron cuando se toparon con los míos.

—Idos. ¡Ya!

Corrí hacia él y los guardias me apuntaron con sus lanzas, vociferando. Boudo tradujo.

—Lo culpan de la muerte del rey. Dicen que será juzgado.

Fui a agarrar la lanza de uno de los hombres, pero Bregus tiró de mí hacia atrás.

—¡Por Esus, Catus! Marchad. Me absolverán —insistía Dervo mientras más guardias se aproximaban.

—Nos apresarán también si no nos vamos, señor —dijo Boudo, retrocediendo ya hacia la puerta.

—¡Hijos de una loba! —grité con rabia dejándome arrastrar por Bregus—. ¡Te juro por los tres dioses de la noche que te sacaremos de aquí, Dervo!

Me llevaron fuera del palacio, de nuevo hacia las callejuelas de una Roma que despertaba con la noticia funesta. Bregus contuvo mi ira mientras Boudo volvía a palacio para intentar recuperar nuestras armas y monturas.

No me fue difícil averiguar a dónde habían llevado a nuestro amigo. El propio Anco Marcio había mandado erigir una prisión al noreste del monte Capitolino. Allí custodiaban a Dervo en espera de que se nombrara un nuevo rey que pudiera juzgarlo. Ni mi ascendencia como príncipe de los bituriges, pueblo desconocido para los romanos, ni todas las amenazas del mundo me abrieron las puertas de la prisión.

—Lo más sensato —razonaba Boudo— es ganarnos el favor del candidato a rey.

—¿Candidato? ¿No es hereditario? —pregunté hastiado.

—En Roma no siempre es así. Lo lógico es que el trono lo heredara su hijo mayor, Gneo Marcio. Pero no es más que un chaval. Además, está fuera de la ciudad cazando con su hermano.

Algunas lenguas insinúan que Lucio Tarquinio, el *tribunus celerum*, es el candidato elegido por el propio Anco en su lecho de muerte. Además, Tarquinio es el tutor de los hijos de Anco.

—Magnífico. Lo mejor que nos podía pasar. Involucrarnos en una disputa por el trono.

Paseábamos por las calles de Roma cuando percibimos una algarabía procedente de la plaza. Nos aproximamos. Una multitud se congregaba alrededor de un hombre.

Me abrí paso a empujones entre el gentío hasta que reconocí al orador: era Tarquinio, el tribuno.

—... Algunos dirán que mi ascendencia no es romana, pero soy consciente de que mi petición no es insólita. No soy el primer aspirante extranjero al trono, sino el tercero —voceaba ante el asentimiento de su público—. Tacio no solo era un extranjero, sino que fue hecho rey después de haber sido enemigo de Roma; Numa, un completo desconocido de la Ciudad, fue llamado al trono sin buscarlo por su parte. En lo que a mí respecta, en cuanto fui dueño de mí mismo me trasladé a Roma con mi esposa Tanaquil, o Gaia Cecilia como se la conoce ahora. He vivido aquí más tiempo que en mi propia patria en Etruria, desempeñando mis funciones de ciudadano. He aprendido las leyes de Roma, los ritos ceremoniales, tanto civiles como militares, bajo las órdenes de nuestro amadísimo Anco. Nadie me puede echar en cara que haya sido menos generoso que el propio rey en el trato a los demás.^[26]

No le dejaron terminar el discurso. El pueblo romano comenzó a aclamar a Tarquinio como legítimo sucesor de Anco Marcio. Algunos ciudadanos se alejaron, en obvio desacuerdo.

El candidato se encaminó hacia el Senado escoltado por sus entusiastas seguidores.

—¿Cómo vamos a hablar con el etrusco con tanta gente a su alrededor? —espeté a Boudo—. No hay quién se le acerque.

—Ya llegará el momento.

Seguimos a Tarquinio hasta las puertas del Senado y allí permanecimos expectantes hasta el mediodía.

—Y ahora, ¿qué? —pregunté a Boudo mientras este interrogaba a su vez a un patricio romano.

—Parece que el *interrex*, el gobernador temporal, ha convocado al Senado para proponer a Tarquinio. Y el Senado lo ha ratificado como candidato.

—¿Entonces ya está? ¿El etrusco es el nuevo rey de Roma?

Boudo me miró con lástima. Sentí ganas de golpearlo.

—Creo, señor, que aún quedan muchos pasos para eso. Aunque parece que Tarquinio lo tenía ya todo preparado y está acelerando los trámites.

—¡Malditos romanos! —escupí al suelo. El patricio, sobresaltado, se alejó murmurando—. ¿Cómo pueden hacer las cosas tan difíciles? En la Galia se habría solucionado ya a espadas.

—Según he entendido, ahora tienen que convocar a la asamblea *curiada*, compuesta por los representantes de las tribus. Si lo aprueban, debe obtener la aquiescencia divina confirmada por un augur, y luego convocar de nuevo a la asamblea...

Había dejado de escuchar, harto de los entresijos de la burocracia romana. Sin decir nada,

enfilé la calle principal hacia la salida.

—¿A dónde vamos? —Bregus me alcanzó al trote.

—A buscar a los hijos de Anco. Quizá sean más accesibles.

—Pero no sabemos dónde pueden estar. Se fueron de cacería y...

—Como si tenemos que inspeccionar todos los bosques del Lacio. ¡Por Esus, Bregus! No me sigas. Quédate aquí a ver si puedes abordar al etrusco, aunque tengo mis dudas.

Boudo y yo montamos sobre nuestros caballos y nos dirigimos hacia la puerta norte de Roma, dejando a un Bregus confundido entre el gentío. Alcé la vista esperando una señal que despejara mi incertidumbre. Sabía que mi idea era una locura, pero necesitaba salir de aquella ciudad. Tomé la vía del sur, hacia las montañas. Por un anciano supimos que aquel camino conducía a las ruinas de Alba Longa, una ciudad latina destruida por Roma. Allí se alzaba el santuario de Júpiter Lacial, que había sido el centro de culto de la liga latina hasta que Roma acaparara también la religión. Sin embargo, muchos latinos y romanos aún mantenían viva la vieja llama de Alba Longa, un lugar mágico donde antaño habitaron los titanes y la tierra escupía fuego. Nos cruzamos con fieles que volvían de ofrecer sacrificios al dios por la muerte del rey. De los muchachos de Anco no obtuvimos ninguna noticia. Al poco de partir, vislumbré la silueta blanca de un águila pescadora. Seguro que Dervo sabría interpretar el presagio.

Dejamos atrás los campos de cereales del *ager* de Roma y nos perdimos entre las dehesas cada vez más accidentadas de los montes albanos, donde las piaras eran relevadas por rebaños de ovejas y cabras. Aunque más luminosos que los de mi tierra, los bosques del Lacio consiguieron aplacar mi ira. Boudo dijo que aquel monte era un *lucus* o bosque sagrado, como nuestro *nemeton*.

Al anochecer, no encontramos rastro de las ruinas de Alba Longa y decidimos acampar junto a un lago. Un coro de ranas y cigarras me condujo al sueño, en el que las estrellas titilantes se cruzaban con las del cielo de Avaricon, y las ramas repletas de brotes tiernos de los alisos me recordaron al viejo roble. Mi último pensamiento fue para Lucteria.

Iniciamos el ascenso al monte Albano al día siguiente. Ya próximos a la cima, noté que mi caballo, Dusios, agitaba las orejas y venteaba el aire nervioso. Agucé la vista: allí estaba el altar de Júpiter Lacial. A los pies del pedestal había un lobo. Alzó la cabeza y nos miró largamente antes de perderse en la maleza. Avanzamos hacia el santuario, apenas un altar tallado en la roca, cubierto de hiedra. Solo las ofrendas de los fieles denotaban su uso.

—El lobo ha venido a comerse estos restos —dije casi para mí, señalando un ave medio devorada.

Boudo asintió con el rostro tenso, entre maravillado y asustado. Se bajó del caballo y depositó una torta de pan en el altar, murmurando.

—¿Acaso crees en los dioses latinos? —le pregunté.

—¿No has visto al lobo? Es el espíritu de Rómulo, el fundador.

—¿Y qué significa? —alcé una ceja, divertido.

Escuchamos unos pasos a nuestra espalda. Un jinete se acercaba por el sendero. Descendió

del caballo y recorrió el último tramo hasta el altar a pie. Aquella mirada fiera, los rizos negros... Lucio Tarquinio Prisco. Nos escrutó durante unos instantes hasta que su frente se distendió.

—¿Qué hacéis vosotros aquí?

—Presentar nuestros respetos a Júpiter por el alma del difunto rey —respondí, casi indignado. Sin embargo, Boudo parloteaba en latín señalando hacia la espesura por donde había desaparecido el lobo.

Una sonrisa zorruna floreció bajo el bigote de Tarquinio. Interrogó al ligur hasta que parecieron ponerse de acuerdo. Crucé los brazos, ofuscado por no comprender y carraspeé.

—El candidato nos ha propuesto un trato. —Boudo se volvió hacia mí. Evitó mirarme a los ojos—. Al parecer, el augur Atto Navio le negó la aquiescencia divina. Dijo algo así como que, para demostrar que era un buen romano, debía comparecer solo ante los dioses en el monte Albano. Le he contado a Tarquinio la aparición del lobo y dice que esa es la señal divina, pero que debía ser él y no nosotros quien viera a Rómulo.

—¿Y qué propone? —sostuve la mirada del etrusco. Parecía la de un depredador que ya ha detectado al ratón entre las espigas y solo espera el momento para lanzarse.

—Dice que debemos confirmar que fue él quien vio al lobo, que nosotros estábamos llegando al monte y lo vimos bajar.

—Entonces liberará a Dervo —afirmé, perdido ya en aquel duelo.

—Dice que hay una cosa más... —murmuró Boudo—. Debemos impedir que los hijos de Anco regresen a Roma antes de que sea coronado.

Aparté al fin la vista y miré al cielo, resoplando. Aquel hombre estaba jugando conmigo. Pensé en Dervo y me contuve, apretando los dientes.

—Dile al jodido etrusco —pronuncié con educación, consciente de que Boudo se desharía en halagos hacia el candidato— que Dervo no mató al viejo, que estaba ya más cerca del mundo de los muertos que de este. Que diga lo que quiera sobre ese maldito lobo, a mí me da igual, pero no pienso recorrerme el Lacio buscando a unos críos.

—Sé dónde están —respondió Tarquinio a través del traductor—. Solo tendríais que entretenerlos, un día como mucho. Además de a tu amigo, te concederé lo que quieras, siempre que esté en mi mano.

Negué con la cabeza y me aupé sobre Dusios, dirigiéndolo sendero abajo. Boudo se había quedado plantado delante del altar. Pasé junto al caballo de Tarquinio y lo miré con curiosidad. Era un hermoso ejemplar tordo, más pequeño que el mío, pero de buena raza. De las alforjas colgaba una lanza. Noté que el corazón se me disparaba y me bajé de nuevo del caballo para examinarla.

La punta era de bronce muy trabajado. En el mango, reconocí el símbolo triple de Lugus. Absorto en el objeto, no me percaté de que Tarquinio y Boudo se habían aproximado.

—¿De dónde has sacado esta lanza? —le pregunté tratando de recomponer mi gesto de asombro.

—Bueno. —Tarquinio sonrió, mostrando unos dientes perfectos—. Te lo diré cuando sea rey.

Miré de nuevo la lanza con otros ojos: estaba afilada. Los dedos de mi mano derecha se estiraron y Tarquinio debió intuir algo, porque avanzó un paso hacia su montura. Espanté la idea y me volví hacia él.

—¿Dónde decías que estaban estos malditos críos?



V - OSEZNOS

Alcanzamos la aldea al anochecer. Se encontraba ya fuera de los dominios de Roma, perdida en los montes Apenninus, territorio de los sabinos. Según nos indicó Tarquinio, era una zona repleta de osos, y había enviado allí a los muchachos para que cazaran un buen ejemplar que presentar ante su padre enfermo.

Preguntamos en la aldea y pronto nos redirigieron a la cabaña donde se alojaban los chicos. Un fuego humeaba todavía dentro de la choza, pero los chicos no estaban.

—Al menos no hay ninguna piel de oso.

Quizá se habían enterado de la muerte de su padre y viajaban ya hacia Roma. Pero sus macutos seguían en el chozo, y los habitantes de la aldea daban por hecho que los muchachos seguían en sus tierras. Pasamos la noche allí, esperando la llegada de los hijos de Anco Marcio. A la mañana siguiente aún no había rastro de ellos.

Salimos a buscarlos por los bosques encaramados en laderas tan empinadas que parecía que nunca les diera el sol. Seguí el rastro más fresco que pude encontrar y, a media mañana, las

pisadas de los chicos se juntaron con las de un oso. Era un animal de tamaño mediano, fácil de detectar gracias a los pelos que diseminaba en los troncos de los robles.

El rastro nos llevó a la boca de una cueva. Las huellas de los muchachos se perdían en el interior: habían entrado en el cubil del oso. Empuñé mi lanza y grité. Un rugido me devolvió el saludo y, al poco, dos voces humanas resonaron desde la oscuridad.

—¡Son los muchachos! Piden ayuda. Tenemos que entrar —me apremió Boudo.

—No. Diles a los chicos que, en cuanto salga el oso, corran fuera. Ahora, apártate. ¡Vamos!

Empujé al ligur hacia la espesura y grité de nuevo. Afiancé los pies al suelo y escruté la oscuridad de la cueva. Estaba seguro de que saldría. Seguí arengando al animal, pero nada ocurrió.

—No sale... —murmuró Boudo, escondido tras un endrino.

—Quizá sea lo mejor. —Bajé la lanza y me volví hacia el bosque, dudando.

—¿No estarás pensando en dejarlos ahí? —Boudo abrió mucho los ojos y comenzó a negar con la cabeza.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que entre en una cueva con un oso acorralado? —agité los brazos señalando la oscuridad—. Los chavales han ido ahí por su propio pie. Que lo hubieran pensado mejor. La vida es así.

—No, no, no —repetía el ligur, alterado por primera vez desde que lo conociera—. Si no entras tú, iré yo.

Salió de detrás del arbusto, desenfundó su cuchillo y se acercó a la boca de la cueva con paso vacilante.

¡Por Esus, Boudo! Para. No nos vamos, pero dame un momento.

Le agarré del brazo y tiré de él hacia atrás. El ligur se dejó llevar con un suspiro de alivio. Sin dejar de mirar la cueva, paseé por delante, cavilando.

—Haremos un fuego con mucho humo y lo empujaremos dentro de la cueva.

—Pero los muchachos podrían asfixiarse.

—Confiemos en que el oso salga antes —me encogí de hombros.

Volví sobre mis pasos hasta encontrar un pino viejo y solitario que destacaba entre los robles, mientras Boudo vigilaba la cueva. Recogí la corteza y ramas caídas, así como las hojas más húmedas de los robles. Seleccioné también dos ramas largas y volví. Humedecimos la madera con agua de los pellejos y encendimos el fuego. Al principio, costó que prendiera. Un humo espeso se elevaba de la fogata hacia el cielo.

—No entra —señaló.

Respondí con un gruñido mientras ataba mi capa a las dos ramas y la tensaba formando un abanico. Al cabo, me dispuse a empujar el humo hacia la cueva mientras Boudo tranquilizaba a los chicos a gritos.

El ingenio no tardó en hacer efecto. Los gruñidos precedieron a una enorme silueta que emergió de la caverna. Tiré el abanico y, retirándome a un lado, esgrimí la lanza. El animal salió a pleno galope evitando la hoguera, hacia el bosque. Lo seguían dos oseznos. Entonces comprendí porqué la osa no quería salir, arriesgándose a dejar solos a sus pequeños.

Boudo llamó a los muchachos y al poco apareció un joven. Corría enarbolando su lanza y, cuando alcanzó el exterior, la luz y el humo lo cegaron. Tendría unos quince años y lucía la misma nariz aguileña de su difunto padre. Apenas nos dedicó un vistazo y ya se disponía a

internarse en el bosque tras la osa cuando le di el alto.

—¿A dónde vas, loco? Deja ya al animal.

El muchacho dudó. Boudo se le acercó despacio, hablándole. Al fin, se dejó caer al suelo y comenzó a temblar, respondiendo con dificultad a las preguntas del ligur.

—Su hermano está dentro. Herido.

Encendimos una antorcha y entramos. Lo encontramos acurrucado en una oquedad muy estrecha, tras unas estalactitas que habían servido de protección contra los zarpazos de la osa. Tenía una herida abierta en el muslo, contenida con un vendaje improvisado. Suspiré. Tendríamos para unos días.

Efectivamente, al hijo menor de Anco, Numa, le llevó tres noches ahuyentar las fiebres causadas por la herida. Tan solo disponíamos de los servicios de una vieja curandera de la aldea cercana, cuyas artes se me antojaron primitivas comparadas con los remedios que había visto usar a los druidas en mi tierra.

Nada dijimos a los muchachos sobre la muerte de su padre, por lo que no tenían prisa por abandonar aquellos bosques. El mayor, Gneo, seguía obsesionado con cazar a aquella osa.

—Volveremos a la cueva y tenderemos una trampa —decía mientras se revolvía en la cabaña, impaciente—. Esta vez no escapará.

—Quien no escapará de la osa serás tú, como vuelvas a acercarte —le reprendía—. Es de necios atacar a una hembra con crías.

Pero a la vez me aguantaba la risa, porque me recordaba a mí mismo hacía apenas un lustro, cuando aún era un adolescente bravucón. Qué lejos quedaba aquello.

La noticia llegó a los cinco días de mano de un trampero. Los chicos rugieron como dos oseznos huérfanos.

—¡Cómo no podíais saberlo! —gritaba Gneo en mi cara—. ¡Tuvo que ocurrir cuando salisteis de Roma!

—Vuestro tutor, Tarquinio, nos envió aquí antes para ayudaros con la caza del oso. —Me encogí de hombros y aparté a la fiera romana antes de perder la paciencia—. No teníamos forma de saberlo.

Insistieron en partir de inmediato a pesar de las heridas de Numa. No me opuse.

—Al zorro del etrusco le habrá dado tiempo ya a declararse rey tres veces —le dije a Boudo con una mueca de fastidio—. Pero eso a nosotros nos viene bien.

—Gneo y Numa se merecían al menos la posibilidad de optar al trono —respondió el ligur viendo cómo los susodichos montaban en sus caballos—. Son los herederos de Anco Marcio.

—El trono no se obtiene de la sangre que le corra a uno por las venas, Boudo. Pero es verdad que tampoco debería ganarse a base de engaños... —Me aupé sobre Dusios y dejamos atrás la cabaña. Gneo y Numa voceaban desde el camino—. En fin, estos cachorros están aún muy verdes.

Cuando alcanzamos Roma, las flores inundaban los campos y las terrazas de los ríos y, sin

embargo, la ciudad estaba teñida de negro: su luto real. Dirigimos nuestros pasos al palacio. No pude evitar fijarme en las miradas de lástima que los ciudadanos dirigían a los hijos de Anco Marcio, pero su urgencia por reunirse con su madre los cegaba. A pocos pasos de alcanzar el palacio, un muchacho bien vestido y rodeado de esclavos los llamó.

—¡Gneo! ¡Gneo, soy Gayo Cornelio! —El interpelado frenó su avance y se volvió hacia el muchacho—. ¿Dónde estabais? Tarquinio ha sido proclamado rey en vuestra ausencia.

Gneo profirió un rugido y miró en derredor, como buscando a quién golpear. Le dediqué una mirada severa. El chico, conteniéndose, enfiló hacia el palacio. Hasta hacía muy poco, su propio hogar. Numa lo siguió cabizbajo.

Atravesamos el jardín sorprendiendo a los guardias, que se apartaron ante el paso decidido de Gneo. A Boudo y a mí nos dieron el alto.

—Vamos con ellos —explicó el traductor—. Cumplimos un encargo de Tarquinio Prisco.

Los hombres se miraron y, ante mi sorpresa, se hicieron a un lado dejándonos vía libre. Entonces nos llegaron los gritos. Gneo voceaba en el atrio, acusando al nuevo rey con el dedo.

Junto al estanque, Tarquinio disimulaba su satisfacción en un rictus de pesadumbre. Se acercó despacio a sus pupilos y abrazó a un sorprendido Gneo. Comprendí que le estaba dando el pésame. El primogénito se deshizo del abrazo de un empujón y siguió gritando al nuevo rey. Tras él, Numa, con los brazos cruzados, asentía a las palabras de su hermano.

Un movimiento tras las enredaderas del atrio captó mi atención. Una mujer observaba la escena con rostro serio, y sus labios se curvaban de forma casi imperceptible. Llevaba la melena rubia y ondulada recogida con una corona. Era la nueva reina, Tanaquil.

La mujer percibió mi mirada y me hizo un gesto para que me acercara. Sin pensarlo, ignorando la acalorada discusión junto al estanque, me aproximé a ella. Boudo me siguió.

Tanaquil nos guio en silencio por los pasillos. Aproveché para fijarme en su silueta, algo entrada en carnes y abandonando ya la lozanía de la juventud. Pero su paso tan decidido, casi marcial, me hechizaba. Nos indicó que entráramos en una de las estancias. Allí, sobre unos cojines y vestido con una túnica romana, yacía Bregus. Devoraba manzanas asadas de una fuente.

—¡Catus! —se levantó con una gran sonrisa—. ¡Qué bien que ya estáis de vuelta!

—Por Taranis, Bregus, pareces una mujer. —Me aparté de su abrazo y fruncí el ceño—. ¿Qué haces ahí tirado? ¿Dónde está Dervo?

—Tranquilo, tranquilo —me apaciguó, alejándose—. Está bien. En el Tullianum, la cárcel. Pero bien.

—¿Cómo que en la cárcel bien? —Lo zarandee—. Deberías estar con él.

—Tu amigo... —me interrumpió Tanaquil en un celta con fuerte acento—. El druida. Está bien.

—¿Cómo es que hablas nuestro idioma?

—Conozco muchas cosas. —Sonrió la etrusca, mostrándome su dentadura blanca—. Ahora debéis descansar. Más tarde... mañana, veremos a tu amigo.

Asentí, aturdido por la autoridad de aquella mujer. Las preguntas sobre Dervo y Gneo y Numa se quedaron bailando en la punta de mi lengua según Tanaquil se esfumaba entre los pasillos y unas hermosas esclavas hacían su aparición.

Aquella noche descubrí los placeres de los baños romanos y de las esclavas romanas. Mis

temores respecto a Dervo y mi apremio por saber algo más de aquella lanza se diluyeron con el agua tibia, como si las palabras de la mujer etrusca fueran un dictado de los dioses. Dervo estaba bien. Con esa seguridad, me dormí abrazado a una muchacha en el lecho más suave en el que había yacido.



VI - ÁGUILA

A la mañana siguiente, Tarquinio Prisco nos convocó en el atrio del palacio. Le acompañaba su mujer, y ya no había rastro de Gneo.

—Lo has hecho muy bien, extranjero. —Nos recibió el nuevo rey. Parecía exultante e intuía que el enfrentamiento con Gneo no fue a más. Pero no tenía tiempo para preocuparme por esos oseznos—. La verdad, no esperaba que fuera a ser tan sencillo.

—¿Dónde está Dervo? —le pregunté a través de Boudo. El hecho de que Tanaquil comprendiera mis palabras me incomodaba. Mi mirada se desviaba hacia ella de forma inexorable y tenía que corregir la trayectoria cada poco.

—Está en el Tullianum. Pero nos hemos ocupado de que lo traten conforme a su rango. Tan pronto se celebre el juicio, lo absolveré.

—Tengo que ir a verlo. ¡Cuánto antes!

—Sea. Mi guardia os guiará.

Me sorprendí de que Tarquinio cediera tan pronto y seguí al hombre hacia el vestíbulo.

Entonces lo recordé.

—¿Y la lanza? Aún no me has hablado de ella.

—Todo a su tiempo, Ambicatus —sonrió el rey.

Le dediqué una mirada severa y me apresuré para alcanzar a Boudo y al guardia. Nos condujo hasta la cárcel, al noroeste del monte Capitolino. El lugar estaba bien vigilado y chasquéé la lengua, consciente de que no podría sacar a mi amigo de allí por la fuerza.

El Tullianum albergaba a su vez una cisterna de agua en el interior de la colina. La prisión, excavada en la piedra, era húmeda y fría. Descendimos hasta los calabozos y pasamos entre las celdas. Algunos presos gemían, suplicando. Apestaba.

Alcanzamos una zona más aireada y, a la escasa luz de las teas, pude comprobar que allí los presos tenían mejor aspecto. El carcelero hablaba en tono ronco salpicado de risas.

—Dice que aquí la gente no dura mucho —tradujo Boudo—. Los que tienen recursos solo ingresan en el Tullianum durante la espera del juicio, como Dervo. El resto...

—¿Catus? —se oyó una voz desde la penumbra.

—¡Dervo! Por Esus, ¿estás bien?

Corrí junto a mi amigo y le tomé la mano a través de los barrotes oxidados. Dervo estaba sucio y se tapaba con una manta andrajosa, pero en su rostro brillaba una gran sonrisa.

—Sí, sí, estoy bien. Este sitio no es muy cómodo. ¡Pero mira! —Señaló hacia la pared y luego a un anciano que dormitaba en una esquina de su misma celda—. Él me está enseñando a *scribere*, a escribir. ¿Sabes lo que podríamos hacer con esto?

Lo miré confundido y arrebaté la antorcha de manos del carcelero. Este protestó, pero Boudo se encargó de tranquilizarlo. En la pared había una serie de grabados, cincelados sobre la roca. Eran muy enrevesados y no entendí el patrón. Sabía que los etruscos y otros pueblos, como los griegos, grababan sus palabras y sus historias sobre la roca, el bronce o cueros.

—No sé de qué hablas Dervo. Oye, te sacaremos de aquí pronto. Tarquinio, el nuevo rey, me lo ha prometido. ¿Qué necesitas que te traiga? ¿Comida, abrigo?

—No, no. —Mi amigo negaba, con sus ojos grises chisporroteando—. Tráeme un maestro. Este anciano apenas conoce los rudimentos de la escritura. Quiero... no, necesito aprender esta lengua para poder escribir la nuestra.

—Los galos no grabamos las palabras. Las cantamos —intervino Bregus, igual de confundido que yo.

—Bueno —respondí al fin, aliviado por el entusiasmo de Dervo—. Te traeré un maestro si consigo encontrar uno. Y comida. ¡Un jabalí!

El carcelero se había hartado ya de discutir con Boudo y tomó su antorcha de vuelta, haciéndonos señas nada amigables para que abandonáramos la prisión.

—¡Y que sea bueno, el maestro! —gritó Dervo a modo de despedida.

—Creo que el frío le ha nublado el juicio —comentó Bregus al salir—. Pero lo del jabalí me parece bien.

La luz del día nos deslumbró. El rumor del agua que salía de la cisterna, distribuyéndose en pequeños canales hacia las partes bajas de la ciudad, fue silenciado por la algarabía de una ciudad que pronto olvidaba su luto.

Cuando solicitamos audiencia con Tarquinio, el nuevo *tribunus celerum* nos informó de que el rey estaba muy ocupado con su nuevo rango y que podían pasar días hasta que nos atendiera. Aunque nos alojáramos en palacio como invitados, apenas lo veíamos transitar como un espíritu entre los pasillos. Mi preocupación por Dervo se había rebajado y la lanza me absorbió por completo. La lanza. Aquella lanza que portaba el maldito etrusco. Necesitaba saber qué era.

Fue la reina quien nos visitó una tarde, dos días después de nuestro regreso a Roma. Bregus y yo nos ejercitábamos en las cercanías del palacio. Tanaquil se sentó junto a una fuente a vernos pelear con una media sonrisa en su boca. Aquellos labios gruesos y coloreados me distrajerón y Bregus me asestó un varazo en el hombro que me hizo dar un traspié. La mujer se rio. No fue una risa de burla, pero noté el rubor subiendo por mis mejillas.

—Deja el palo y toma tu espada, Bregus —dije tirando el arma de madera entre los parterres—. Vamos a enseñar a la etrusca cómo luchan los galos.

Bregus asintió entusiasmado. Rebusqué entre mis armas, cogiendo mi espada de mango de hueso tallado. A pesar del calor, decidí colocarme también el yelmo. Era una pieza soberbia que mi padre había mandado fabricar tras mi primera campaña en Etruria, cuando aún estaba orgulloso de su hijo. Torcí el morro. El bronce pulido relucía bajo el sol del lacio y en la cimera sobresalía un águila con plumas ensartadas en la cola.

—Hoy me toca ganar a mí, Catus —sonrió Bregus, golpeando su espada contra su propio casco, mucho más modesto.

—Eso está por ver. ¿El mejor de cinco asaltos?

Estábamos ya prestos a comenzar el duelo cuando Tanaquil se acercó. Ya no sonreía, sino que su boca se abrió en un gesto de asombro, dejando ver sus dientecitos apretados. La miramos con extrañeza según se posicionaba frente a mí. Era de mi altura, aunque el yelmo me hacía parecer más alto. Alzó sus brazos y colocó las manos sobre el casco. Dijo algo en su extraña lengua.

—¿Qué ocurre, mi reina? —pregunté desconcertado.

—Tú eres el águila. El águila de mi visión.

—No entiendo...

—Cuando nosotros... vinimos a Roma. —Tanaquil se alejó un par de pasos y su mirada se perdió entre los narcisos. Hablaba despacio, buscando las palabras en galo—. Tuve una visión. Un águila robó el sombrero de Lucio. Se lo llevó y luego se posó sobre su cabeza. Como tu... —Señaló hacia mi cabeza.

—Mi yelmo ¿Acaso eres augur?

Sabía que los etruscos también interpretaban los vuelos de las aves, como los druidas. Pero ¿una mujer? Entonces recordé aquella bruja que, en mi primera incursión en Etruria, me lanzó una maldición. Sentí un escalofrío a pesar del sudor y me saqué el casco.

—Sí —asintió con rotundidad—. Entonces predije que Lucio sería el rey de Roma. Ahora sé que es gracias a ti, Ambicatus. Debemos consultar a los dioses. Haremos un sacrificio.

Tanaquil se giró hacia el palacio y reaccioné antes de que la perdiera de vista durante quién sabía cuántos días. Dos peticiones luchaban en mi interior. Por un lado, el asunto de la lanza me tenía inquieto. Pero Dervo...

—¡Mi reina! —Ella se volvió—. Yo... Tarquinio nos prometió ayuda con nuestro amigo.

—El rey está muy ocupado, pero encontrará un rato para atenderos. Yo misma me aseguraré de ello.

—¡Espera! —corrí hacia ella pisando las flores. Me dedicó una mirada de reproche—. ¿Podrías conseguir un maestro para que le enseñe a escribir? Está muy interesado en la escritura latina.

Una sonrisa, esta vez divertida, volvió a bailar en sus labios.

—Sea.

Con paso resuelto, se perdió en las entrañas de la *domus*^[27].

El maestro se presentó a la mañana siguiente. Tito Galerio había sido tutor de los jóvenes Gneo y Numa. Cada vez que pensaba en los muchachos desheredados sentía una leve punzada en el estómago, pero pronto los apartaba con otros asuntos.

Fuimos al Tullianum y el carcelero nos cortó el paso, arguyendo que éramos demasiados. Para mi pesar, pactamos un soborno generoso que nos permitiría al maestro y a mí visitar a Dervo. La visita duraría desde lo que ellos llamaban *dies clarus*, es decir, cuando el sol ya brilla en el cielo, hasta *meridies*, el cenit.

—Bueno, os dejo con la primera lección —resolví una vez hechas las presentaciones. Tito, sentado sobre un cojín, desplegaba su material en el suelo de la cárcel: tablillas de barro, punzones y unos rollos blancos que había visto ya en el palacio.

—Quédate, Catus —dijo Dervo, despegando por unos instantes sus ojos de aquellos materiales—. Al menos hoy.

No se me ocurrió ninguna excusa y me senté junto a Tito, apoyado en las rejas de la celda. Al menos, pensé, podría dar alguna cabezada.

Los días pasaban sin novedades en el palacio. Me acostumbré a pasar las mañanas en el Tullianum y, aunque no compartía el entusiasmo de Dervo por el latín y la escritura, aprendía a mi propio ritmo. Esa lengua cargada de íes y que cambiaba la p por la q, en realidad se asemejaba bastante a la nuestra.

Por las tardes, Bregus y yo entrenábamos, cabalgábamos por los bosques del Lacio en busca de jabalíes o nos relajábamos en las termas. Para desgracia de Bregus, no volvieron a enviarnos a las esclavas. Pero a mí me estimulaba otro asunto: la presencia de Tanaquil se hacía notar en todo el palacio y yo buscaba su sonrisa con avidez tras las enredaderas del atrio.

Cuando se ponía el sol nos perdíamos por las calles de Roma con Boudo, alternando en tabernas. Fue una de esas noches, volviendo achispados hacia palacio, cuando unos hombretones se cruzaron en nuestro camino. A pesar del influjo del vino, yo ya había intuido las sombras y palpaba mi puñal. Uno de los hombres habló.

—Dice que Gneo Marcio quiere verte —tradujo Boudo—. Nos piden que los sigamos.

Los observé durante unos instantes y, sin apartar la mano del arma, hice un gesto afirmativo.

Nos condujeron por las calles ya silenciosas de la ciudad hasta una *domus* a las afueras. Las chicharras rugían en las pendientes del campo romano. Pasamos al atrio sin que nos cachearan.

—Bienvenidos a mi humilde hogar, galos —nos saludó Gneo. A su lado, la viuda Hostilia nos miraba con desdén. Vestía una saya lisa y no llevaba alhajas en señal de duelo. Ni rastro del pequeño Numa.

—No está mal para no ser el palacio real—respondí recorriendo la vivienda con la mirada. Aquellos días en el Lacio fueron suficientes para detectar que Boudo no tradujo mis palabras exactas. Fruncí el ceño, aunque sabía que nuestro traductor dominaba la diplomacia.

—El trono de Roma ha sido usurpado y tenemos suficientes indicios para creer que habéis apoyado esta infamia—dijo Hostilia cortando de raíz las formalidades. En ese momento supe que no nos ofrecerían pan y vino en aquella casa—. Nadie se ha atrevido a cuestionar la aquiescencia divina de ese estafador de Tarquinio, que ha jurado ante los dioses haberse encontrado con el mismísimo Rómulo en Alba Longa. Sin embargo, nos han informado de que vosotros os adentrasteis en los montes Albanos antes que él.

Boudo terminó de traducir. Sudaba a pesar del frescor de la *domus*. No se veía humo del hogar ni antorchas, y la única luz que titilaba en la estancia procedía de las teas. No respondí. El rostro de Hostilia se tensó como si una telaraña lo aplastara. Comprendí de dónde le venía el carácter a su hijo.

—¿Qué queréis? —dije antes de que la mujer reventara.

—¡Justicia! —intervino el joven Gneo.

—Queremos lo que le corresponde a mi hijo. Debemos derrocar a Tarquinio.

—No me interesan los asuntos de estado de Roma —dije volviéndome hacia la puerta mientras Boudo traducía.

—Pero sí te interesa tu amigo. —Hostilia alzó la voz. Una voz grave, amenazante.

—Van a liberar a Dervo.

—¿Te lo ha dicho Lucio o acaso la etrusca? —Soltó una risa sardónica— Esa zorra de Tanaquil es la persona más ambiciosa que conozco.

—Tarquinio es el juez máximo —respondí, ignorándola.

—Sí, es el juez. Pero los *Comitia calata*, la asamblea de patricios, tiene derecho de apelación. El de tu amigo podría ser un juicio muy largo. Y nunca se sabe lo que le puede ocurrir en el Tullianum. No es un lugar seguro, ¿sabes?

Apreté los dedos hasta que los oí crujir. Valoré matarlos allí mismo, con mi puñal. Los guardias que esperaban en el vestíbulo no llegarían a tiempo. Pero después...

—¿Qué quieres? —Me volví hacia aquella arpía. Sonreía.



VII - CONEJO

Tanaquil me convocó al día siguiente, nada más salir el sol. Yo apenas había dormido y el cóctel de la falta de sueño con el vino barato me martilleaba las sienes como un pájaro carpintero.

—Tenemos pendiente una consulta a los dioses —me saludó. Su dominio del galo mejoraba en cada conversación.

—Sea —respondí sujetándome la cabeza.

Por el rabillo del ojo vi que había cambiado su estola de seda por un quitón de manga corta, más ligero. Calzaba botas. Tanaquil debió intuir mi desconcierto.

—Tu caballo ya está preparado. Nos vamos al bosque sagrado del Monte Albano.

La seguí entre los pasillos del palacio. Efectivamente, un mozo nos esperaba en la puerta sujetando a Dusios y a una yegua blanca. La reina se aupó con agilidad y me hizo un gesto de impaciencia. Monté y nos alejamos al trote calle abajo.

—¿Por qué vamos al Monte Albano? ¿No puedes hacer tu augurio aquí? —pregunté.

La reina se llevó un dedo a los labios. Afuera, Roma se desperezaba. En la puerta de la Vía

Apia nos cruzamos con los aldeanos que traían sus productos al mercado: jaulas con conejos, ánforas de aceite, leche, frutas y verduras, corderos lechales e incluso algún toro para los sacrificios. Pasamos cerca de la *domus* de Hostilia y sus hijos. La conversación de la noche anterior revoloteaba en mi cabeza como una polilla molesta.

—En Roma, solo tres augures poseen el derecho de auspicio: el rey, ese porquero de Atto Navio y el viejo Marco Sergio —explicó Tanaquil cuando nos alejamos de la muchedumbre. Puso el caballo al paso, algo por delante del mío—. Lo cual es una lástima, si el rey no está bendecido por los dioses para esa tarea y otros sí. ¿No crees?

—El propio Rómulo eligió a Tarquinio, ¿no? —respondí sin mirarla.

—Parece que vas mejorando tu diplomacia, Ambicatus. Es algo básico para sobrevivir en Roma. Pero conmigo no te va a servir. Mi esposo me cuenta todos sus secretos.

Permanecí en silencio con la vista perdida en los campos donde el trigo comenzaba a dorarse bajo un sol de justicia. Resoplé: Tanaquil sabía desarmarme.

—Yo era una arúspice muy respetada en Tirrenia. —Tanaquil utilizó la palabra con la que los etruscos se referían a su propia tierra—. Nobles de todas las ciudades venían a Tarquinia a consultarme. Y ahora ya no puedo ejercer mi don en Roma. —Su voz sonaba apesadumbrada. Sin embargo, al volverse hacia mí, vi que esbozaba una sonrisa pícaro—. Al menos no en público.

—¿Sueles consultar a los dioses aquí, en el Monte Albano? —señalé las cumbres boscosas que se alzaban frente a nosotros, más allá del mar de cereal.

—Sí. Lucio siempre me acompañaba. Pero ahora tiene demasiadas ocupaciones

Quería preguntarle por qué abandonaron Etruria, pero no me atreví. Alcanzamos el bosque sagrado, el lucus, antes del mediodía. Agradecí la sombra de los castaños. El dolor de cabeza se iba atenuando. Pensé en Dervo y en que esa mañana me había perdido la lección.

—¿Le agradó el maestro a tu amigo?

—Sí —respondí turbado. Sentí como si me leyera la mente y desvié la mirada—. Está siendo muy provechoso para él. Te lo agradezco.

—Parece que no solo es provechoso para él.

—He oído que en Etruria... Tirrenia, escriben las palabras, pero con un sistema distinto al de los latinos.

—Sí. Sé escribir ambos, pero he de admitir que me he acostumbrado al alfabeto latino muy rápido. —Aquella mujer no paraba de sorprenderme y era obvio que ella se regocijaba ante mi asombro—. En la Galia, ¿no escribís?

—No. Por eso está tan interesado Dervo. Parece que quiere aplicarlo a nuestro idioma, para los druidas. Pero no sé si es una buena idea.

—¿Por qué no habría de serlo?

—Nunca se ha hecho así. Los dioses y los ancianos podrían enfadarse.

—Eso es negar el progreso. Por eso los galos nunca trascenderéis. Seguíis masacrándoos, quemando cuatro aldeas etruscas en verano y con eso pensáis que nos tenéis dominados. Pero jamás podréis soñar con la grandeza de nuestras ciudades, el lujo de nuestros palacios y la potencia de nuestra flota. Los dedos de Etruria acarician todas las playas del Mediterráneo.

Fui a protestar, pero entonces Tanaquil desmontó. Atamos los caballos y la seguí entre la vegetación cada vez más espesa. De pronto, en el centro de un claro, apareció un enorme altar.

Era una roca altísima con escalones tallados y un receptáculo en la cima. Tanaquil palpó el musgo y asintió, como reconociendo la piedra. Después, sacó una manta de sus alforjas y se tumbó junto al pedestal, liberando su melena rubia como quien se dispone a dormir.

—Ahora necesitamos un sacrificio. Algo de tamaño medio, un rayón o un conejo. Ahórrate los pájaros. Y que esté vivo.

Señaló el bosque, como quien pide vino a su esclava, y sacó unas fresas.

Me llevó hasta media tarde completar el encargo. Rastreé una piara de jabalíes, pero nunca alcancé a verlos, tan denso era el follaje en el bosque sagrado. Oteé un corzo, mas no tenía nada que hacer contra su velocidad.

Fue gracias a las trampas para conejos que coloqué, como cuando era un muchacho vagando salvaje por los bosques bituriges. Cuando volví junto a Tanaquil, la reina parecía profundamente aburrida. Decepcionada, quizá.

—Pensé que los galos erais buenos cazadores.

—Se nos da bien matar, etruscos en especial —respondí resentido—. No estamos acostumbrados a estas delicadezas.

Le entregué el gazapo, que se revolvía en mis manos buscando dónde hincar el diente, y el animal se relajó nada más tocar su piel.

—No es poderoso quien más fuerza tiene, sino el que sabe aplicarla en su justa medida —respondió ignorando la pulla.

Sin dejar de acariciar al conejo, ascendió los escalones, lo colocó en el receptáculo y extrajo una hermosa daga. El animal no se movió, sus ojos acuosos reflejando las quimas de los robles. Apenas se intuía el cielo y el sol se escondía ya hacia occidente.

Tanaquil murmuró una plegaria y seccionó el cuello de su víctima, que se estremeció antes de expirar. De un tajo certero, abrió el vientre y extrajo el pequeño hígado. Lo alzó, la mano brillante de sangre, para inspeccionarlo a la escasa luz del atardecer. Yo no podía apartar la mirada de ella, tan bella, tan poderosa.

De pronto, una bandada de tórtolas apareció entre los robles haciendo silbar sus alas. Se escuchó el grito del águila. El brazo de la reina tembló, y sus ojos me miraron como aquella mañana en el jardín. Pero había algo más. ¿Miedo?

—Por Tinia y Uni... —dijo—. No puede ser.

—¿Qué ocurre? —me acerqué unos pasos y miré el hígado. Le faltaba una parte, como si estuviera podrido. Me estremecí. No había que ser druida para saber que algo estaba mal.

—Los dioses han hablado. Tu propia sangre, Ambicatus, amenazará la estabilidad de Etruria. —Tanaquil depositó el hígado y se llevó la mano a la frente, manchándose los mechones rubios de sangre. Cerraba los ojos, como si un dolor la paralizara por dentro—. Pero no solo eso. Algún día, los galos llegarán hasta Roma.

Me acerqué a la reina y, temiendo que fuera a desplomarse, la tomé en mis brazos. Aún temblaba y su piel estaba fría. La deposité sobre la manta, como si fuera una niña. Sonreí. Al fin, Tanaquil no era ya esa reina arrogante, la arúspice que leía la mente y hería con su lengua. Sentí el fuego encendiéndose en mis entrañas. Me coloqué sobre ella y besé aquellos labios carnosos, colorados del carmín y de las fresas. No encontré resistencia. La reina me recibió primero dócil,

luego con ansia.

Cuando acabamos, sudados y manchados de sangre como si de una batalla se tratara, la luz ya se había extinguido.

—Y tú, mi reina, ¿tienes secretos con tu esposo? —pregunté.

—Puedes estar tranquilo. —Tanaquil sonreía. Esa sonrisa misteriosa otra vez.

Tuvo que ser Dervo quien, tres días después de la excursión con Tanaquil, me anunciara que iba a haber un auspicio público.

—El rey consultará esta noche a los dioses. Es su primer auspicio ante el pueblo de Roma. ¿Sabías que los etruscos son famosos por sus poderes adivinatorios?

Tito Galerio esparcía su material sobre un trípode. Había ido mejorando la comodidad de las lecciones en el Tullianum. Intuí que mi amigo se había enterado por él. Me sentí molesto. Con toda seguridad, Tanaquil ya lo sabría cuando fuimos al Monte Albano. Dervo y Tito iniciaron una animada conversación en latín sobre los etruscos que fui incapaz de seguir. En mi cabeza brotaba una idea. Por fin comprendí la razón de nuestra consulta. La reina transmitiría a Tarquinio el mensaje de los dioses. Aquello era sacrilegio. Si estuviera en la Galia, lo denunciaría a los druidas. Mas ni los asuntos de Roma ni de sus dioses eran de mi incumbencia. Las palabras de Galerio llamaron mi atención.

—El padre de nuestro rey, Lucio Tarquinio Prisco, es de origen griego. Demarato de Corinto. Aunque su madre fuera una aristócrata muy respetada en Tarquinia, el joven Lucio se topó con una barrera que le impidió ascender en su carrera política. Los etruscos son muy recelosos ante los extranjeros y no le perdonaron su sangre griega.

—¿Por eso probaron suerte en Roma? —preguntó Dervo.

—Sí. Fue su mujer, Gaia Cecilia. —El maestro utilizó el nombre romano de Tanaquil. Bajó la voz—. Es una mujer muy ambiciosa.

Inmediatamente, Tito desplegó un pergamino y comenzó a leer. No le presté atención, sino que seguí dando vueltas a esa frase. Ya la había oído antes de boca de Hostilia. Me excusé, arguyendo un dolor de cabeza, y llamé a uno de los carceleros. Me acompañó a la salida. Cuando la luz del día nos golpeó, me di cuenta de que ese hombre era nuevo en el puesto. Me quedé mirándolo mientras se sumergía de nuevo en las entrañas del monte Palatino.

—¿Vamos a ir a ver el auspicio? —me preguntó Bregus mientras cogíamos aire después de uno de nuestros duelos. Nos sentamos bajo el manzano, donde sus hojas verdeaban ya entre las ramas.

—No lo sé —respondí alzando la vista.

Buscaba algún signo que resolviera mi dilema. Un giro brusco en las bandadas de golondrinas que surcaban el cielo de Roma, un cambio en las nubes. No sabía qué iba a decir Tarquinio durante el augurio. Sencillamente, no podía trasladar a toda Roma el mensaje que Tanaquil visionó en aquel hígado de conejo. ¿O sí?

No había contado a Bregus lo ocurrido en el Monte Albano, tan solo que la reina había reclamado mi presencia para cazar. Bregus era un buen amigo, pero hablaba de más cuando

había vino de por medio. Quería consultar a Dervo, seguro de que él podría aconsejarme, mas la cárcel no era el mejor lugar para discutir aquellos asuntos.

Distinguí un movimiento entre los arbustos y, por un momento, pensé que sería Tanaquil. Apenas la había visto durante los días anteriores y ardía por tener un momento a solas con ella. En su lugar, el rostro de un chiquillo emergió tras las flores. Me hizo gestos para que me acercara.

—Tus amigos los osos dicen —recitó el niño, casi en susurros— que vayas a ver a las aves.

Entonces, su cabecita desapareció como había aparecido. Aunque el mensaje fuera en latín, lo había entendido.

—¿Qué quería ese crío? —preguntó Bregus.

—Vamos a adecentarnos. Hostilia nos quiere esta noche en el auspicio. Supongo que querrá cobrarse lo que ella llama su deuda.

No vi a Tanaquil aquella tarde a pesar de deambular por las estancias del palacio hasta que los guardias me llamaron la atención. Pensé que hablando con ella conseguiría aclarar mis próximos pasos dentro de aquella telaraña en la que cada vez me sentía más atrapado.

Las calles de Roma eran un hervidero de ciudadanos curiosos, todos encaminados al templo de Júpiter, en el foro.

—Este sitio es un asco —dije mirándome la suela de las botas. Estaban llenas de barro. Sonreí para mis adentros al ver a los romanos con sus sandalias pringadas y los bajos de las togas marrones. Al menos, mis pies estaban secos.

—Pues da gracias a los dioses que no ha llovido últimamente. El foro está construido entre dos ríos y se suele inundar en primavera —respondió Boudo.

—Vaya lugar para construir templos y un mercado.

Boudo se perdió en una divagación sobre Rómulo y el rapto de unas mujeres sabinas para justificar la situación del foro. No lo escuché. Buscaba los rostros de Hostilia y sus oseznos entre el gentío. Me percaté de que los romanos nos miraban, susurrando. Durante nuestros primeros días en Roma habíamos despertado su interés, pero pronto se disipó la novedad. No entendía a qué venían esas miradas.

—Boudo, déjate de historias. ¿Qué cojones dice esta gente?

El ligur miró lánguidamente a su alrededor, percatándose al fin de que éramos el centro de atención.

—Creo que comentan algo de Rómulo y el monte Albano.

—¿Es cierto? ¿Es cierto lo que dicen? —me preguntó un joven patricio con una mueca de desprecio.

La toga púrpura de Tarquinio saliendo del templo de Júpiter acalló el jaleo. Alzó un bastón curvo y los murmullos restantes se apagaron. A su lado se situaron dos hombres: uno joven y otro anciano.

—Son Atto Navio y Sergio —señaló Boudo.

El mismo patricio que me había interrogado instantes atrás nos pidió silencio.

Tarquinio dio por iniciada la ceremonia, apuntando con su bastón hacia el horizonte y

haciendo unos extraños movimientos, como si dividiera la ciudad en cuatro partes.

—*Dextera, sinistra, antica, postica* —dijo—. Padre Júpiter, si es voluntad del cielo que esta cosecha, que ya grana en nuestros campos, sea propicia para Roma, signifícanoslo por signos seguros dentro de esos límites que he trazado.

El silencio más absoluto engulló el atardecer. Todos alzaron la vista. Entonces, la silueta de un halcón se recortó alta contra el cielo rosado, a la izquierda de Tarquinio. Voló hacia la derecha.

—Las señales son claras: el auspicio es favorable —resolvió el rey—. Lo dioses nos han bendecido con una próspera cosecha.

Suspiré aliviado, igual que el resto de la población, pero por motivos distintos. Nada había dicho sobre los galos. Entonces, Atto Navio pidió de nuevo silencio, señalando hacia la izquierda. Se escuchó claramente el graznido de un cuervo. Los rostros se tensaron. Pero Tarquinio hizo oídos sordos y se disponía a desaparecer en el templo de Júpiter cuando alguien de entre el público gritó.

—¡Mal agüero! ¡Tarquinio está condenado!

—¡No fue él quien vio a Rómulo!

—¿Qué decís? ¿Quién osa cuestionar la aquiescencia divina del rey? —preguntó el anciano Sergio.

—¡Los galos! —voceó entonces el patricio que estaba a mi lado, señalándonos—. Ellos llegaron al monte Albano antes que Tarquinio. Ellos saben lo que ocurrió.

—Venid, acercaos, extranjeros —prosiguió el augur haciéndonos gestos.

El populacho nos empujó hacia el templo, impidiendo que me escaqueara. Bregus, Boudo y yo alcanzamos los primeros escalones.

—¿Es cierto eso? —preguntó Atto Navio—. ¿Estabais en el monte Albano aquella tarde?

—Sí, es cierto —respondí en mi titubeante latín.

—Y, ¿qué visteis allí? ¿Estaba Tarquinio, *pontifex maximus*, junto a Rómulo cuando llegasteis?

Boudo me tradujo, aunque ya había entendido la pregunta. El ligur estaba muy nervioso y temí que hablara. Miré en derredor. Tarquinio clavaba en mí sus ojos de zorro. No podía enemistarme con el rey. Entonces recordé las amenazas de Hostilia y Gneo y el rostro de Dervo se me fijó en la mente.

Hasta que la vi. Tras las columnas del templo de Júpiter, amparada en la oscuridad del edificio, se asomaba Tanaquil.

—Sí. Los oteamos desde lejos. Tarquinio estaba en el altar y, más allá, en el bosque, corría el lobo.

—¿Lo juras por Júpiter?

—Lo juro —respondí mirando la estatua del dios. No lo temía. No a él.

Un caos se desató entre el público. Los alborotadores trataban de escapar del foro, temerosos de las consecuencias. Tarquinio retomó el mando y ordenó a sus guardias que los apresaran. No había rastro de Hostilia. Esa vieja osa era demasiado lista para estar presente en la pantomima que ella misma había orquestado. Tiré del brazo de Bregus y nos perdimos entre el gentío.



VIII - ZORRO

—La verdad, Ambicatus, estoy gratamente sorprendido por lo de anoche —dijo Tarquinio a modo de saludo cuando, al día siguiente, me convocó en su despacho. Solo me acompañaba Boudo.

Paseé mis ojos por la estancia tomando nota de las comodidades del rey. Tan distinto a las dependencias de mi padre en Avaricon.

—Te di mi palabra. Ahora debes hacer honor a la tuya.

Boudo tradujo literalmente. Le había avisado de que, si bien mi dominio del latín era pobre, ya podía discernir cuándo tergiversaba mis palabras. No necesitó más avisos.

—Sí, sí. Tu amigo. El juicio está en la lista de prioritarios, no tienes de qué preocuparte. —El etrusco paseaba detrás de una mesa llena de papeles—. Pero, dime una cosa. Tanaquil piensa que lo de ayer fue obra de Hostilia. ¿Tú sabes algo?

—Hostilia me está amenazando. Dice que, si no testifico contra ti en público, hará daño a Dervo —respondí, resuelto. Después de lo ocurrido la víspera, no podía jugar a dos bandos.

—Hum. —Siguió andando por la estancia, pensativo—. Hostilia tiene mucho poder en Roma, todas las familias sabinas la apoyan, y Anco Marcio era muy querido por el pueblo. Por eso he nombrado tantos senadores entre las gentes rurales, necesito aliados. Y cuando tengamos Roma dominada, entonces vendrá el resto. Los latinos, los sabinos, y, con tu ayuda incluso...

—¡Me dan igual vuestras intrigas! —le interrumpí. Llevaba muchos días esperando esa conversación y estaba perdiendo la paciencia—. Solo sé que esa mujer me ha amenazado por defenderte, y que estás en deuda conmigo. No me importa cómo lo hagas, pero mantén a Dervo a salvo hasta el juicio y libéralo.

Los ojos negros del etrusco me perforaron con rabia contenida según Boudo traducía. Tuve la certeza de que a cualquier otro lo habría enviado directo al Tullianum.

—Yo siempre cumplo mi palabra.

Me hizo una seña para que me marchara y volvió su atención a los papeles de la mesa. No me moví y, al cabo, alzó el rostro, visiblemente enojado.

—Hay algo más —dije.

—No tientes mis límites, galo.

—La lanza. Me dijiste que cuando fueras rey me contarías de dónde la has sacado.

—Ah, la vieja lanza de mi padre —respondió. El enfado se había esfumado de su rostro y parecía divertido por la pregunta—. Es una buena lanza, sí, mas no entiendo tu interés.

—¿De dónde viene? Es importante.

—Mi padre la trajo de Corinto. —El rey se volvió y desapareció tras la cortina que daba paso a su cubículo. Volvió a aparecer con la lanza.

>>Una vez me contó que vio en una herrería una hermosa lanza, muy vieja, colgada de la pared. Quedó prendado y quiso comprarla para su colección de arte, pero el herrero dijo que no estaba a la venta. Sin embargo, sí aceptó forjarle una igual.

—¿Puedo verla?

Me la tendió. En cuanto la tuve en mis manos, el rostro de Tarquinio se tensó. Me alejé un paso para no asustarlo.

—Una fabricación soberbia... —murmuré.

Repasé los símbolos grabados sobre el bronce con los dedos. Allí estaba la triple serpiente enroscada de Lugus. Pasé al mango y comprobé que era de madera de tejo. Había una inscripción en latín:

LYCYMO

—Eso lo talló mi padre —me explicó Tarquinio—. Lucumo es mi nombre etrusco.

Lo escuché maravillado. Algunos pueblos llamaban Lucubo a Lugus. No podía ser una coincidencia. Sentí que los dioses jugaban con nosotros.

—¿Corinto dices? ¿Y dónde queda eso?

Tarquinio rio.

Tanaquil me visitó esa misma noche. No hablamos del auspicio, ni de Hostilia. Apenas mencionamos a Dervo.

—Hemos cambiado a los carceleros por hombres fieles a nuestra familia —me tranquilizó la

reina cuando se lo comenté, después de hacer el amor—. No tienes de qué preocuparte.

Y no me preocupé. Nos perdimos en el lecho hasta que cantó el primer gallo y la reina desapareció, silenciosa por su palacio. Yo me di un baño frío, consciente de que, de todas formas, me dormiría en la lección de escritura.

El verano pasó en una dulce monotonía y pronto nos sorprendieron las manzanas colorándose en los árboles y un invierno muy templado, sin apenas nieve ni heladas. Le había contado a Dervo lo de la lanza y mis planes de viajar a Corinto tan pronto lo liberaran, pero él parecía más interesado en su propia empresa de llevar la escritura a la Galia. Me quedó claro que no quería salir de la cárcel, si aquello implicaba abandonar sus lecciones. Por ello, aunque el juicio no terminara de llegar, yo tampoco insistía a Tarquinio.

Ya no salíamos por las noches. Las calles de Roma no eran seguras con Hostilia contrariada. No había vuelto a haber revuelo, y los instigadores de la trifulca del auspicio habían sido absueltos. Pero yo sabía que la familia de Anco Marcio solo se estaba lamiendo las heridas.

Para contrarrestar la falta de tabernas, empezamos a acudir a las fiestas que la familia real celebraba en el palacio, al más puro estilo etrusco. La reina me presentaba como a un afamado príncipe galo y yo sonreía, orgulloso, e incluso consentía en vestir aquellos ropajes afeminados. Habían llenado las estancias de hermosas vajillas y piezas de arte, herencia que Tarquinio recibió de su padre griego, Demarato. Tanaquil disfrutaba mostrando tal opulencia a los invitados, agasajándolos con buen vino del norte, músicos y aedos que cantaran las hazañas del rey. Los romanos, mucho más comedidos, pronto se dividieron entre aquellos que abrazaban con gusto las relajadas costumbres etruscas y los que criticaban a la familia real por los callejones de Roma.

A petición de Tanaquil, comencé a acompañar a Tarquinio en algunas misiones.

—Sé que contigo estará seguro —ronroneaba—. Así, quizá puedas demostrarle que eres un gran guerrero.

Bregus y yo cabalgábamos junto a su escolta cuando el rey salía de Roma a visitar las ciudades cercanas. Tarquinio quería supervisar las obras de ampliación del puerto de Ostia que fundara su predecesor, conocer las nuevas razas de ganado traídas de oriente, buscar los mejores bancales para plantar vides o parlamentar con los latinos en Apiolae^[28]. Los ánimos estaban caldeados con los latinos, que veían cómo Roma, poco a poco, iba devorando sus territorios. Pero el nuevo rey debía asegurar la vía Apia, el camino principal hacia el sur.

—¿Por qué no tomas la ciudad? —Le pregunté al etrusco en primavera, mareado por las peticiones de los latinos.

—Tiempo al tiempo, galo. Tomaré Apiolae, y muchas otras después, pero no ahora. Eres demasiado impulsivo para ser un príncipe.

A veces, Tarquinio me sacaba de quicio. Me trataba con condescendencia y hacía bromas sobre mi pueblo. Entonces discutíamos, encendidos. Yo le narraba nuestras incursiones en Raetia, en Germania, en Etruria, el poderío de nuestros guerreros.

—Ah, todo lo que podríais hacer si lucharais juntos —decía con guasa mientras sus ojos negros me escrutaban—. Una pena que los galos estéis peor organizados que una manada de uros.

Sin embargo, debía admitir que el viejo zorro dominaba el arte de la política. Disfrutaba dándome lecciones de estrategia y diplomacia y yo consentía porque tenía la certeza de que

aquellos conocimientos, algún día, de alguna forma, se volverían contra Etruria, contra la mismísima Roma. Tanaquil lo había predicho. Y Tanaquil no se equivocaba nunca.

Aquello me hacía sonreír al levantarme cada mañana. Sin embargo, algunas veces me venía a la mente otro vaticinio. Apenas había reflexionado sobre la maldición que la vieja etrusca me lanzara durante mi primera batalla. Por entonces, no creía en el poder de los dioses tirrenios. Ahora, sí.

—¿Por qué no están aquí tus hijas? —le pregunté una noche tórrida de verano a Tanaquil. Por Boudo sabía que tenía dos niñas.

—No están seguras en Roma. Además, quiero que reciban una educación etrusca. Mis padres se encargan de ello. Ya vendrán cuando estén en edad de casar. —Tanaquil se incorporó en el lecho dejándome ver su generoso cuerpo. Me miró—. ¿Por qué lo preguntas?

—Curiosidad —respondí.

Sé que no me creyó. Me habló de sus hijas, de su madre y de su juventud en Tarquinia. En sus palabras detecté una buena dosis de nostalgia, pero había algo más. La reina se sentía despechada con aquella ciudad, con su gente. Cuando su ceño se fruncía y decenas de arrugas afeaban su rostro, yo la besaba y le hacía olvidar ese pasado. Mas no siempre conseguía borrar todas las arrugas.

Me preguntaba si Tanaquil sería la mujer de la maldición, mi único amor. Tenía sentido: si quedaba embarazada de mí, yo nunca podría ejercer como padre. Tarde o temprano, abandonaría Roma. Pero, ¿cuándo?

Roma, verano del año 614 a.C.

—¿Cuándo me vas a sacar de aquí, Catus? —me preguntó Dervo de pronto, una mañana.

Había una plaga en la ciudad, achacable a los vapores asfixiantes que emergían de los pantanos. Dervo había enfermado días atrás y, aunque no estuviera grave, los síntomas no parecían remitir. Las condiciones del Tullianum tampoco ayudaban a su recuperación, a pesar de que ocupaba la mejor celda. La prisión apestaba a heces y vómitos de los enfermos, y ya habían muerto varios hombres.

—Pronto. Tu juicio está en la lista de prioritarios —dije parafraseando a Tarquinio.

—Qué pensaría el divino Esus si pereciera en Roma —bromeó tras contener una náusea—. No sé si Epona puede venir hasta tan lejos y traspasar los barrotes para llevarme al Atumnos.

—No digas tonterías, Dervo.

Pero me fui preocupado por sus palabras y, por primera vez en mucho tiempo, dudando de las de Tarquinio.

Mi constante insistencia ante el rey dio sus frutos y, dos días antes del Lugnasad, se celebró el juicio. Dervo ya estaba mejor, aunque arrastraba una tos que agitaba su pecho en violentos ataques. Agradeció sentir la brisa de camino del Senado. Hostilia y Gneo comparecieron en la parte demandante. Aunque claramente ofuscada contra mi persona, pude ver en Hostilia cierto hastío. Nadie creía que Dervo acabara con la vida de Anco Marcio, ni siquiera su propia familia. La reciente epidemia solo sirvió para confirmar que muchos ancianos sucumbían a la enfermedad. Tarquinio me había cedido a su propio curandero para que testificara a favor de Dervo. La sentencia fue la absolución. Mi amigo sería liberado en tres días.

Salí de los Comicios exultante y, sin embargo, apenas llegado el mediodía y disuelta la reunión, me comunicaron que un ciudadano había presentado una apelación. Habría un segundo juicio. La mezcla de nerviosismo y tristeza que sentía por nuestra inminente partida se tornó en cólera.

—¡Que Esus, Taranis y Teutates se la lleven! Pensé que esa bruja de Hostilia ya se habría olvidado del tema —maldije al enterarme.

—Sí. Aunque es extraño —comentó Boudo, pensativo—. El hombre en cuestión es de la familia Octavia.

—¿Y qué? —le espeté, harto de los entresijos políticos de Roma.

—Su familia viene de los montes Albanos. Fue Tarquinio quien le dio la ciudadanía. —Boudo se encogió de hombros—. Pensé que le serían fieles, pero supongo que todo se puede comprar.

Ese día daban comienzo las Consualia, la fiesta de la cosecha romana. Segado ya el campo, campesinos de todo el *ager* y habitantes de las ciudades cercanas atestaron Roma. Por las calles procesionaban caballos y burros cubiertos de guirnalda en honor al dios Consus, protector de la cosecha. Bregus, Boudo y yo lo observábamos desde las proximidades del palacio.

No había coincidido con Tarquinio ni Tanaquil desde el juicio y lo atribuí a la preparación de la fiesta. Los vimos salir con su escolta en dirección al monte Aventino, hacia donde se dirigían las procesiones. Nos unimos a la marcha.

En el fondo del valle, el rey y los sacerdotes descendieron a una cripta. De allí extrajeron el altar de Consus que, como el grano en sus silos, se conservaba bajo tierra. Tras los sacrificios correspondientes, Tarquinio proclamó su discurso.

—...Y sea que los dioses me han aconsejado que aquí —dijo señalando a la explanada que se abría hacia el Oeste—, aquí levantaré un circo para el regocijo del pueblo de Roma y para la grandeza de Consus, donde correrán caballos y jinetes de todos los extremos del mundo.

El gentío lo aclamaba y él continuaba enumerando sus proyectos para hacer de Roma una ciudad que rivalizara con la dodecápolis de Etruria.

—Parece que el rey —dijo una voz a mi espalda— tiene grandes planes. Y parece que formas parte de ellos.

Me volví y me sorprendió encontrarme con el rostro achatado de Hostilia. Aunque siguiera guardando luto, se había permitido un tocado floral en su peinado.

—Me da igual Roma. Nos iremos en cuanto Dervo salga del Tullianum. Si es que nos dejas en paz.

—Te confundes, galo. No voy a gastar más saliva con ese amigo tuyo ni contigo. Deberías revisar tus amistades si quieres salir de esta ciudad algún día. —Se volvió para perderse de nuevo entre la muchedumbre, pero añadió—: Creía que eras más listo.

Bregus tuvo que sujetarme para que no marchara detrás de la romana, llevándome por delante a todo el gentío.

—Vámonos de aquí —les dije—. No pintamos nada.

Para decepción de mis amigos, retornamos a palacio. No podía quitarme de la cabeza las palabras de Hostilia. Pero si no había sido a instancias de ella, ¿por qué iba ese tal Tito Octavio a

presentar una apelación contra Dervo?

—Boudo —le dije antes de entrar a mi habitación—. Investiga dónde vive Octavio.

El ligur asintió y, sin preguntar nada, desapareció por los pasillos del palacio.

Antes de que se pusiera el sol fuimos a hacerle una visita al nuevo ciudadano romano. Vivía en una *domus* bastante humilde cerca de la vía Apia. Nos sentamos en las proximidades al amparo de unos acebuches y esperamos. Primero volvieron tres muchachas con una mujer, probablemente las hijas y la esposa de Octavio. Bregus me dedicó una mirada insinuante, pero negué con la cabeza.

Ya había anochecido cuando el señor de la casa apareció trastabillando por la calle. Al contrario que otros ciudadanos romanos, no llevaba escolta. No podía permitírselo. Le salimos al encuentro antes de que alcanzara la luz de la puerta. Estaba tan borracho que no nos detectó hasta que se vio rodeado.

—Si gritas, te mato. —Y le mostré el mango de mi daga.

Tito nos miró con pavor, girando de un lado a otro en busca de una vía de escape. Cuando se supo perdido, rebuscó entre sus ropajes y extrajo una bolsa. Se le cayó y las piezas de bronce se esparcieron por el suelo.

—Tomad, podéis quedaros con todo —dijo mientras se sacaba un anillo con pulso incierto.

—No hemos venido a robarte —respondí, conteniendo a un Bregus que ya se lanzaba hacia el botín—. Solo queremos hacerte unas preguntas.

Tito pareció serenarse. Su respiración se relajó: nos había reconocido.

—¿Por qué has presentado una apelación contra Dervo? ¿Quién te lo ordenó? ¿Fue Hostilia?

—Yo... Yo no...

—Si me dices lo que quiero saber, te dejaremos volver con tu familia. Si no... —Desenvainé una pulgada más mi daga y la luna le arrancó un destello—. ¿Fue Hostilia? ¿Gneo?

—No, no fue la familia Marcio. Fueron... —Y se encogió, protegiéndose con los brazos—. Los reyes. Tarquinio y ... Gaia Cecilia. Ella me pidió que apelara.

—Tanaquil... —Murmuré. Sentí una punzada en la boca del estómago. ¿Era posible? ¿Me estaba mintiendo ese hombre?— ¿Por qué? ¿Por qué iba a querer la reina que Dervo se pudra en prisión?

—No... ¡No lo sé! —gritó el hombre cuando lo sacudí por los hombros—. ¡Me prometió tierras! No conozco sus motivos.

Lo lancé al suelo y le asesté una patada en el costado. El hombre gimió y se hizo un ovillo.

—¡Por Juno! ¡Lo juro! ¡Dejadme ir, os lo ruego!

La ira fluía por mis venas como si estuviera en medio de una batalla, tratando de alejar los pensamientos que revoloteaban en mi mente. Continué con la paliza hasta que Bregus me agarró del brazo y tiró de mí hacia atrás. Me volví y le encajé un puñetazo en la mandíbula a mi amigo. El romano aprovechó para arrastrarse lejos de mi alcance, en dirección a su casa. Empezó a gritar.

—¡Vámonos de aquí! —nos apremió Boudo.

Bregus se tambaleó hacia los árboles, aún aturdido. Yo, sin embargo, me acerqué a Octavio, desenvainé el puñal y pinchando levemente su espalda, dije en mi mejor latín:

—Si cuentas algo de esto, visitaremos a tus preciosas hijas.

Escupí y salí corriendo hacia la oscuridad junto a Boudo y Bregus. En ese momento, las puertas de la *domus* se abrieron y dos esclavos recogieron a su maltrecho amo. Nosotros continuamos nuestra carrera bajo la tímida luz de la luna llena.



IX - SANGRE

Cuando llegamos a palacio jadeantes y sudorosos, nos sorprendió encontrar allí una fiesta. Parecía que la mitad de los patricios de Roma se arremolinaban en el atrio. Los festejos por las calles de la ciudad se habían trasladado a la residencia real. Aparté con brusquedad a varios romanos borrachos en busca de Tanaquil. Pero allí solo había hombres. Alrededor del estanque los esclavos se afanaban en repartir vino y fruta a los invitados y, tras el jaleo, se intuía la melodía de un aulós^[29]. Una voz me llamó entre la multitud.

—¡Ambicatus! ¡Ahí está mi hombre del norte!

Tarquino sujetaba una hermosa copa de marfil y el vino goteaba por sus dedos. Aún llevaba su túnica púrpura. Me hizo señas para que me acercara. Empujé a un anciano que a punto estuvo de caer al agua, mas nadie parecía percatarse de mi enfado. Bregus y Boudo me seguían de cerca. El primero, tan cabreado como yo. El segundo, nervioso.

—Le estaba contando a mi buen amigo Lucio Emilio. —Y señaló a un hombre maduro, de buenas vestimentas y rostro severo, aunque algo colorado por la bebida—. Que los galos sois

unos guerreros feroces y que quizá. —Aquí hizo una pausa dramática—. Quizá podríamos tener intereses comunes en Etruria. Si uniéramos fuerzas.

Me aparté cuando fue a posar la mano libre en mi hombro.

—¿Dónde está Tanaquil? —rugí.

—La reina, Gaia Cecilia, está durmiendo. —De pronto, sus facciones se endurecieron y todo atisbo de borrachera se esfumó. Hablaba en voz baja.

—Tengo que hablar con ella.

Se disculpó con el tal Lucio y me ordenó que lo siguiera. Alcanzamos el despacho del rey.

—No tolero este comportamiento en mi propio palacio, y menos delante de mis invitados— dijo Tarquinio.

—¿Habéis sobornado a Octavio para que presentara la apelación? —le pregunté, tratando de tranquilizarme y que mi voz sonara confiada. El aparente estado de embriaguez del rey me había envalentonado, pero Tarquinio no iba a acobardarse como ese ciudadano advenedizo.

Me miró, apoyó las palmas de las manos en su escritorio, poniendo el mueble entre ambos, y suspiró.

—¡Por Esus y por el maldito Júpiter, Tarquinio! ¿Lo hicisteis o no? —golpeé el escritorio.

—¿Sabes, Ambicatus? —El enfado se borró de su rostro y comenzó a pasear por la habitación—. No sé cómo ni por qué, pero te estimamos. Aunque seas tan impulsivo y, a veces, maleducado, me resulta... interesante conversar contigo. Tanaquil está prendada de ti. Y lo que es más importante: los dioses te estiman.

—¿Tanaquil...? —Titubeé. Aquello me pilló de improviso y, por un instante, olvidé lo que me había llevado hasta allí.

El rey me dedicó una sonrisa, desapareció un instante por la puerta, aprovechando mi confusión, y volvió a aparecer con su cáliz lleno de vino y otro para mí.

—Mi mujer no tiene secretos conmigo. ¿Crees que habríamos llegado hasta aquí poniéndonos la zancadilla? —señaló el palacio con un gesto amplio, en clara alusión a Roma—. Si ella quiere divertirse contigo, que lo haga mientras seáis discretos. Yo hago lo propio.

Me quedé allí de pie, con una amalgama de sentimientos fundiéndose en mi estómago. Sentía ira, confusión, vergüenza. Pero lo peor de todo era, sin duda, la confirmación de las palabras de Hostilia. Me sentía estúpido.

—Y, como te estimamos —prosiguió con voz calma, acercándose hacia mí—, queremos que te quedes con nosotros, al menos un tiempo. Tienes que entender que Tanaquil...

—¿Entonces es cierto? —le interrumpí dando un paso atrás—. ¿Confiesas que sobornasteis a Octavio?

—Mira Ambicatus, te voy a ser sincero. —Su rostro mudó de nuevo y me recordó a aquel zorro al que encontré dos años atrás en el Monte Albano—. Quiero atacar Etruria. Primero tengo que apaciguar el Lacio, es cierto, por no hablar de los sabinos. Pero mi objetivo es Tarquinia. Tú quieres unificar a todos los galos con esa lanza tuya. —Esto me sorprendió, pero recordé que su mujer le contaba todo—. ¿Por qué no fijarnos un objetivo común? Etruria tiene riquezas de sobra para que nos las repartamos.

Me sentía como si hubiera bebido diez copas y no una. La cabeza me daba vueltas, luchando entre mi indignación por el engaño, la tentadora propuesta del rey de Roma y la posibilidad de que todo ello fuera una trampa, pero... ¿para qué? Quería tirarle a Tarquinio el vino encima y

manchar su toga, largarme de allí y no volver a verlos. Invadir Etruria por mi cuenta. Solo quedaba un cabo suelto: Dervo. Tarquinio debió intuir mi desasosiego y siguió hablando.

—Te propongo algo. Tu amigo será absuelto en el próximo juicio. Os proveo de un barco y escolta para ir a Corinto, buscáis la dichosa lanza y después volvéis a Roma para que llevemos a cabo nuestro plan.

Pensé en decirle que era su plan, un absurdo plan de venganza contra la ciudad que no le permitió alcanzar la gloria, que Roma nunca podría enfrentar a la Dodecápolis etrusca ni con la ayuda de todos los galos unidos. Pero me callé, me indigesté mi orgullo y, luchando por disipar la ira de mi rostro, respondí:

—Está bien. Acepto el trato.

Salí de allí igual que había entrado, con Bregus y Boudo a mi zaga, interrogándome.

—Vámonos. Hoy no dormimos en palacio.

Liberaron a Dervo pocos días después de mi bronca con Tarquinio. Tito Octavio retiró la apelación y no se repitió el juicio. Dervo alcanzó la superficie renqueando y con una tos leve pero persistente. Tuve que llevarlo del brazo hasta la pensión en la que nos alojábamos, pues sus ojos no terminaban de acostumbrarse a la luz de finales de verano. Esa luz que había amansado mi alma y que ese día me parecía demasiado brillante.

—Me he convertido en un topo de tanto vivir bajo tierra —bromeó.

—Pronto te tocará otra transformación, a gaviota o pez si puede ser —le respondí—. Con suerte, embarcaremos pronto rumbo a Corinto. ¡Grecia, Dervo!

—Sí... —Su voz se apagó—. Una pena que no haya aprendido todo lo que el maestro podía ofrecerme.

—¡Pero si escribes latín como si llevaras haciéndolo desde crío! Además, tengo un regalo para ti. Por si te aburres en el viaje.

Le entregué un cilindro tallado en cuerno de uro. Dervo lo manipuló con torpeza buscando la tapa. Extrajo los papiros enrollados que contenía y trató de descifrar el título.

—Es un texto que a los romanos les encanta, sobre el viaje de un griego después de una gran guerra: la Odisea. Pensé que te gustaría tenerla.

Su sonrisa compensó con creces todo el esfuerzo. Fue un reto localizar un ejemplar a la venta sin recurrir a Tarquinio: eran pocos en Roma los que practicaban la lectura por placer, relegando las letras a un mero instrumento burocrático.

—Catus —dijo al cabo y fue decelerando el paso—. Me has salvado. Me sacaste de la cárcel.

—Yo te metí en este lío. —Me encogí de hombros.

—Sé que mientras yo estaba aprendiendo a escribir, tú enfrentaste a todo Roma por mí. Aunque no me lo contaras.

—No quería preocuparte con nimiedades.

—Amigo... —sonrió.

—Siempre hace lo mismo —intervino Bregus—. Nos salva la vida y se resta importancia.

Dervo asintió y los dos hombres intercambiaron miradas. Entonces, se arrodillaron frente a mí, Bregus con vehemencia, Dervo como si fuera a desplomarse, y, alzando la vista, recitaron a

coro:

—Juro ante los tres dioses de la noche: Esus, Taranis, Teutates; que mi vida es tuya y que por tu vida moriré. Nada se interpondrá entre mi señor y yo, tu soldurio. Me consagro a Epona para que me acepte como sacrificio en la batalla a cambio de tu salvación. Y si quisiera la muerte llevarte, mi señor, te acompañaré gustoso a las estancias del Atumnos.

Entonces Bregus sacó un cuchillo y se realizó un corte en la palma de la mano. Después se lo pasó a Dervo, que hizo lo propio. Yo los miraba titubeando, sin saber si debía detenerlos o abrazarlos. Me tendieron sendas manos y yo las estreché para alzarlos.

—Mi sangre es tuya —sentenciaron.

Y al fin los abracé muy fuerte. A mis dos amigos. Mis dos soldurios.

Envié a Bregus y Boudo a recoger nuestras pertenencias a palacio. No quería cruzarme con Tarquinio y, mucho menos, con Tanaquil. Pensar en ella me producía una vorágine de sentimientos que siempre desembocaban en ataques de ira. Bregus había perdonado pronto aquel puñetazo frente a la casa de Octavio, pero no todo el mundo era tan poco rencoroso como mi amigo.

Sin embargo, lo que parecía que iba a ser una marcha pronta, comenzó a retrasarse, prometiendo una espera tan lenta y mucho más desquiciante que el juicio de Dervo. Este último, sin embargo, comenzó a frecuentar los círculos cultos de la ciudad, buscando siempre nuevos textos que leer, nuevos maestros.

Al principio, Tarquinio me envió un mensaje arguyendo que los barcos no zarpaban en otoño. Así, pasé el invierno languideciendo en una Roma ahora amarga, evitando los encuentros con los reyes. Tanaquil me hizo llamar hasta en tres ocasiones: mi orgullo me empujó a rechazarlas, una tras otra. Pasó la primavera sin noticias sobre barcos y en verano envié a Boudo para interpelar al tan ocupado rey.

—Tarquinio insiste en que vayas tú a hablar con él —dijo el ligur a su vuelta, tras varios días de cola.

—¿Y nuestro barco? —respondí espantando la idea con la mano.

—Que si los astilleros están muy atareados, que si los piratas etruscos han complicado la navegación estos meses...

—Ya. Excusas. Ese maldito zorro quiere que deseché la idea de buscar la lanza por hartazgo. Pues estoy harto: dile que, si no nos da ese barco, nos iremos nosotros solos a buscarla. Y ni cien años en el Tullianum me convencerán para ayudarle con su absurda empresa.

Roma, otoño del año 613 a.C.

Al fin, recibimos un mensaje de Tarquinio. El barco zarparía del puerto de Ostia en unos días. Me sorprendí de la prisa que se había dado el rey en proveernos de transporte tras mi amenaza. Tarde, pero cumplía con su palabra.

—Si ese herrero tiene realmente la lanza de Lugus —dijo Dervo con incredulidad— y accede a vendérsosla. ¿Regresaremos a Roma?

Era la misma pregunta que me carcomía por dentro. Si Tarquinio cumplía con su palabra, yo

debía hacer lo propio. Sin embargo, Lucteria... Calculé que mi hermana ya habría cumplido seis años. ¿Se acordaría de mí?

—Veremos, cuando llegue el momento, veremos.

Y continuamos recorriendo las calles de una Roma que ya se nos había hecho tan familiar y, a la vez, tan hostil.

La víspera de la partida nos reunimos en la Vía Ostiense con los hombres de Tarquinio que viajarían con nosotros o, como él los denominó, nuestra escolta. Eran cinco hombres seleccionados entre sus lictores. El más mayor, de nombre Democles, había venido con su padre desde Corinto y nos serviría de traductor.

Boudo, por su parte, apenas sabía griego. Se debatía entre seguirnos a Corintio o volver a su tierra natal. Yo quería guardar mi pequeño tesoro de piezas de plata para la lanza y los imprevistos del viaje, por lo que aquello marcó la decisión. Nos despedimos del ligur con pena.

—Si alguna vez necesitas trabajo, ve a Avaricon. Si los dioses así lo disponen, volveremos a encontrarnos.

Y le propiné un buen manotazo en la espalda que le hizo trastabillar.

—Si los dioses quieren —se despidió él y desapareció entre las calles de Roma, buscando una caravana con destino al norte.

Fue en ese momento cuando distinguí una silueta que nos observaba bajo la incierta luz del alba. Me hizo señas y me acerqué para ver mejor. Era Tanaquil. Algo más atrás, escondida al amparo de la muralla, vigilaba su guardia.

Dudé. Dudé si montar sobre Dusios y salir a pleno galope de allí, o si ir solo para dedicarle los cientos de reproches que había ensayado en las noches de vigilia. Y, dudando, paso a paso, llegué junto a ella.

—Te marchas y no vas a volver —dijo con voz seria. No detecté pena en su semblante, solo certeza.

—¿Te lo han dicho las águilas, o quizá un hígado de conejo?

—No. Lo dicen tus ojos.

Pensé en excusarme, hablarle de Segonia y Lucteria en Avaricon.

—Adiós, Tanaquil.

—Adiós, Ambicatus. —Se giró y no pude contemplar aquellos labios curvarse por última vez. Su voz tembló—. No menosprecies las palabras de los dioses. Tienen mucho que decirnos.

Esa noche, acurrucado en la enorme panza del navío, soñé. El mar estaba furioso y nos zarandeaba rompiendo ánforas de vino y esparciendo el grano. El cansancio venció al fin a las náuseas y me sumí en un sopor inquieto. Soñé que dos osos enormes despedazaban a un zorro viejo.



X - BALLENA

Mar Mediterráneo, otoño del año 613 a.C.

A excepción de la tormenta inicial, el viaje fue tranquilo. Tarquinio nos había embarcado en una nave mercante que llevaba vino y que debía volver cargada de cerámica griega ya en primavera. Navegábamos próximos a la costa y cada noche hacíamos cabotaje en un puerto, bien fuera en espléndidos emporios comerciales o en bahías de islotes. Así, nuestro recorrido incluía paradas en Miseno, Palinuro, Heracleo, promontorio Lacinio y Salento; y, dejando atrás aquella península rumbo a Grecia, repostando en Cocira, Nicópolis, Naupactus y, por último, el puerto de Delfos. A pesar de las protestas de Dervo, agradecí que no paráramos en Delfos para consultar el oráculo. Ya estaba servido en materia de profecías.

Era nuestra primera vez surcando el mar, tan distinto a deslizarse con balsas por la corriente del Rhôdan allá en la Galia. Cuando superamos el mareo, nos dedicamos a disfrutar de aquellos parajes inmensos, de la brisa y las olas cargadas de criaturas fantásticas.

—¿Seguro que no nos va a atacar? —pregunté por enésima vez al capitán, un viejo ateniense

ya ducho en navegación. Me asomaba con cautela por la borda esperando la próxima salida de aquel gigante de las profundidades. El capitán lo llamaba ballena—. Es titánico. Si quisiera, nos hundiría de un coletazo.

—Pero no quiere. Tener poder no significa usarlo para destruir. ¿O acaso tú te dedicas a pisar hormigas?

Asentí, aún sin convicción. Mientras, Dervo releía la Odisea e interrogaba al capitán por los seres que allí se citaban.

—¿Has visto alguna vez a Escila?

—Yo no tengo claro que ese bicho aún viva —respondía él en latín con su marcado acento griego—. Aunque hay marineros que juran haberla visto devorando barcos enteros.

—¿Y las sirenas? De esas sí debe haber —insistía mi amigo escrutando el pergamino.

Se colocaba en el centro del barco, bajo el mástil, para evitar que las salpicaduras mojaran su preciado tesoro. A mí, sin embargo, me encantaba recibir las gotitas saladas en el rostro y sentir la proa cortando el mar bajo mis pies.

—¡Bueno! Conozco a varias mujeres que, como te canten mucho, te engañan hasta dejarte sin una cabra. ¡Ja, ja, ja! —bromeaba el ateniense y le coreaba su tripulación.

Entramos en el golfo de Corinto con los primeros vientos del otoño, cuando las nubes ya se agolpaban negras y panzudas en el horizonte, amenazando con descargar. El barco seguiría su ruta hacia Atenas cruzando el istmo de Corinto a través de una calzada cubierta de rodillos de madera.

A mí no me entraba en la cabeza cómo un barco tan grande iba a atravesar tal distancia por tierra.

—Periandro, el tirano de Corinto, quiere mejorar el paso construyendo un canal. Dicen que ha traído a ingenieros de Egipto para que le ayuden con su plan —nos explicó Democles.

El puerto de Corinto, llamado Lequeo, superaba tanto en dimensiones como en tránsito a todos en los que habíamos parado. Allí se arremolinaban naves procedentes de ciudades de las que jamás había oído hablar o que me sonaban más legendarias que Escila: Samos, Tiro, Sidón, Naucratis... Y me pregunté si algún día visitaría aquellos lugares, si conocería a sus reyes o, aún mejor, a sus reinas. La herida que abriera Tanaquil se iba cerrando con el sol y el agua salada, con el hambre de nuevas aventuras.

Una vez desembarcados quise acudir directamente a la herrería que, según nos dijera Tarquinio, estaba cerca del astillero. Pero tanto Bregus como Dervo, y en especial Democles, insistieron en acomodarnos primero en una posada y visitar la ciudad monumental, asentada sobre una montaña llamada Acrocorinto. Los pequeños altares en honor a Poseidón dieron paso a enormes edificios coloridos. Pero la visión más magnífica fue el templo de Apolo, con sus diez columnas imposibles y, en su interior, su estatua de bronce. A sus pies, los ciudadanos colocaban todo tipo de ofrendas: celemines con grano, ramas de olivo, hogazas, piedras y conchas hermosas...

—¿No ofrecéis nada a Apolo por habernos conducido sanos hasta aquí? —nos animó Democles mientras depositaba una figurita tallada en madera.

—Quizá cuando haya encontrado la lanza.

—Para que volvamos seguros a Roma —señaló el lictor.

—Sí, para que volvamos a Roma.

A la mañana siguiente levanté pronto a mis compañeros con la esperanza de que los guardias de Tarquinio no nos siguieran. Oficialmente eran solo una escolta que nos ayudaría a movernos seguros por Grecia, pero era obvio que Democles y sus muchachos tenían orden de acompañarnos de vuelta a Roma, a las buenas o a las malas.

En cuanto salí del cuartucho en el que dormía con Bregus y Dervo me topé con Democles haciendo guardia junto a la puerta de sus compañeros. Suspiré. Al menos tendríamos intérprete.

Tras un breve paseo alcanzamos las calles de Lequeo cercanas al astillero. Los pescadores más rezagados partían ya en sus barcas. El típico olor a tripas de pescado de otros puertos se mezclaba aquí con el de la brea, y el polvo de la madera lijada impregnaba el aire. Democles disfrutaba señalando talleres y los enormes diques donde se fabricaban los barcos. Era la tierra de su juventud, antes de que partiera con Demarato hacia Etruria.

La producción de cerámica era también excepcional. Recorrimos un barrio dedicado en exclusiva a tal labor, donde hombres y mujeres se sentaban en la fachada de sus talleres, aprovechando las primeras horas de sol para modelar la arcilla. Hacían girar la pieza a toda velocidad sobre unos artilugios accionados con el pie. Jamás había visto nada parecido.

—¿Qué es eso? —preguntó Dervo.

—Es un torno de alfarero. —Sonrió el griego, divertido por nuestra ignorancia. Pero yo atesoré el detalle en mi cabeza.

Tuvimos que dar varias vueltas por las callejuelas y preguntar a un vagabundo hasta dar al fin con la herrería. El corazón me latía al ritmo del martillo, como si fuera un chiquillo al borde de su primera pelea. Un joven golpeaba una pieza de hierro al rojo vivo. Un aparejo de barco, probablemente.

Democles llamó su atención y el hombre nos dedicó un vistazo rápido y continuó martilleando. Ya me estaba impacientando cuando dio por terminado su labor y se volvió hacia nosotros.

—Dile que busquemos al dueño. Por la edad, este no puede ser el herrero que trabajó para Demarato —le ordené a Democles.

Hablaron en aquel idioma áspero, tan distinto del galo y del latín, del que no comprendía ni una palabra. Las preguntas y respuestas se sucedían hasta que el lictor se volvió hacia nosotros y tradujo.

—Dice que su tío llevaba la herrería por entonces.

—¿Y a qué esperamos para hablar con él? ¿O es que está muerto?

—Bueno... Parece que partió en una expedición hacia Egipto hace ya doce años y aún no ha vuelto.

—¿Y la lanza? ¿Se la llevó?

—El muchacho dice que sí.

Estaba frustrado por no poder interrogar al herrero por mí mismo y no me fiaba de las traducciones del lictor. Me encaminé resuelto hacia el interior de la herrería. Apenas entraba aún la luz y no pude distinguir más que lingotes de hierro y cobre por un lado, y montones de carbón al fondo. Sobre unos sacos se amontonaban aparejos de barco. Aquel no era el taller de un

maestro capaz de forjar la lanza de Tarquinio.

Una voz grave me sobresaltó. Mis ojos se acostumbraron a la penumbra y distinguí a un hombre maduro, con sus brazos desnudos cubiertos de cicatrices. Le faltaban varios dedos. En ese momento entraron el resto. El muchacho parecía indignado pero el hombre lo tranquilizó.

—¿Qué dice el viejo? —espeté a Democles.

—Es el hermano del herrero... Dice que Eumelo volverá. Que la lanza lo protege.

—¿Qué sabes de la lanza? —me acerqué a él—. ¿Cómo la consiguió?

Habló largo y tendido, con la vista perdida en las paredes renegridas del horno, como si estuviera contando un cuento junto a la hoguera. Al cabo, Democles tradujo.

—Dice que su hermano, además de ser el mejor herrero de Corinto, era un aventurero. De joven estaba fascinado por los viajes de los argonautas y los héroes antiguos. Por lo que cuenta —Aquí Democles bajó la voz—, parece que era un asaltador de tumbas. Buscaba piezas antiguas en las sepulturas de los héroes micénicos.

—Los antiguos reyes griegos, los que combatieron contra Troya —aclaró Dervo ante mi semblante confundido.

—Sí. Se obsesionó con una vieja leyenda sobre uno de los combatientes de Troya, Teucro hijo de Telamón. Yo también la conozco. A la vuelta de la guerra, Telamón exilió a Teucro por no vengar la muerte de su hermano Áyax. Dicen que Teucro vagó por el Mediterráneo fundando varias ciudades, pero que no encontraba la paz. Entonces, navegó hacia el Oeste, más allá del mar Tirreno, hasta los confines del mundo. Dicen que allí murió ahogado persiguiendo a una sirena. Uno de sus hijos trajo sus restos a enterrar de vuelta a Salamina.

El viejo herrero siguió hablando y nuestro intérprete tradujo.

—Dice que su hermano Eumelo encontró la tumba de Teucro y que junto a sus restos yacía una lanza magnífica. Dice que Apolo se la entregó a Teucro en el fin de la Tierra.

Quedamos en silencio y, de pronto, el jolgorio del puerto me sacó de mi ensimismamiento.

—Ese fin del mundo podría ser Aremórica —propuso Dervo citando la región más occidental de la Galia.

—Podría. Allí es donde se pierde la pista a Lugus. Ese Apolo suyo bien puede ser nuestro propio dios —respondí en galo a mis amigos. Pero aquello no nos acercaba a la lanza. Me volví hacia el herrero—. ¿Y dices que ese saqueador se fue a Egipto?

—Se embarcó con el navegante Kolaio de Samos en una expedición comercial hace doce años —tradujo Democles las palabras del joven, que se había adelantado a su padre—. La última noticia es que el barco de Kolaio ayudó a unos colonos en la isla de Platea, en la costa libia^[30]. Después se desató una tormenta que debió hundir el barco. Nunca se supo de ningún superviviente.

El viejo negaba con la cabeza ante las palabras de su hijo. Discutieron encendidos, pero el muchacho zanjó el asunto mirando a su padre con tristeza. Después, nos hizo gestos para que saliéramos del taller.

—Dice que la lanza yace en el fondo del mar junto a su tío. Nos pide que dejemos de alterar a su padre.

Aunque yo quería insistir, sabía que no era el momento. Abandonamos la herrería y nos perdimos entre los puestos que los comerciantes montaban para exhibir sus productos. Los galos, decepcionados. Los romanos y el griego, claramente satisfechos con la situación.

—Maldita lanza... —murmuró Bregus—. En mala hora escuché a aquel comerciante.

—No pasa nada, Bregus —le palmeé la espalda para animarlo, pero seguía pensativo—. Era una bonita leyenda. Además, míranos. Estamos en Grecia.

—Catus no necesita esa lanza —intervino Dervo—. Algún día será rey y, con todo lo que hemos aprendido en Roma, convertiremos la Galia en un país floreciente.

Devolví la sonrisa a mi amigo. Aún estaba muy delgado. Su piel normalmente pálida había sufrido el embate del sol en la cubierta y se descamaba en ronchones. Mas sus ojos grises bailaban, contentos.

Democles debió escuchar la palabra Roma, porque nos interrumpió.

—Ahora que la búsqueda de la lanza ha terminado, ¿volvemos a Roma? Tarquinio estará esperando nuestro regreso.

Frené mis pasos y todos se detuvieron. Alcé la vista: la brisa marina había traído nubes oscuras y las gaviotas jaleaban nerviosas.

—Sí, busca un barco. Si es que alguno parte hacia Occidente...

Democles asintió y se perdió entre el gentío en dirección a los malecones con dos de sus hombres. Los otros dos se quedaron con nosotros. Suspiré. Sería difícil quitárnoslos de encima.

A Democles le costó encontrar una nave que nos llevara a Roma. El otoño avanzaba con fuerza y los griegos preferían realizar trayectos cortos entre las islas durante la temporada. Nos hablaron de un capitán etrusco de dudosa reputación que, por una buena suma, podría acceder a llevarnos. Pero aún no se esperaba su llegada a Lequeo hasta pasados unos días. Democles se alegró porque podría solicitar una audiencia con el tirano Periandro y así presentarle los respetos del rey de Roma. Nosotros aprovechamos para visitar Corinto. Paseábamos por los alrededores de la ciudad o nos perdíamos por el ágora mientras Dervo inspeccionaba las mercancías.

—Necesito aprender a leer griego —insistía clavando la vista en los pergaminos—. ¡Aquí tienen muchísimas más obras que en Roma!

—No puedes enamorarte de todas las lenguas con las que te topes, Dervo —le reprendía yo, temeroso de que se le antojara permanecer en Corinto.

Él insistía. Democles sabía escribir, pero se negó en rotundo ante la petición de Dervo.

Con el paso de los días, la vigilancia de los lictores se fue relajando. Mientras nosotros rebuscábamos entre viejos pergaminos, ellos se entretenían dos puestos más allá comprando manzanas frescas, o se echaban a la sombra de un árbol a dormir. En una de esas siestas aproveché. Tomé a Dervo del brazo e hice gestos a Bregus. Atravesamos Lequeo a la carrera hasta el callejón de la herrería.

Encontramos al joven artesano en el mismo sitio que la última vez, golpeando su yunque con ahínco. Volví la esquina para que no nos viera.

—Hay que entretenerle. Tengo que hablar con el viejo —dije a Bregus.

Él asintió y miró en derredor. A lo lejos se acercaba una carreta. Se acercó a un burro que descansaba a la puerta de un establecimiento. Lo desató y lo azuzó con saña contra la carreta. Los caballos piafaron y se echaron a un lado para sortear al asno, precipitándose sobre un tenderete y esparciendo todo su cargamento de cacerolas. El caos estaba servido y Bregus ya había desaparecido de escena.

Como esperábamos, el joven herrero corrió a socorrer a sus vecinos y Dervo y yo nos escabullimos hacia la herrería. La oscuridad y el calor nos acogieron al entrar. Allí, sobre unos

sacos de carbón, se derrumbaba el viejo. Sus ojos centellearon al vernos y se arrancó a hablar.

—No te entendemos. —Agité las manos instándole a que se callara.

Dervo sacó un trocito de pergamino y tinta y se lo dio al herrero, haciendo el gesto de escribir. Éste nos miró durante unos instantes y negó con la cabeza, apesadumbrado. Mis temores se confirmaban: no sabía escribir. Del exterior nos llegaban aún los gritos de los vecinos. De pronto, sus arrugas se difuminaron. Se levantó con pesadez de los sacos y rebuscó entre las pertenencias del taller. Volvió con un cuenco de bronce cubierto de grabados. En el fondo el artista había trazado siete círculos concéntricos flanqueados por dos columnas. En la base del cuenco había algo escrito:

Τάρτησος

—Tartessos —dijo pasando la yema de uno de sus dedos restantes por las letras—. Kolaïos de Samos y Eumelo, Tartessos.

Y señaló hacia el Oeste una, dos, tres veces. Después, me miró con ojos implorantes y me tendió el cuenco. En ese momento, su hijo apareció por la puerta. Escondí el objeto bajo la capa y me volví. El muchacho nos gritó y agitó los brazos para que nos fuéramos. Obedecimos rápido y, cuando ya estábamos de vuelta bajo el cielo de Corinto, le dediqué una última mirada a aquel anciano atormentado por la incertidumbre y asentí.

Tartessos. Aquella palabra no me decía nada, pero entendí que debía ser un lugar. Hacia el Oeste.



XI - CABALLITO

Corinto, otoño del año 613 a.C.

El barco que habría de llevarnos hasta Roma atravesaba el istmo de Corinto sobre troncos rodantes desde el golfo Sarónico hasta el puerto de Lequeo. Nos acercamos a caballo para ver el último tramo de aquel prodigio.

La nave era un trirreme con aspecto de haber navegado durante demasiados inviernos, con su casco surcado de cicatrices y parches. La viva imagen de su capitán. Aruns el tirreno era un hombre que no pasaba desapercibido. Tez rojiza de una vida a la intemperie, cabello canoso y salvaje, como la mar embravecida. Su fama hablaba por él: tan pronto llenaba la panza de su barco de ánforas bajo el mando de algún rico comerciante de Atenas, como izaba la bandera negra y acosaba las rutas entre las Islas de la Plata. Democles no estaba contento con aquello, mas Aruns parecía el único dispuesto a navegar hasta Roma fuera de temporada.

Yo estaba encantado. Saludé jovial a aquel hombre que se negaba a bajar de su barco durante el lento avance por tierra, mientras los bueyes tiraban hasta la extenuación.

—¡Ojo a babor! —gritó señalándonos. Hablaba un latín con fuerte acento del norte que me recordó en su deje a Tarquinio—. ¿Quiénes son esos bárbaros que tanto sonríen?

—¡Ambicatus, príncipe de los bituriges!

—¿Y se puede saber qué hace un galo tan lejos de sus castros? No sois bichos de agua, no.

—Buscar un barco para volver a Roma —intervino Democles.

—Ah, vosotros sois los intrépidos que quieren navegar en invierno. ¿Están locos, eh, Nethuns? —Se dirigió al mascarón de proa de su barco, un espolón de hierro en forma de caballito de mar—. Este viaje os va a salir caro. Si es que llegamos a Roma. —Y soltó una carcajada.

—Si es que llegamos a Roma... —mascullé.

En el camino de vuelta a Corinto alcanzamos a la comitiva de uno de los barcos que atravesaba el istmo, también desde el Egeo. Era, a todas luces, un barco esclavista. Los capataces fustigaban a filas de hombres, mujeres y niños arrancados de sus hogares.

—¿De dónde los habrán sacado? —pregunté a Democles

—Epidauro. Periandro arrasó la ciudad de su suegro y se trae el botín.

Asentí y pronto perdí el interés. Aquello era igual que en la Galia: ciudadanos libres que, por servir al rey más débil, acababan reducidos a todo tipo de trabajos vejatorios: los más ancianos a las minas, donde morían pronto; los hombres jóvenes solían acabar en los bancos de remo; los niños y las mujeres como juguetes de los más pudientes. Advertí que Dervo se había parado. Miraba cómo un capataz pateaba a un joven que yacía en el suelo. Al cabo, el oficial desistió de levantarlo y, tras discutir con uno de sus compañeros, lo dejó allí. La comitiva avanzaba sin él.

—¿Qué ha dicho? —le pregunté de nuevo al griego.

—Que no tiene remedio.

Dervo se acercó con paso decidido y yo lo seguí. El joven se acurrucaba en el suelo, temeroso de más patadas. Mi amigo lo tranquilizó con palabras suaves y, al fin, el joven se descubrió. Su rostro estaba cruzado por llagas y erupciones. Di un paso atrás.

—Está infectado. —Democles se acercó esbozando una mueca de disgusto—. Dejadlo ahí, igual que han hecho ellos. Podría contagiarnos.

Dervo negó con la cabeza y le tendió su pellejo de agua. El joven, de tez aceitunada y rizos castaños, sonrió y dijo unas palabras en griego.

—Se viene con nosotros —sentenció Dervo—. Mejorará.

Y mejoró. El joven se llamaba Aresio y procedía de una familia acomodada de Epidauro. Lo habrían vendido por una suma muy importante en el mercado de esclavos de no ser por aquellas pústulas. Él dijo que lo hirieron en la cara durante la invasión. Estaba ardiendo y respiraba con agitación.

—Han confundido una herida muy infectada con una peste —dijo Dervo limpiándole la herida—. Solo necesita descanso.

Aresio se dejaba tratar y sonreía a Dervo, a quien consideraba un enviado de los dioses.

El capitán etrusco dijo que partiríamos en dos días, lo justo para cerrar todos sus asuntos en Corinto. Yo propuse despedirnos de Grecia con una fiesta. Democles accedió a regañadientes a que fuéramos a las tabernas, pero no nos acompañó.

—No es sitio para ciudadanos respetables —dijo, rescatando su ya tan lejano pasado corintio.

Así, Dervo, Bregus, dos lictores y yo nos topamos con nuestro capitán en el segundo antro que visitamos. Aruns bebía a largos tragos de una jarra mientras magreaba a una prostituta. Tardó unos instantes en reconocernos, pero pronto estuvimos bebiendo vino avinagrado a su lado.

—¡Ah, mis nuevos clientes! —chapurreó en latín—. Ahora me podréis contar con más detenimiento lo que os ha traído a Corinto. Me encantan las historias.

Y yo le conté mi historia y, cuando acabé, le conté otras cuantas más. Me aseguré de que el vino siguiera corriendo entre mis hombres hasta que Bregus sacó a los lictores a la calle para ver quién podía mear más lejos. Mi amigo tenía el récord de Avaricon y les llevaría un rato intentar superarlo. Dervo los acompañó, riendo.

—¿Sabes? —murmuré al oído de Aruns, que me abrazaba encantado de compartir vino con un príncipe—. Conozco una historia mucho mejor que todas esas. Pero necesito saber algo.

—¡Lo que mi amigo quiera, si está en mi mano!

—Tartessos —dije. Y el jaleo de la taberna casi ahoga mi voz.

Los ojos del pirata se abrieron como si le hubieran echado un cántaro de agua encima. Vacío la jarra de un trago y pidió más.

—Tartessos, el filón de plata en los confines del mundo. La ciudad de los siete fosos —dijo con voz soñadora.

—¿Lo conoces? ¿Has estado? —Seguí tanteando. Lo que decía coincidía con las indicaciones del viejo herrero.

—No, ojalá. Algunos dicen que sus riquezas son un mito. —Se acercó aún más, proyectando su saliva en mi rostro—. Pero yo sé la verdad. Los fenicios^[31] explotan ese mercado y se inventan historias sobre monstruos horribles que devoran barcos. ¡Porque lo quieren solo para ellos! Las naves de Tiro vuelven tan cargadas de oro, plata y estaño que alguna hasta se ha hundido.

—Y los griegos, ¿nunca han ido a Tartessos?

—Tienen demasiado miedo a los monstruos y, los que no, a los piratas cartagineses^[32] y etruscos. ¡Je, je! A esos sí que hay que temerlos. —Se alejó un palmo de mí y al fin pude respirar.

—¿Y si te dijera que un barco griego fue a Tartessos?

—¿Quién?

—Kolaios.

—¡Ese samio...! —Rumió Aruns, y pronunció unas palabras en su lengua—. Dicen que se hundió en una tormenta en las costas de Libia.

—Me ha llegado información de que Kolaios podría haber ido a Tartessos.

—Podría ser. Kolaios es muy ambicioso, y retorcido también. —El etrusco dio un buen trago.

Para la ingente cantidad de vino que estaba tomando, consideré que se mantenía bastante lúcido —. Podría haberse inventado lo de la expedición a Egipto para ir a Tartessos sin que nadie más lo supiera.

Asentí con vigor y Aruns asintió conmigo, sonriente. Hasta los huecos entre sus dientes emanaban emoción.

—¿Qué te parecería ir a Tartessos, capitán?

—Y a ti, ¿qué se te ha perdido allí? —preguntó, inclinándose sobre mi cara otra vez.

—Uno de los tripulantes de aquel barco tiene algo que deseo.

—¿El qué?

—La lanza. La lanza de Lugus.

Aruns abrió aún más los ojos, porque aquella historia era una de las que le había contado aquella noche. Y Aruns adoraba las historias.

—Los príncipes no pagan mal, pero los reyes pagan mejor.

—En ese caso —dije incorporándome—, si nos llevas hasta Tartessos te pagaré el precio de tres trirremes nuevos. Y, si encuentro la lanza y consigo ser el rey de toda la Galia... te pagaré seis.

—Seis trirremes y el Furia de Nethuns te llevará hasta los confines del mundo.

Aruns se incorporó también y me tendió su mano. Estaba pegajosa de vino.

Se oyó una voz desde la puerta:

—¡Ya dije! ¡Romanos no ganar a Bregus! —fanfarroneó mi amigo en su precario latín.

Los lictores lo seguían con la derrota pintada en sus rostros.

—Los romanos no deben saberlo —le dije al capitán prolongando el apretón durante unos instantes—. Ya concretaremos detalles.

—¡Por los negocios!

Alzamos nuestras jarras, la mía aún medio llena. Aruns bebió y se perdió entre los clientes de la taberna buscando compañía más agradable que mi persona.

—Estos romanos no saben mear. Ni beber —dijo Bregus mirándolos. Uno de los lictores vomitaba en el quicio de la puerta.

—¿Qué tal fue? —me preguntó Dervo.

—De maravilla. Nos vamos al fin del mundo. ¡A Tartessos!



XII - ELEFANTE

Corinto, otoño del año 613 a.C.

Una lluvia fina velaba Corinto cuando zarpamos. Aruns, ya repuesto de sus excesos en la ciudad, oteaba el horizonte con preocupación. Atravesamos el golfo a golpe de remo, pues la vela había sido arriada.

—Vaya tiempo más malo —comenté al capitán.

—¡Que Nethuns y Poseidón se apiaden! —rio él, con una mueca amarga en su rostro—. Esto no es mal tiempo, muchacho de las montañas. Ojalá no llegues a comprobar la furia que puede desatar el mar.

Lo comprobé. En cuanto dejamos atrás Cefalonia, el viento euroaquilón trajo una tempestad que pugnaba por desviarnos hacia el suroeste, hacia Libia. Ya no se intuía la costa del Adriático y nos adentrábamos en alta mar. Las velas seguían enroscadas en su mástil y los remeros estaban extenuados.

—¡Qué te dije! —me gritó el capitán a la oreja para hacerse oír sobre el rugido de las olas—.

Esto es un problema para ir a Roma. Pero puede que los dioses tengan otro plan para nosotros.

—¿A qué te refieres? —le respondí, agarrándome con fuerza a la proa. Los maderos crujían y parecía que el barco se fuera a desintegrar en cualquier momento. Reprimí una náusea y el ácido me quemó la garganta.

—Podríamos dejarnos llevar hacia el sur. Seguir la ruta de la costa libia hacia Tartessos.

Lo miré, pensativo. Nuestro plan inicial era alcanzar Sicilia y allí, en una de las paradas, abandonar a los lictores. Desde Sicilia, seguiríamos nuestra ruta hacia el Oeste. Yo no guardaba especial aprecio por Democles, pero Dervo e incluso Bregus insistieron en dejarlos ir sanos y salvos.

—¿Aguantará el barco tanta distancia en alta mar? —pregunté, dubitativo.

—Más nos vale. —Y Aruns se rio, desafiando en potencia a los elementos.

La tormenta fue amainando a lo largo de la noche. El viento euroaquilón, por su parte, no tenía ningún interés en dejar de soplar. El capitán había ordenado recoger la lluvia y aún teníamos suministro de agua dulce para otros tres o cuatro días.

—Nos desviamos mucho hacia el Sur —afirmó Democles una mañana.

—Debemos llegar a la costa libia —le explicó Aruns—. Con este viento, nos llevaría una eternidad alcanzar Sicilia. Necesitamos repostar y arreglar los desperfectos del barco.

La discordia estaba servida. El lictor insistía en virar hacia el Norte, aunque fuera a golpe de remo. El capitán le gritaba sus razones como si fuera un niño tonto. Yo me abstuve de intervenir, tratando de disimular la risa.

Divisamos la costa libia al cuarto día. Ya apenas nos quedaba agua incluso con el racionamiento y algunos lo acusaban más que otros. Mientras el joven Aresio se recuperaba a marchas forzadas, la tos de Dervo había vuelto y yo atesoraba mis últimas gotas para calmar sus ataques.

—Mira, amigo. ¡Libia! —Lo animé.

Y él sonrió con labios sangrantes, cada vez más delgado y consumido, como si estar lejos de sus dioses, de sus bosques, le robaba poco a poco la vida. Solo sus conversaciones con el esclavo griego, en las que ambos trataban de aprender el idioma del otro, encendían su mirada gris. Agité la cabeza para desembarazarme de esa sensación y forcé la vista. Las playas infinitas de Libia nos daban la bienvenida.

—¿Qué gentes viven allí, Aruns? —le pregunté al capitán.

—Salvajes. Habitantes de los desiertos que llevan una vida errante junto a sus rebaños. Fieros jinetes en la guerra.

—¿Darán problemas?

—Confío en que solo nos topemos con pescadores.

Desembarcamos con los botes en una pequeña cala para reabastecernos de agua y marisquear, pero el capitán no nos permitió hacer noche en tierra por miedo a los indígenas. Continuamos bordeando la costa hasta alcanzar la ciudad fenicia de Oea^[33] y, allí, buscamos el emporio griego.

Ya había tenido la oportunidad de ver a algunos de aquellos hombres de tez morena y pelo negrísimo, rizado, en Roma y en Corinto, normalmente esclavos o marineros. En Oea me sorprendió la variedad de rostros, vestimentas y miradas azabache que allí se congregaban.

Pasamos varios días en Oea mientras Aruns reparaba el barco en los astilleros. Nosotros aprovechamos para deambular por la ciudad y sus alrededores e incluso asomarnos a las inmediaciones del desierto. Aquella tierra era tan distinta, tan lejana de nuestros bosques galos, que cuando mi vista se confundía con el horizonte sentía como si perdiera pie.

—¿Qué hay más allá? —pregunté más tarde al capitán.

—Arena.

—Algo más tendrá que haber cuando se acabe la arena.

—Más arena y cabreros endemoniados.

Asentí. No tenía tiempo para cuestionarme por los confines del mundo hacia el Sur. Un problema más acuciante emergía por el Oeste: qué hacer con los lictores.

Dejamos atrás Oea camino de Cartago, la más floreciente colonia fenicia. Democles estaba exultante por nuestro avance hacia Septentrión, ajeno aún a nuestro destino.

—Ahora, la costa vira hacia el Norte —me explicaba Aruns cuando, a media noche, subí a cubierta a contemplar el cielo libio—. Hasta Cartago. Después, se endereza hacia el Oeste hasta las columnas de Hercle. Y, pasadas las columnas, está Tartessos.

Y yo acariciaba la vasija del viejo herrero. Siete círculos concéntricos custodiados por dos columnas.

—Allí está Tartessos —siseé.

A pesar de que el otoño entraba con fuerza, el tráfico marítimo en las inmediaciones de Cartago era apabullante. Los *hippoi*^[34] y las *gaulas*^[35] púnicas acudían a su letargo invernal, plagando la costa. El puerto se ubicaba dentro de una bahía redondeada que los cartagineses habían sabido aprovechar a la perfección.

Fue allí donde tomé la decisión.

—He hablado con Aruns —empecé diciendo a mis amigos—. Debemos dejar aquí a los lictores. En cuanto zarpe, se darán cuenta de que navegamos hacia el Oeste y no de vuelta al Norte. No son del todo idiotas.

—¿Vamos a abandonarlos como a unos perros? —preguntó Bregus, incrédulo. Pasaba mucho tiempo con los dos más jóvenes y les había tomado cariño.

—¿Cómo volverán a Roma? —Continuó Dervo.

Los miré con severidad. Estaba claro que tanto tiempo entre romanos y griegos les había nublado el juicio y rogué porque Aruns estuviera presente para ponerles los pies en la tierra. Resoplé: no quería disgustarlos más.

—Sicilia está a solo dos días de navegación de Cartago. De allí pueden llegar a Roma fácilmente. Ya encontrarán un barco.

—¿Y no podríamos llevarlos nosotros? Dos días no nos suponen mucho desvío.

—¡Por Esus! ¡Parece que os importan más esos romanos que la misión! —rugí. Estiré los dedos de la mano, inspirando, y traté de serenarme—. Estamos en pleno otoño, el mar está embravecido y solo los dioses saben dónde acabaríamos. He dicho que los dejamos en Cartago y

así se hará.

Me volví para no ver los reproches en sus rostros.

—¿Dónde está el capitán? ¿Cuándo zarpamos? —me preguntó Democles al segundo día de parada en Cartago.

—Aruns tiene no sé qué negocios. —E hice gestos imitando al capitán—. Dice que nos quedaremos otros dos días y aprovechará a pulir la cubierta. Tenemos que dejar el barco vacío. Nosotros queremos ir a ver elefantes. Me han dicho que tienen algunos de esos caballos gigantes en un campamento al sur de la ciudad.

Democles me dedicó una mirada torva, incapaz de ocultar su desprecio. Él y sus lictores ya no nos seguían a todas partes, confiados de que allí solo podíamos volver al barco.

—Buscaré al capitán.

Me encogí de hombros e ignoré su afrenta. Cuando se perdió de vista entre el gentío del puerto, sonreí. Aruns no haría sino confirmar mis palabras. El etrusco estaba cada vez más ilusionado con nuestro viaje a los confines del mundo, interrogando a todo el que se le cruzaba sobre la ruta hacia el Oeste.

En realidad, zarpábamos aquella misma noche. Dejamos nuestra ropa de cama en unos barracones del puerto repletos de marineros y comerciantes de poca monta, con la excusa del acuchillado de la cubierta. También dejamos allí a los lictores, que dedicarían el tiempo a ejercitarse.

Aquello me recordó que hacía ya tiempo que no entrenaba con Bregus. El barco no era buen lugar para danzar con una espada y durante nuestras breves paradas en tierra prefería dedicar mi tiempo a conocer los puertos y ciudades.

—¿Lo de los elefantes es verdad? —Dervo rompió al fin el silencio viciado.

—Claro.

Fue Aruns quien me avisó. Ya habíamos oído mencionar a aquellas bestias en Roma. Tanaquil tenía una cajita blanquísima tallada sobre sus colmillos. Marfil. En Corinto, escenas de elefantes montados por guerreros adornaban algunos frescos y vasijas. Pero nunca creí que los fuera a ver en persona.

Nos perdimos entre las callejuelas de Cartago. Sus casitas encaladas y decoradas de azul brillaban bajo el sol otoñal, aún intenso en aquel continente. Aresio, recuperado del todo y con la herida de su rostro ya cicatrizada, seguía a Dervo como un perro fiel.

—Cuanto más al sur se va, más calor hace —les expliqué a mis amigos mientras me aireaba la melena. Solo coseché leves cabeceos.

Las sombras de los edificios se alargaban ya hasta lo imposible cuando, a punto de desistir, escuchamos un berrido lejano, como una trompeta. Aquel ruido y, más tarde, el gentío, nos guiaron hasta el campamento. Me abrí paso a codazos entre los curiosos para ver mejor. Y allí estaba la bestia, atado a un poste. Era grande, pero no tanto como en mi imaginación. Su piel gris estaba cubierta de arrugas y viejas cicatrices y le faltaba un colmillo. Pero lo que más me llamó la atención fueron sus ojos minúsculos, fijos en el suelo. ¿Era estúpido aquel coloso, o simplemente no quería ver su propia miseria?

Pronto otros animales llamaron mi atención. Además del elefante, aquellos feriantes libios

tenían dos enormes felinos que Aresio identificó como leones. Dormitaban dentro de una jaula, espantando las moscas con la cola.

—Deben ser hembras, no tienen melena —comentó Dervo a mi espalda, fascinado.

Para decepción de mis amigos, que por fin se animaban desde nuestra llegada a Cartago, decidí que era hora de regresar. Atravesamos de nuevo las calles laberínticas, con cuidado de no perdernos. Cuando alcanzamos el muelle, el sol ya había desaparecido tras la ciudad. Uno de los remeros nos dijo que el capitán aún no había vuelto.

—¿Dónde se habrá metido ese pirata? —gruñí.

—Igual le ha entrado cargo de conciencia —dijo Bregus.

Le dirigí una mirada asesina y me encaminé hacia las tabernas a paso rápido. Sabía que Aruns no tenía nada remotamente parecido a la conciencia, pero sí sed. Y el vino era caro. Por un momento, temí que los lictores nos hubieran descubierto y le ofrecieran al capitán una recompensa más succulenta e inmediata que la nuestra.

—¡Joder! —grité. Y una bandada de gaviotas que se cebaba con despojos de pescado alzó el vuelo, chillando también.

No fue difícil dar con él. Lo encontramos en la taberna. Discutía con un marinero de rasgos orientales, puede que cartaginés. Casi más viejo y ajado que el propio Aruns. Pero no más borracho.

—¿Son esos mis galos? —vociferó al vernos. Agitó las manos para que nos acercáramos—. ¡Venid, venid! ¡Decidle a este pirata que vamos a fondear en Tartessos este mismo otoño!

El cartaginés rezongó algo en griego, incrédulo ante la determinación de Aruns.

—Lo que pasa... —dijo el etrusco golpeándole el pecho con el dedo a cada palabra. El cartaginés estaba visiblemente molesto—. Es que quieres quedarte tú con toda la plata.

Llegué al fin junto al capitán, que trató de rodearme con su brazo. Lo aparté de un manotazo y me acerqué para susurrarle, casi a gritos:

—Aruns, joder, cierra la boca. Esto es secreto.

—Bueno, bueno. —Se alejó un paso y frunció el ceño—. Un capitán debe conocer qué se va a encontrar en su viaje. ¡Y este marinero dice que sabe mucho sobre Tartessos! ¡Pst!

Y escupió al suelo, cerca de los pies del susodicho, con la suerte de que gran parte de la saliva le quedó colgando de la barba. El cartaginés rugió algo en su incomprensible idioma, amenazando a nuestro capitán.

Estaba dudando si encararlo o sacar a Aruns de allí a rastras cuando Dervo me tocó el brazo. Lo ignoré, pero me sacudió con fuerza inusitada. Al volverme, los vi. Los cuatro lictores y Democles. Y, por su expresión, deduje que lo habían oído todo.

—¿Cómo que Tartessos? ¿De qué hablas?

El griego se acercó a Aruns sin apartar la vista de mí. Sus hombres nos rodearon y el resto de clientes de la taberna, entretenidos hasta hacía unos instantes por la discusión, volvieron con disimulo a sus bebidas.

—Sí, después de dejaros en Roma, me iré a buscar la gran Tartessos. ¿Qué te parece? —Trató de recomponerse el capitán.

—No me mientas, etrusco, que para algo te pago. Toda esta deriva hacia el sur, fondear en Libia, los arreglos, ¿eran una treta? —Encarándonos, añadió—: Y vosotros: ¿así correspondéis la amistad y ayuda del rey de Roma?

—¡Yo no manejo los vientos! —le espetó Aruns defendiéndose.

No me molesté en buscar una excusa: Democles no negociaría las órdenes de Tarquinio. Solo había una salida para aquella situación, y aún sí, Dervo me miraba con ojos suplicantes. Intercambié un gesto fugaz con Bregus, sin esperar su respuesta. Antes de que Democles pudiera reaccionar, desenfundé mi puñal, me lancé hacia el griego y hundí el filo en su vientre. Lo abracé y apreté. Hacia la derecha, hacia el hígado.

Apenas forcejeó. Intentó desembarazarse de mí, pero ya no tenía fuerza en los brazos. Cuando lo solté, sus piernas temblaron y se desplomó en el suelo de la taberna. Para entonces, tres de los lictores ya habían desenvainado sus espadas cortas. El cuarto, el más veterano, trataba de contener la herida que Bregus le había abierto en la garganta.

Los murmullos de la taberna cesaron. Los marineros, acostumbrados a ese tipo de disputas, nos observaban desde sus esquinas, atentos para tomar sus propias armas si se diera el caso.

Los lictores retrocedieron un paso. Fui a adelantarme cuando Dervo gritó.

—¡Por todos los dioses, Ambicatus! ¡Para! —Y se interpuso entre los romanos y yo. Aresio lo imitó. Bregus ya había bajado el arma y miraba a su víctima, que se desangraba con los ojos desorbitados.

—Marchad. —Les hice un gesto hacia la puerta y ellos titubearon—. ¡Largaos de una vez! Volved a Roma y contad a Tarquinio todo esto.

Ellos fueron retrocediendo sin guardar sus armas hasta que alcanzaron la calle y allí, las tinieblas del puerto los engulleron. Y Aruns y el resto de la taberna volvieron a respirar, a beber y a murmurar, aunque dos cuerpos yacieran aún calientes sobre el suelo de tierra batida.

—No había otra opción —les dije a Dervo y a Bregus. No los miré. Me limité a limpiar la sangre de mi puñal en mi *braccae* y a guardarlo.

—Siempre la hay —respondió Dervo—. Siempre la hay...



XIII - TIBURÓN

Los primeros días del viaje hacia Tartessos transcurrieron con normalidad. El viento, ya más calmado, seguía empujándonos hacia poniente. No perdíamos de vista la costa libia. Fue al quinto día cuando Aruns se dirigió a mí en tono preocupado, señalando al Este.

—Creo que nos están siguiendo.

—¿Por qué nos iban a seguir? —Forcé la vista. Apenas fui capaz de distinguir un punto en la lejanía y me pregunté cómo la vista del viejo podía ver allí donde yo no alcanzaba.

Pensé en los lictores.

—Quizá porque no quieren que llegemos a Tartessos. Debí haber ido con más cuidado en Cartago.

—Por Esus, ¿estás seguro? —Resoplé.

—Ambicatus —se volvió hacia mí con gesto serio—. Nos hemos embarcado en un viaje con destino incierto y necesito saber qué vamos a encontrarnos. Aquel cartaginés podría tener razón: los vientos de otoño no son los más favorables para navegar hacia Occidente. Pero me preocupan

más los propios fenicios. Que Kolaïos no haya vuelto de su expedición es mala señal...

—¿Qué piensas? —pregunté al capitán. Durante aquellos días juntos había aprendido a interpretar sus silencios.

—Pregunté por Kolaïos en la taberna. Me dio la sensación de que aquel cartaginés reaccionó ante el nombre, aunque lo negara.

—Poco se puede hacer ahora. ¿Y con esos? —Señalé aquel pequeño punto en el horizonte—. ¿Qué hacemos?

—Buscaremos una cala refugiada.

Me acerqué a Dervo para comentárselo. Charlaba animado con Aresio. De alguna forma, conseguían entenderse con gestos y dibujos que cincelaban sobre la cubierta del barco, a pesar de las amenazas de Aruns. Al fin, mi amigo había conseguido un profesor de griego. Detuve mis pasos y los observé. Dervo reía ante las muecas del muchacho, que imitaba distintos animales. Calculé que sería más joven que nosotros. Veintipico. Por primera vez me di cuenta de que, a pesar de la cicatriz, era un joven apuesto, de rasgos suaves que me recordaron a una cría de corzo.

Me giré y me acerqué a Bregus. Seguro que con él podría preparar un buen plan.

Al atardecer alcanzamos un promontorio que nos protegía de la vista de los que vinieran detrás. Allí esperamos al barco con las lanzas en ristre y los ganchos preparados. Aruns palmeaba el caballito de proa y aspiraba el aire otoñal con deleite. Aquella era su naturaleza.

—Este muchacho ha partido a muchas naves en dos. ¿A que sí, bonito?

El silbido del vigía nos llegó claro desde lo alto del promontorio. Era la señal para el ataque. El capitán gritó algo hacia las tablas del suelo y sus remeros respondieron con un rugido de protesta.

—¿Qué les has dicho? —le pregunté.

—¡Que en cuanto de la orden, quiero verlos remar como si un cerdo romano se estuviera follando a sus madres! ¡Que seguro que es lo que pasó! —tradujo entre carcajadas.

Dervo y Aresio se cobijaron bajo la cubierta y yo me acerqué a Bregus.

—Hace mucho que no peleamos, amigo. Y nunca en el mar.

—Yo creo que no puede ser muy distinto. —Me enseñó sus dientes y se unió a la risa fresca de Aruns, que ya compartían también sus marineros armados.

Antes de que pudiera ver el barco apareciendo tras el promontorio, el grito del capitán rasgó el aire. Como si su Nethuns se lo hubiera susurrado.

—¡Remad!

El barco se desperezó con decenas de brazos hundiendo sus remos en el agua, impulsándonos en un avance frenético. Al enemigo apenas le dio tiempo a reaccionar antes de que el prótomo de hierro del Furia de Nethuns lo embistiera. La cabeza del caballito quebró su madera como si fuera un juguete. Noté una sacudida brutal y me agarré al mástil para no perder pie, como nos había indicado Aruns. Bregus rodaba sobre la cubierta como un saco de trigo. El resto de marineros, duchos en abordajes, se dirigían ya hacia la proa para seguir a su capitán a la batalla.

Grité, con la sangre hormigueándome en las venas. Desenvainé la espada y corrí en busca de víctimas. De un brinco alcancé la cubierta del barco enemigo y a punto estuve de caer. La nave

se bamboleaba y las olas lo iban devorando por la herida abierta en su panza, donde los remeros se ahogaban y gritaban, mirando aterrados en derredor. Me equilibré justo a tiempo para desviar un espadazo. Cuando me disponía a contraatacar, el barco se inclinó hacia mi espalda y reculé dos pasos.

Mi enemigo, un fenicio o cartaginés del que apenas alcancé a ver un rostro rojizo, me dirigió otro tajo. Intuí movimiento por el rabillo del ojo. Y el fenicio esbozó una mueca de asombro antes de desplomarse hacia un lado. Bregus le había rebanado una pierna y rodaba por cubierta hacia su siguiente objetivo. Una curiosa manera de luchar.

—¡Te dije que no era tan distinto! —gritó.

Lo seguí tratando de acoplar mi paso a los vaivenes del barco, cada vez más violentos. Apenas quedaban ya enemigos en pie: los hombres de Aruns habían dado buena cuenta de ellos. Rematé a un marinero que cojeaba hacia el capitán con la espada en alto.

Mientras, Aruns arrastraba a un hombre moribundo hasta el borde y lo lanzaba a las olas que se agitaban, plagadas de tiburones. Me acerqué con cuidado de no resbalarme con la sangre que teñía la cubierta.

—¡Una ofrenda al dios del mar! —reía mientras trataba de recuperar el aliento.

—¿Ya está?

—Bueno, mis chicos han bajado a divertirse con los remeros. Ve a llamarlos y que cojan todo lo que encuentren. Volvemos al Nethuns. —Señaló hacia el mar y lo vi. Otro barco se acercaba con la vela de Cartago henchida—. Aún tienes que demostrar de qué madera están hechos los reyes.

La segunda ronda se presentaba más dura. Agotado el factor sorpresa, aquel barco no se dejó embestir por el Furia de Nethuns, maniobrando con destreza para evitar el prótomo. Por previsión de Aruns, nuestros marineros ya tenían el brasero avivado y, en cuanto lo tuvimos a tiro, dispararon flechas incendiarias contra la cubierta del enemigo. Algunas prendieron.

Aruns ladraba órdenes a su tripulación y la nave realizaba virajes bruscos alrededor del barco vencido, utilizándolo de escudo. Así nos mantuvimos durante largo rato, lanzando y recibiendo lluvias de flechas, hasta que la nave cartaginesa puso rumbo al Este.

Nuestros marineros les gritaron imprecaciones que, de seguro, el viento ya no llevaría a oídos del enemigo. Se alejaban.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué se van? —pregunté confundido—. ¿O cogen impulso para volver?

—Han visto caer a sus aliados y, tras tantearnos, habrán concluido que no merece la pena luchar. Y han hecho bien.

—Entonces, ¿por qué están abatidos? —señalé a nuestros marineros.

—¡Por Laran! —citó al dios etrusco de la guerra—. ¡Querían más fiesta!

Aquella victoria contra los cartagineses fue un soplo de aire fresco para la tripulación. Sin embargo, las sospechas del viejo capitán se veían confirmadas.

—Debemos acelerar nuestro avance hacia el Oeste. Si vuelven, no será con dos naves —comentó aquella noche mientras festejábamos la victoria con las provisiones saqueadas—. Además, el otoño aún puede guardarnos alguna sorpresa.

Miraba al cielo como quien pondera a un guerrero enemigo. El euroaquilón había dejado de

soplar y durante los días precedentes la calma había reinado en aquel confín del mundo. En Avaricon no teníamos dioses para los mares y sus vientos, así que dirigí una breve plegaria a Nethuns, el Poseidón de los griegos y Neptuno romano, para que siguiera así.

Media luna después de nuestra salida de Cartago, la costa de Libia comenzó a girar hacia el Sur. Una brisa fría soplabla desde poniente, limpiándonos el sudor y el polvo del Mediterráneo, sumando arrugas a la frente del capitán que me recordaron al elefante.

Con el tiempo, la brisa se tornó en viento, y este en vendaval. Las nubes panzudas galopaban sobre nuestras cabezas amenazando con descargar en cualquier momento. Tuvimos que arriar la vela, lo que, sumado a la creciente oscuridad proyectada por las nubes, ralentizó nuestro avance. Hasta Aresio y Dervo parecían haber despertado de sus interminables sesiones de griego y alzaban el rostro hacia el cielo.

—No puede faltar mucho. Tenemos que estar muy cerca... —Mascullaba el capitán cuando, cada atardecer, buscaba una cala segura.

Las provisiones se iban agotando: solo quedaban manzanas y cebada para las malditas gachas que constituían el único menú. Así que dedicábamos las últimas horas de luz a marisquear y pescar en las playas. Bregus se había demostrado un pescador hábil, aunque no paraba de evocar el sabor del jabalí cazado en los bosques de la Galia.

La lluvia empezó a la par que la costa viraba hacia el norte. Yo me acurrucaba a la popa, protegido bajo mi capa, mientras el capitán aguantaba estoico, alternando la vista entre babor y estribor. Debido a la mala visibilidad, el Furia de Nethuns se mantenía a una distancia prudencial de tierra. Cada vez que una nube baja o una ola bloqueaban mi visión del continente, contenía la respiración hasta que los pulmones me ardían. Entre las aguas negras creía ver las sombras de los monstruos que poblaban las leyendas, dispuestos a devorarnos como los buitres que acuden a la música de las armas.

Cuando ya estábamos a punto de desfallecer, la costa se quebró. Un cabo montañoso emergió entre la bruma.

—Tiene que ser la primera columna, Óbila —dijo el capitán—. ¡Es Óbila, sin duda!

Según lo bordeábamos, a mí me parecía un cabo como muchos otros que habíamos dejado atrás, pero me tragué mis dudas. Los marineros esbozaron una sonrisa en sus rostros derrengados.

—¿Y la columna norte? —pregunté, tratando de cortar la pared de lluvia y oleaje con mis pupilas.

—Pronto la veremos. Calpe^[36] está allí. Tiene que estar. Y detrás, Tartessos. —Aruns me aferró el hombro. Se volvió hacia la tripulación y gritó con todas sus fuerzas—. ¡Rumbo al Norte!

Sus marineros acataron la orden con un rugido, sin titubear. Ajustaron el rumbo hacia donde el capitán apuntaba, ya que ni el sol ni las estrellas podían guiarnos. Solo el pálpito de un hombre.

—¿Estás seguro de que está allí? ¿Que no nos adentramos en mar abierto? —Le pregunté al oído, haciéndome oír tras el aullido del viento y el embate de las olas. Buscaba una forma de aliviar la presión que me atenazaba desde la garganta hasta el estómago.

—No —respondió con una sonrisa franca.

Noté una sacudida y no supe decir si fui yo mismo o el barco agitado por la marejada.

—Entonces, ¿cómo puedes hablarles así?

—Los hombres no seguirán nunca a un líder que duda. Sin determinación, no hay victoria.

Sus ojos de experto hombre de mar me traspasaron como atravesaban la bruma. Después, se volvió hacia el prótomo y gritó a su barco, a la Furia de Nethuns, que corrigiera el rumbo. Un chorro invisible parecía empujarnos hacia atrás, hacia el Mediterráneo. Como una prueba de los dioses antes de alcanzar el fin del mundo.

Y Calpe apareció. Primero fue un destello lejano, un brillo tímido a gran altura sobre las olas. Después, la montaña blanca emergió como una torre colosal, iluminada por el sol que se abría paso entre los últimos coletazos de la tormenta.

Los marineros jalearon y la algarabía alcanzó los oídos de los remeros que, extenuados de luchar contra la corriente, se permitieron unos instantes de júbilo.

Alcanzamos la costa cuando ya apenas quedaba luz. Fondeamos en una bahía en la falda de la montaña, atentos a cualquier signo de presencia humana. A pesar de la distancia con Cartago, Aruns seguía inquieto.

—Dicen que Tiro fundó una colonia en los confines del mundo: Gádir^[37], la llaman. No sé mucho sobre esta ciudad o su ubicación, pero seguro que los tirios supieron aprovechar el filón de Tartessos. No puede andar muy lejos.

—¿Fenicios aquí, tan lejos de su tierra?

Tarquino me había enseñado su colección de mapas en Roma. Si Corinto me había parecido lejano, Tiro, Sidón y el resto de ciudades fenicias se encontraban en el extremo oriental del Mediterráneo. Que hubieran fundado una colonia al otro lado del mar se me antojó disparatado.

Aruns se encogió de hombros y miró las luces de lo que parecía una aldea de pescadores bajo la montaña de Calpe. Esa noche no pisamos tierra.

Mientras conciliaba el sueño, arrebujado en mi manta sobre la cubierta, pensé en las gentes que habitaban aquel lugar. En la Galia había oído hablar de los íberos: feroces tribus de jinetes que producían el mejor *garum* del mundo. Una vez conocí a un comerciante que decía proceder de Iberia: trajo aquella salsa de tripas de pescado y sal por la que la gente pagaba auténticas fortunas y que a mí me sabía a guiso rancio.

Recordé que los íberos ocupaban la costa que se extendía hacia el suroeste de la tierra de los ligures, cruzando los Ilene Os^[38]. ¿Llegarían las tribus iberas hasta Calpe? ¿Quiénes eran los tartesios? ¿Esperaría allí la lanza? Sentí un escalofrío y me arropé. Las nubes huían ya del cielo mostrando una miríada de estrellas. Me dormí pensando que pronto todas mis dudas se resolverían.

Navegamos durante dos días siguiendo la costa. Al abandonar la corriente del canal, el avance resultó más sencillo. El vendaval había cesado y pudimos extender la vela. Al sur se intuía aún la línea de costa libia perdiéndose hacia el horizonte y los delfines nos acompañaban con su baile alegre, al son de las canciones de los remeros. Hacia poniente se abría el gran océano: vasto, inabarcable.

Desde nuestro primer contacto con el continente nos habíamos cruzado con alguna chalupa de pescadores y divisado numerosas aldeas costeras. Aquella era una tierra poblada.

Fue al atardecer del segundo día cuando vimos la nave. Era un *hippoi* fenicio, su barco ligero de guerra. Debió divisarnos también, porque su ritmo fue cada vez más lento hasta pararse del todo sobre las olas.

—Tengo ganas de abordar otro barco —dijo Bregus. Varios marineros entusiastas apoyaron su propuesta.

—No estamos perdidos en medio de la costa libia, muchacho —negó Aruns—. Aquí habrá muchos más de esos bastardos.

El capitán oteó la tierra que se extendía a mano derecha. Arenales y altas dunas. El agua era más verdosa, turbulenta. No hacía falta ser un experto para reconocer la desembocadura de un gran río. Lo había visto en Ostia y en Cartago.

Cuando nos aproximamos al *hippoi*, sus tripulantes nos hicieron gestos para parlamentar. Alineamos nuestras naves. Un fenicio, el que me pareció el capitán del barco, nos lanzó una pregunta. Uno de los marineros del Nethuns, que había navegado con tirios durante años, tradujo.

—Quieren saber de dónde venimos y a dónde nos dirigimos.

Aruns me miró. Más que consultarme, quería mi opinión. Ya había dejado claro que, aunque yo fuera el comandante de la expedición, la última palabra en el mar siempre le correspondía a él. Y yo había aprendido a respetarlo.

El rumor del oleaje se mezclaba con los alaridos de las gaviotas. Los dos barcos se bamboleaban con suavidad aquella mañana de otoño, con todos sus tripulantes guardando silencio.

—Hay que echarse un farol —dije al fin. Aruns asintió.

—Diles que somos de Etruria pero que servimos al rey de Tartessos. Volvemos con un encargo.

El marinero tradujo y el capitán fenicio respondió. Pudimos notar la duda en su voz.

—Dice que no tenían noticia de que Argantonio trabajara con etruscos.

—¡Argantonio no tiene por qué informaros de todo! —gritó Aruns con tono enojado—. Tenemos que llegar cuanto antes a puerto.

El fenicio asintió sin mucha convicción. El estado del barco tras tantos días de navegación en plena tormenta era pésimo y, a buen seguro, ese detalle no le había pasado desapercibido.

—Nos dice que continuemos hacia Tarte —tradujo con alegría nuestro intérprete.

—No se fían... —murmuré, atesorando los nombres que, sin quererlo, nos había regalado aquel fenicio: Argantonio, el rey de Tartessos, en la ciudad de Tarte.

Los remos de sendos barcos hendieron el agua y continuamos juntos hacia el Noroeste. Al cabo, una isla apareció en el horizonte. Según nos acercamos pudimos ver otros dos islotes más pequeños detrás, uno de ellos repleto de casitas blancas y rodeado de una muralla. La isla más próxima era muy alargada, sembrada de acebuches. Un templo remataba su extremo oriental.

—Esto no puede ser Tartessos. O Tarte —dije recordando el cuenco corintio.

—Es Gádir. No hay duda.

Asentí. El templo era similar al que viéramos en Cartago, con su planta rectangular y el humo del fuego eterno ascendiendo en su frente. Agucé la vista: dos columnas de bronce lo flanqueaban.

—Aresio me ha contado la leyenda de la fundación de Tiro —comentó Dervo a mi espalda.

Me giré. ¿Cómo era posible que, en apenas una luna juntos, hubieran alcanzado tal grado de comprensión? A veces pedían ayuda con alguna palabra a los marineros y Aruns, que tenían nociones básicas de griego. Pero de ahí a narrar fundaciones había un trecho.

—¿Y cómo sabe Aresio esas cosas?

—Es un noble griego. Fue criado en un ambiente culto.

No me pasó desapercibido aquel presente al referirse a la nobleza del griego. Aresio actuaba más como un criado de Dervo que como un noble, como era de esperar. Lo habíamos recogido esclavo y medio muerto, y esclavo debía quedarse. No comenté nada a mi amigo.

—Al parecer, un oráculo reveló a Herakles que debía construir un barco y navegar hasta las dos piedras errantes, que flotaban en el mar y nunca se detenían. En el centro de las rocas brotaba un retoño de olivo viejísimo y, sobre él, había un águila. A la llegada de Herakles, el olivo resplandeció en llamas sin consumirlo. El águila se entregó para el sacrificio y con su sangre, las dos rocas se enraizaron al fin. Allí se fundó Tiro.

—Más que Herakles será Melkart —le corrigió Aruns, utilizando el equivalente fenicio del héroe griego.

Dervo sonrió al capitán, conciliador.

Pasábamos ya cerca del templo y vi el viejo olivo que se retorcía en su frente. Estaba claro que los fenicios tenían sus manías a la hora de elegir dónde fundar una ciudad.

Alrededor del archipiélago flotaban decenas de barcas de pescadores. La brisa nos trajo el olor punzante de las salazones. Entre los dos islotes se extendía una superficie blanca que relucía al débil sol otoñal.

—Salinas —dijo Aruns siguiendo mi mirada.

Continuamos rodeando la colonia fenicia y divisamos el puerto. Alojaba una flota nada desdeñable de *gaulas* mercantes y de guerra protegidas para pasar el invierno.

Los tripulantes del Furia de Nethuns mirábamos con recelo a aquellos barcos y al que nos precedía, dudando cuál sería su próximo movimiento. Al fin, tras las islas, vimos la desembocadura del río. Se abría en un enorme estuario hasta donde alcanzaba la vista. Y allí, en el centro del estuario, brillaba en la lejanía un punto blanco. Aruns lo señaló.

—Tartessos.

La emoción se agolpó en mi garganta a pesar de que yo no lograba distinguir nada. Pero me había acostumbrado a confiar en las corazonadas de aquel etrusco.

—Vamos allá —sentenció.

El barco fenicio embocó el puerto de Gádir y nosotros proseguimos, embelesados con el paisaje del estuario que nos abrazaba, con la promesa de la tierra, de la leyenda tanto tiempo buscada.

Poco a poco, el punto blanco fue tomando forma de ciudad, asentada sobre un cerro en mitad de las aguas, con sus casas y murallas encaladas reflejando la luz del mediodía.

Fue un marinero quien dio la voz de alarma desde la popa. Cuatro navíos de guerra emergieron tras la última isla de Gádir, dirigiéndose hacia nosotros.

—Ese asqueroso fenicio ha llamado a sus amigos —masculló Aruns.

Lanzó órdenes a remeros y marineros y el Nethuns hendió las aguas tranquilas del estuario como si todos los monstruos del océano lo persiguieran, levantando el vuelo de cientos ánades y

charranes con su estela.

Las naves fenicias avanzaban también a ritmo frenético, como tiburones que han olido la sangre, con la ventaja de que sus remeros estaban frescos y sus barcos enteros. Así, según Tarte brillaba cada vez más próxima, los perseguidores nos iban ganando terreno.

Aruns rugía improprios en su lengua que yo no sabría traducir, pero captaba el sentido tan bien como los interpelados, ya sin aliento para protestar desde sus bancos de remo.

—Nos van a alcanzar —le dije a Bregus, incapaz de contener mi nerviosismo.

—Pues lucharemos —respondió él mostrándome sus colmillos de jabalí.

—¡Vosotros! —Aruns nos señaló—. ¡Bajad ahora mismo a relevar a alguno de esos malnacidos! ¡Por Tinia y Uni que mi barco corre más!

Sin rechistar, abrimos la trampilla y bajamos a las entrañas del Furia de Nethuns junto con algunos marineros. El batir de los remos se mezclaba allí con la respiración agitada de los hombres. Hedía a sudor y algas. El capataz nos hizo señas y nos colocó en el lugar de dos etruscos agotados, que se dejaron caer al suelo con el pecho a punto de reventar.

Nos sentamos en los bancos y, aunque nunca habíamos remado, pronto cogimos el ritmo de nuestros compañeros. No había canciones resonando en la panza del Nethuns: solo jadeos y gruñidos del capataz.

Cuando pensé que mis brazos estaban a punto de desmembrarse, una algarabía nos llegó atenuada entre las tablas. Dejé el remo y trepé hacia la cubierta, boqueando.

La visión me dejó impactado. Ante nosotros se abría el puerto de la ciudad y, detrás, la mismísima capital de Tartessos. Un anillo tras otro, con sus respectivas murallas, con un palacio rematando la cima. Todo pintado del blanco más puro, haciendo imposible mirarla sin que los destellos me cegaran.

Volví la vista. Los barcos enemigos habían frenado en los límites del puerto. Al fin, estábamos fuera de su alcance. Al fin llegábamos a la mítica Tartessos.



TERCERA PARTE - NIETHOS



XIV - TOROS

Tartessos, invierno del año 612 a.C.

—No me ha quedado muy claro de dónde venís, extranjeros —dijo Argantonio en griego cuando nos convocó.

El rey de Tartessos era un hombre enorme, de los más altos que jamás hubiera visto. Me fue imposible calcular su edad, si bien su melena y barba canosas me indicaron que la cifra debía ser elevada. Todo en él era grande y destilaba lujo y poderío: sus gruesas manos repletas de anillos, los brazaletes de oro macizo que lucía en las muñecas, la capa de toro echada sobre su hombro...

Llevábamos una luna en Tarte, la capital del reino. Si bien insistían en que no éramos prisioneros, los hombres del rey nos mantuvieron bajo estrecha vigilancia y sin salir del distrito del puerto hasta que Argantonio decidiera qué hacer con nosotros.

—Nosotros venimos de la Galia, al norte de los Ilene Os. —Señalé a Dervo, Bregus y a mí mismo y esperé a que Dervo tradujera. No dudó en encontrar las palabras en griego—. Soy Ambicatus, príncipe de los bituriges.

—Bienvenidos a Tartessos, Ambicatus de los Bituriges. —El rey repitió con cuidado cada sílaba. Se volvió hacia el resto con gesto interrogante.

—Ellos son Aruns, nuestro capitán etrusco, y Aresio, procedente de Epidauro, en Grecia.

En principio, la idea de llevar a Aresio al palacio me pareció inaceptable. Dervo había insistido, arguyendo que podría resultar de ayuda si había que hablar en griego. Yo protesté, pero Aruns lo había apoyado.

—De Grecia, ¿eh? Yo viajé una vez a Samos.

Aquello me sorprendió. Argantonio desvió su mirada hacia la ventana, hacia el Este, y suspiró. Al cabo, se volvió hacia nosotros y sus cejas blancas se crisparon.

—¿Qué habéis venido a hacer a Tartessos? ¿Por qué os perseguían los gadiritas?

—Venimos buscando a un miembro de la tripulación de Kolaïos de Samos.

Vi que Argantonio reaccionaba a aquel nombre incluso antes de que Dervo tradujera. Pensé en añadir algo más, contar las sospechas del viejo herrero sobre el verdadero destino del viaje, pero me callé. Prefería esperar a la respuesta del tartesio.

—El bueno de Kolaïos partió de vuelta el verano pasado —dijo con tono preocupado—. ¿No ha llegado aún a Samos?

—Nada se sabía de su barco en Corinto cuando partimos.

El rey se levantó de su trono y merodeó por la sala con pasos lentos. El resto permanecemos en silencio, guardándonos nuestras sospechas sobre el destino de aquel explorador. ¿Yacería al final la lanza en el fondo del mar, o quizá en las manos de algún fenicio?

—No has respondido a mi segunda pregunta, Ambicatus —dijo al cabo, mirándome—. ¿Por qué os perseguían?

—No lo sé. —Me encogí de hombros—. Eso me lo tendrás que explicar tú.

Dervo dudó y le hice un gesto para que continuara traduciendo. El rey frunció aún más el ceño según escuchaba y, por un momento, me arrepentí de mi arrogancia. Ese hombre podía devolvernos a los fenicios aquella misma mañana. De pronto, las arrugas de su frente se relajaron y profirió una carcajada.

—Sí, es verdad. A mis vecinos no les gustan los extranjeros. Guardan con celo excesivo sus negocios.

Se acercó a nosotros con una sonrisa bajo la barba y nos acompañó hasta la puerta.

—Pero en Tarte no somos así. Espero que no os hayáis llevado una impresión equivocada. Tenemos que hablar con más detenimiento y así me contáis qué ocurre en vuestros rincones del mundo. Os convocaré para una cena. Hasta entonces —dijo volviéndose a su guardia— os acomodarán como mis invitados en el distrito del palacio.

Agradecemos al rey su atención y salimos escoltados por los guardias. Aquel palacio no se parecía al de Tarquinio en Roma, sino que era más grande y, a la vez, más tosco. Sus paredes blancas estaban decoradas con motivos florales al estilo fenicio, pero también con escenas que recordaban a las representaciones griegas: cazadores enfrentando a uros de cuernos afilados, muchachos saltando sobre ellos... El toro dominaba la mayor parte de los frescos.

Salimos al patio principal y miré la enorme higuera que lo presidía. Al entrar no me había fijado, preocupado como estaba en otros asuntos. Tendría más años que el palacio. ¿Sería más vieja que el propio Argantonio? Reprimí una sonrisa. Las hojas palmeadas cubrían el patio en una mezcla de ocres y negros. Me recordó al *nemeton* de Avaricon. A Lucteria.

Cuando alcé la vista, me topé con los ojos de una mujer que nos observaba desde lo alto del palacio. Eran negros como la noche. Una racha de viento marino removi6 la hojarasca del patio. Me tapé el rostro para evitar que el polvo se me metiera en los ojos. Cuando volví a mirar, ella ya no estaba.

Esa noche, tras tantas lunas durmiendo en el barco, descansamos al fin bajo techo. Nos asignaron una bonita casa para invitados en el anillo más alto, el del palacio. Aruns insistió en permanecer junto a su nave. No sé si yo añoraba el suave vaivén de las olas, pero tuve un sueño inquieto. Soñé con Tanaquil, con sacrificios y maldiciones. El amanecer me encontró sudado, con el lecho revuelto y Dervo mirándome en la incipiente luz del alba.

—Has tenido una pesadilla —sentenció.

—No consigo recordarla —respondí con una media mentira. Había algo del sueño que aún se me escapaba.

Dervo no insistió. Desde lo de Demarato, nos habíamos distanciado. No volvió a echarme en cara que lo matara, pero sabía que aún no me había perdonado. Yo añoraba nuestras conversaciones nocturnas, cuando le expresaba todas mis preocupaciones, mis anhelos, y él conseguía deshacer los nudos que se formaban en mi pecho con una mirada de comprensión.

Desde entonces, era Aresio quien llenaba sus noches y sus días, conversando en su mezcla extraña de griego y galo. Nunca había oído a Dervo hablar tanto. Por su parte, el muchacho lo adoraba. Escuchaba con arrob6 sus cánticos sobre los dioses galos, héroes fundadores, plantas y animales, y otros asuntos que Dervo aprendiera en la academia de druidas y que a mí nunca me había contado.

Me sequé el sudor frío y me incorporé. Forcé una sonrisa para mi amigo que quedó en un amago bajo mi bigote ya crecido. Aquello me recordó que tenía que arreglarme la barba y el cabello para estar presentable en el convite de Argantonio. Mi ropa deslucida por el sol y la sal estaba roída y parecía más un malhechor relegado a remero que un príncipe.

Se oyó una voz desde fuera de la casa. Bregus se despertó sobresaltado y miró en derredor. Me acerqué a la entrada y aparté la tela de la puerta. Había un hombre vestido con los colores púrpuras de la guardia de Argantonio. Dijo unas palabras en griego y Dervo se acercó a traducir.

—El rey quiere que nos enseñen la ciudad y los alrededores.

Asentí con entusiasmo. Necesitaba estirar las piernas.

Tras un desayuno rápido, nos dirigimos a las caballerizas. Allí, un mozo de cuadra tenía ya ensillados varios caballos. Aquellos animales eran altos y de patas delgadas, tan distintos a los caballos compactos de la Galia. El guardia montó en el suyo y me señaló un hermoso macho tordo, el más sobresaliente de los que estaban a la vista. Me acerqué, tendiéndole la mano para que me olfateara. El caballo resopló con suavidad, dando su aprobación. Salté sobre la silla y palmeé su cuello fuerte y largo, encantado de estar de nuevo sobre un caballo. Ya había tenido mar para muchos años.

Dervo, Bregus y Aresio tomaron las riendas de los ejemplares que el mozo les tendió. Me extrañó ver a Aresio montando de un salto. Hizo corcovear al animal y sonrió a Dervo, que aplaudió feliz. A veces olvidaba que aquel muchacho tímido y servil había sido, hasta hacía

poco, un ciudadano de Epidauro.

Descendimos por la vía principal que atravesaba la urbe. Dejamos atrás el distrito del palacio cruzando la imponente muralla por una gran puerta para adentrarnos en un nuevo barrio. Los edificios eran similares a aquel en el que habíamos dormido, rodeados por jardines y patios donde resonaba el canto de las aves. Los cascos de los caballos hacían eco sobre el suelo empedrado: sus moradores aún dormían.

Cruzamos otra puerta y el tercer anillo nos recibió con un bullicio incipiente. Desmontamos para guiar a los caballos. Allí, las casas eran más modestas pero de buena factura, unas anexas a otras formando calles y callejones a los lados de la vía principal. Sus habitantes se afanaban como hormigas, acarreando fardos de acá para allá. Noté que, al igual que en Corinto y Cartago, abundaban los burros. No entendía qué veían los sureños en aquellos equinos escuálidos y tozudos, a los que había visto tirar la carga multitud de veces. El guardia, que había permanecido callado hasta entonces, interrumpió mis cavilaciones.

—Estamos en el distrito del mercado.

Señaló hacia delante. La avenida se abría en una gran plaza repleta de puestos. Me llegó el olor de la carne asada, del pescado al espetón y otros tantos que mi nariz ya no fue capaz de distinguir. En los puestos, la brisa invernal agitaba telas de colores vívidos. Algunas, del mismo púrpura que vestía la guardia real.

—Púrpura fenicio —dijo Dervo poniendo voz a los murmullos de Aresio—. El tinte se extrae de unas caracolas, es muy difícil de conseguir. Y muy caro.

—Se ve que el rey no escatima.

Me fijé en las gentes que poco a poco iban llenando el mercado en busca de la primera comida del día. Las mujeres vestían una túnica larga de lino y, encima, mantos blancos con bordados que les cubría el cabello, recogido en peinados elaborados. Los hombres llevaban también túnicas, pero más cortas. Creí ver algunos fenicios entre los vendedores, con sus ojos rasgados y tez aceitunada.

Los tartesios también nos miraban con disimulo. Avanzábamos despacio, esquivando a los críos que correteaban en la plaza. Bajé la vista y mis pantalones llenos de remiendos casi me gritaron que los tirara.

—Creo que a la vuelta deberíamos comprar algo de ropa.

Bregus me miró con una mezcla de horror y asombro en sus ojos.

—¿No esperarás que me ponga eso? —Y señaló a un hombre que vestía una túnica demasiado colorida.

—A las túnicas romanas no dijiste que no... —Le asesté un codazo y él me enseñó sus colmillos con sorna.

—¡Algo encontraremos entre todos esos puestos! —respondió Dervo intercambiando una sonrisa con Aresio.

Dejamos atrás el mercado cruzando otra muralla, con su puente y su foso, y nos adentramos en sucesivos barrios, cada vez menos espléndidos. Las túnicas decoradas de los habitantes dieron paso a sayas de lana burda y, en los últimos barrios, a apenas harapos.

El séptimo anillo era el del puerto, cuya parte sur ya conocíamos. Sin embargo, esa vez tomamos la vía del noreste. Atravesamos la última muralla, construida en enormes bloques de piedra con una alzada total de hasta cuatro hombres.

Allí nos encontramos con un largo camino elevado sobre las marismas que unía Tarte con el continente. Tendría más de quince pies de ancho y estaba atestado de agricultores, ganaderos y comerciantes que traían sus productos a la capital.

—El lago Ligustino —dijo el guardia señalando el estuario.

La marea estaba baja y descubría enormes extensiones de fango que las aves zancudas convertían en su territorio de caza: vuelvepedras, ostreros, agujas... Jamás vi tal cantidad de pájaros y de especies tan diversas como en Tartessos. Bandadas enteras oscurecían el cielo en su viaje hacia el Sur.

—Espero que aquí no tengan augures, porque se volverían locos. ¿No, Dervo?

El aspirante a druida apenas cabeceó ante mi broma, mientras Bregus se deshacía en carcajadas. Una vez más, me arrepentí de haber intentado hacerle reír.

—Vamos hacia el río.

El guardia nos indicó el punto lejano donde un río desembocaba en el estuario. Accedimos a un camino secundario que, sospeché, solo existía durante la bajamar, y pusimos a los caballos al trote. Pronto, la brisa limpió todo rastro de las pesadillas y sentí la emoción embargándome. Aquella tierra era hermosa y estaba cargada de promesas. Taconeé al caballo y lo puse a pleno galope. Sus cascos se amoldaban a la arena a la perfección, como si el animal hubiera nacido en el mismísimo estuario.

—¡Voy por delante! —grité sin volverme.

Los vencejos pasaban rozándome con sus alas puntiagudas y una bandada de garcetas, tan blancas como la ciudad de Tarte, emprendió el vuelo. Pasé junto a un bosque de postes cubiertos de mejillones. Los mariscadores los recolectaban en enormes canastos que cargaban a sus espaldas.

Dejé atrás las marismas y recorrí la playa donde ya se notaba la corriente del gran río. La arena dio paso al pasto y después, a un bosque de ribera. En la margen contraria del río se abrevaba una manada de uros, que levantaron su cabezota al oírme. El caballo, resoplando, bajó el ritmo. No me había dado cuenta de que lo estaba presionando, y frené para ir al paso.

Me pareció escuchar una voz junto a la orilla. Desmonté y me acerqué llevando al caballo de la brida, siguiendo la melodía. Era una canción hermosa. Entre los sauces distinguí a una mujer. Estaba de espaldas a mí. Se había retirado el mantillo, dejando ver sus rizos negros, recogidos en intrincados bucles con horquillas doradas. Respingué: frente a ella, con las patas en el agua, había un uro. Sus enormes cuernos, del tamaño de mis brazos, apuntaban hacia nosotros.

Desenvainé la espada y corrí hacia la mujer para ahuyentar al animal. Ella detuvo su canto y se volvió, sorprendida por mis gritos y aspavientos. Era apenas una muchacha. El uro trotó hacia la espesura.

Inspiré el aire fresco de la ribera con alivio. En los bosques de la Galia me había enfrentado a jabalíes y ciervos, y a aquella osa en Sabinia. Pero nunca a un uro.

Entonces, la chica habló y, para mi asombro, creí detectar reproche en sus palabras. Era muy alta y delgada, como uno más entre los salcillos del sotobosque. Su moño escalaba muy por encima de mi cabeza. Pero lo que más me impactó fueron sus ojos, más negros que su propio cabello. Como una noche sin luna.

Me quedé allí parado, con la espada aún desenvainada recibiendo una reprimenda de aquella muchacha tan extraña, tratando de recordar dónde había visto antes esos ojos. Sonreí pensando que podría hacer con ella lo que quisiera y, sin embargo, ella parecía más molesta que asustada.

Di un paso adelante, curioso por ver su reacción. Calló al fin y puso los brazos en jarras. En ese momento, las pisadas de un caballo entre la maleza llamaron mi atención. Era Aresio. Se escuchaban gritos lejanos, llamándome.

—Ah, Ambicatus. Te buscamos —dijo en galo. Miró a la chica con curiosidad, luego se volvió hacia mi espada y frunció el ceño.

Maldije la aparición del griego y enfundé el arma. Dudé en explicarle que no iba a atacar a la mujer, sino que la había salvado. Luego resolví que Aresio era un esclavo y no tenía nada que explicar.

—Vamos.

Sin dejar de mirarla, retrocedí hasta mi caballo y monté. Al fin perdí de vista aquellos ojos negros. Me puse muy tieso en la silla y tragué saliva. Salimos a un claro donde cinco guardias reales conversaban con nuestro guía, Dervo y Bregus. Las capas púrpura se me antojaron fuera de lugar en el bosque.

—Ahí está.

Los dos grupos se disgregaron y nos dirigimos de vuelta hacia la ciudad.

—¿Qué hacían ahí esos guardias? —le pregunté al fin a Dervo.

—Era la escolta de Siseia, princesa de Tarte.

Asentí muy despacio y noté los músculos de mi espalda y de mi cuello tan tirantes como la cuerda de un arco. Bregus se puso a mi altura.

—Y tú, ¿qué hacías tanto tiempo en el bosque?



XV - TORMENTA

No hizo falta volver a pasar por el mercado a hacer compras. O nuestro guía era más espabilado de lo que yo pensaba, o realmente nuestro atuendo daba lástima, porque a media tarde aparecieron por nuestra casa dos esclavas acarreando fardos de ropa. Había túnicas de distintas formas y colores para que pudiéramos elegir.

—¡No hay *braccae*! ¡Por Esus, que no hay *braccae*! —voceaba Bregus mientras revolvía entre los montones de ropa.

—Me temo que no usan pantalones tan al sur —dijo Dervo.

Me uní a su búsqueda frenética, lanzando a una esquina de la habitación las túnicas que consideraba inadecuadas, por demasiado coloridas o largas. Debía encontrar algo digno de un príncipe pero que a la vez resultara sobrio. No podía quitarme de la cabeza lo sucedido aquella mañana. ¿Acudiría la princesa Siseia a la cena? Debía estar presentable.

Nos hicieron llamar cuando el sol ya estaba bajo en el horizonte. Aruns también había sido convocado y lo recibimos con alegría. Seguimos a una esclava hasta el palacio, cruzando el patio

de la higuera y varias estancias hasta el otro lado del edificio. Allí se abría un jardín con vistas al lago Ligustino. Entre las plantas ya sin flores habían dispuesto tres largas mesas, repletas de comida y bebida.

Me alisé la túnica de lino blanca con ribetes rojos que había elegido y que, quizá demasiado grande para mi porte, me formaba pliegues en las costuras y sobre el cinturón. Miré en derredor. No éramos los primeros en llegar. La imponente presencia de Argantonio destacaba en el centro del jardín. Busqué con fruición entre los invitados la figura espigada de la princesa. Mi vista se detuvo en una mujer. Me acerqué unos pasos.

Un sirviente avisó al rey de nuestra llegada. Argantonio se volvió, abriendo sus brazos cargados de oro en señal de bienvenida.

—¡Ambicatus! —Y añadió algo más en griego.

Ejecuté una leve reverencia que mis compañeros imitaron con más pompa. El rey parloteaba y Dervo traducía sus palabras. Yo asentía, apenas escuchando y con la vista fija en la mujer. De pronto se dio la vuelta hacia nosotros y miré al suelo. No era ella. Era más joven, casi una niña.

—Es su hija menor, Erisea —tradujo Dervo.

Erisea se acercó con una sonrisa en su rostro, anguloso y resultón, y nos dedicó unas palabras de bienvenida mientras se recolocaba el peinado.

Respiré decepcionado y volví a la conversación. Argantonio nos presentaba a los asistentes: su primo Ookolion, régulo de Onuba^[39], el sacerdote real y otros familiares y amigos de la familia.

Una docena en total, cada cual con un nombre más enrevesado. Me pregunté qué sería de la reina. No habíamos tenido noticia, por lo que entendí que habría fallecido. Nos sirvieron vino endulzado con miel en copas de cerámica griega.

—Seguro que esto lo trajo ese rapaz de Kolaaios —dijo Aruns tras vaciar el contenido de un trago.

Degusté el vino y asentí, aunque fuera incapaz de diferenciar un vino griego de otro etrusco. En ese momento, una voz resonó por el jardín con la cadencia de una fuente. Me recordó a los manantiales ocultos en lo más profundo de los bosques de la Galia, tapizados de musgo. Se me erizó el vello de los brazos, de la nuca. Allí estaba ella, acercándose paso a paso desde el palacio, desgranando con su voz de ruiñeñor una canción misteriosa.

Se acercó hasta su padre sin mirarme, sin dedicarme siquiera un atisbo de aquellos ojos negros. Argantonio la saludó con una caricia en la mejilla y volvió a dirigirse a nosotros.

—Nos presenta a Siseia, su hija mayor —tradujo Dervo, e intercambió unos murmullos con Aresio.

A buen seguro el griego ya le habría contado a Dervo el encuentro en el bosque. Yo, por mi parte, no había soltado prenda. Estaba demasiado confuso como para explicarlo.

Siseia inclinó la cabeza y se dirigió hacia la mesa. Todos los comensales hicieron lo propio. Un esclavo me condujo hasta mi sitio, a la derecha de Argantonio. Agradecí su deferencia, curioso por aclarar qué sabía el rey de Tartessos sobre mi pueblo.

Frente a nosotros, los esclavos fueron sustituyendo los aperitivos por fuentes repletas de mariscos y pescados aderezados con *garum*. Los lomos rojizos de un enorme atún despertaron mi apetito. De fondo resonaron los primeros acordes de una lira.

No había perdido de vista a la princesa, que se sentó en la otra mesa con el resto de mujeres.

Muy próxima a mí, casi espalda con espalda. Inspiré y, tras el regusto a sal y especias, creí detectar un aroma a flores que no supe si provenía de ella o del jardín.

La voz profunda de Argantonio me sacó de mis ensoñaciones.

—Antes de la cena hemos ofrecido un sacrificio a Niethos, el dios del sol y del renacer. — Dervo tradujo las palabras del rey—. ¿Tenéis algún dios similar en vuestra tierra?

—Belenos es el dios del sol, pero el renacer lo encarna Esus —respondí tras pasar el bocado de atún con un buen trago de vino.

Dervo se enredó en una descripción en griego sobre el panteón galo mientras el rey asentía con curiosidad. Cuando acabó su perorata, la voz de la princesa me sacudió. No hablaba en su lengua, sino en un griego lento pero firme.

—Padre, quizá deberías explicar a nuestros invitados quién es Niethos y cómo se manifiesta. Parece que no conocen mucho sobre nuestras costumbres.

—Sí, sí. Niethos se manifiesta en forma de toro, de uro. Antes de ser mineros y orfebres, fuimos pastores. Aún ahora, nuestra cabaña ganadera es sobresaliente. Es una pena, por pocos días os habéis perdido nuestra fiesta del Herradero, cuando los muchachos se convierten en adultos tumbando a los toros jóvenes.

Recordé la escena en el río y por fin entendí por qué la princesa estaba tan molesta. Ella creía estar hablando con su dios, y yo había interrumpido aquella comunión.

—¿Cómo pasan a la edad adulta los galos? —preguntó Siseia.

—Matando a un hombre —respondí.

Me giré sobre mi asiento para tratar de atrapar su mirada. Ella retiró la vista al traducir Dervo.

—¿Ha matado a muchos hombres nuestro invitado? ¿Y a alguna mujer, quizá?

Argantonio, molesto por los derroteros que estaba tomando la conversación, le dedicó unas palabras severas a su hija y cambió de tema.

—Me dijisteis que buscabais a un miembro de la tripulación de Kolaaios.

—Eumelo, el herrero de Corinto.

—Ah, Eumelo. Lo recuerdo sí. Estaba obsesionado con un héroe de Troya. ¿Cómo se llamaba...?

—Teucro —intervino Aresio.

—Sí. Al parecer, Teucro se fue hacia el noroeste, a Brigantia^[40].

—¿Y Eumelo? ¿Volvió con Kolaaios? —insistí.

—No. Quería seguir los pasos de Teucro, devolver una lanza a los descendientes del héroe, decía...

—¿Se fue al norte entonces?

Argantonio arrugó la nariz, demorando su respuesta.

—Falleció. Un incidente con unos bandidos al inicio de su viaje, al poco de salir de Tarte— dijo al fin en voz baja, lanzando miradas furtivas al resto de comensales.

—¿Y la lanza? —apreté los dientes y contuve el impulso de levantarme—. ¿La robaron?

—No. Lo enterraron con ella. ¿Qué tiene de especial esa lanza?

El tono del rey cambió. Parecía aliviado de que no indagáramos en la muerte de Eumelo. Yo reflexionaba sobre qué debía revelar y qué no, cuando Aresio se adelantó y llenó el silencio con sus explicaciones. Él hablaba y hablaba, y Dervo lo complementaba, y el rostro de Argantonio se

iluminaba de asombro, hasta que pegué un puntapié a Dervo por debajo de la mesa.

—¿Qué le estáis contando exactamente? —Y fingí una sonrisa que se quedó en una mueca.

—La leyenda de Lugus y nuestra búsqueda —respondió Dervo dejando su copa sobre la mesa. Estaba animado y bebía más rápido que de costumbre.

—Aquí soy yo el que habla, ¿queda claro? —mascullé, tratando de guardar la normalidad en mi tono.

Argantonio intervino y le hice un gesto a Dervo para que tradujera. Mi amigo, aunque molesto por mis palabras, obedeció.

—El rey dice que es una historia muy interesante, y que es una lástima que ya nunca podamos saber si la de Eumelo era la lanza original.

Asentí y callé. Sabía a qué se refería Argantonio. No podíamos violar la sepultura de Eumelo, se consideraba sacrilegio tanto en la Galia, como en Roma y Grecia y, probablemente, en todo el mundo conocido.

—¿Por qué? —preguntó el etrusco en su griego precario.

Por desgracia, Aruns había olvidado ya las convenciones sociales, fuera por tantos años en la mar o por el vino. Parecía que era capaz de seguir la conversación y su voz estaba cargada de frustración sincera. Había hecho de la búsqueda de la lanza su propia obsesión. ¿Curiosidad o dinero? Ni él lo sabía.

—¡Aruns, joder! No podemos rebuscar en su tumba —reaccioné según el rostro de Argantonio se coloreaba.

—¡Ja! Como si ese viejo de Eumelo no hubiera saqueado todas las tumbas de Corinto. Es lo mínimo que se merece.

Agradecí que ningún tartesio entendiera el latín y me volví hacia el rey.

—Disculpa a nuestro capitán, este fantástico vino le ha nublado el juicio. —Alcé la copa a la salud de Argantonio.

—Vino samio, sí.

Para mi alivio, la conversación tomó otros derroteros. Según retiraban las cáscaras y espinas y servían platos de caza y asados, hablamos sobre Grecia, sobre Roma, Etruria y la Galia. El rey pudo presumir de un conocimiento profundo del Mediterráneo, aunque apenas había oído hablar de nuestro hogar.

Cuando pensé que ya no podía comer más, los esclavos levantaron la mesa. Bregus, que se había propuesto probar todos y cada uno de los platos, presenció con impotencia cómo se llevaban una fuente casi entera de ganso con salsa de higos al que no había llegado a tiempo.

Argantonio se levantó y nos hizo gestos para que nos acercáramos al final del jardín, un mirador con vistas al suroeste. El resto de invitados se excusaron y se retiraron a sus residencias. La noche ya había devorado la ciudad, mas los hogares de Tarte titilaban como estrellas a nuestros pies.

Los bordes del lago Ligustino se adivinaban por las luces de las aldeas de sus orillas. En la lejanía se intuían también núcleos más grandes, ciudades bajo el dominio de Tarte.

La brisa del mar se coló entre mis piernas y eché de menos mis *braccae* cubriéndome las rodillas. Se repartieron manzanas confitadas y vino especiado con miel. A los tartesios les gustaba el dulce. Argantonio nos hablaba con orgullo de sus dominios y Dervo traducía sin ganas. Seguía molesto.

Noté la presencia de Siseia acercándose y cómo el estómago, ya a rebosar, se me contraía. La falta de tacto de Aruns, el enfado de Dervo y la dichosa lanza se disiparon en la noche y yo me perdí en sus ojos negrísimo. Se paró delante de mí, mirándome con curiosidad y cierto toque de arrogancia.

Me di cuenta de que era muy joven. A pesar de su altura, no sumaría ni dieciséis años. Argantonio, más que su padre, podría ser su abuelo. Dijo algo y yo negué con la cabeza. Dervo y Aresio estaban entretenidos conversando con el rey, y tampoco quería pedirles ayuda. Maldije no haberme interesado por aprender griego.

Entonces empezó a cantar. Reconocí la misma canción del río, cuando la encontré conversando con el uro. Los demás se volvieron unos instantes y sonrieron ante la hermosa voz de Siseia, que hacía que el rasgueo de la lira sonara a graznido de corneja. Yo la seguí entre las columnas y enredaderas del jardín, ajeno al severo escrutinio de Argantonio, dócil como un perro hambriento.

Me pareció que su voz ascendía por el cielo y la brisa la llevaba hacia el Oeste, al fin del mundo, y entre las columnas de Heracles de vuelta hacia el Mediterráneo, bañándose en el puerto de Cartago, jugando con la arena en el desierto interminable de Libia, susurrando al oído de Tanaquil en Roma, acariciando el pelo de Lucteria en Avaricon...

Abrí los ojos cuando la canción terminó, o quizá fue después y el vino había creado ecos lejanos en mi cabeza. Ella me miraba, señalándome, como diciendo: es tu turno.

Empecé a cantar con tono áspero que se me antojó un rugido en comparación con su voz. Era una canción que me retrotraía a mi infancia. Mi madre solía cantárnosla durante las largas noches de invierno.

*Las raíces de los tejos son los cuernos de Cernunnos
Que sostienen la tierra, sostienen el mundo.
Cubiertos de hojas los abetos, desnudos los robles,
Esperan la vuelta de Esus, el dios de la noche.*

Y ella, por fin, sonreía. Un gesto leve que formaba hoyuelos en sus mejillas. Recordé las estrofas siguientes y seguí cantando, deseando que su sonrisa no se apagara.

*Duermen los osos, las ardillas y las liebres
Bajo la tierra fría que la nieve cubre
Esperan la vuelta de Esus, el dios de la noche.
Duermen los ancianos, los niños y sus madres
En las cimas de los castros que el viento bate
Esperan la vuelta de Esus, el dios de la noche.*

No conseguí acordarme de más versos, aunque sabía que la canción seguía.

—¿Mater? —dijo ella, repitiendo la palabra celta para madre. Era un vocablo común en muchos idiomas, quizá también en el suyo.

—Mater.

Recordé a Reda y negué, mirando al suelo, a la tierra. Después la señalé a ella y a Argantonio, y Siseia negó también. Compartimos nuestra pena en silencio, escuchando los quejidos de los murciélagos, hasta que el rey nos llamó y la isla de intimidad que habíamos creado se hundió en la noche.

—Volveremos a cantar juntos —le susurré.
Y sus ojos negros parecieron entender.

—Como vuelvas a hablar de mis asuntos sin mi orden directa, te juro que te mato —le escupí a Aresio en cuanto nos alejamos del palacio.

El joven dio un paso atrás, intimidado. Fuera el alcohol o la penumbra, no vio venir mi puñetazo y cayó al suelo como un saco de grano. Me contuve para no asestarle una patada. Dervo dejó escapar un grito y se arrodilló junto al griego para evaluar su estado.

—¿Qué has hecho, Ambicatus? —me gritó tras comprobar que Aresio solo estaba aturdido, en parte por la bebida, en parte por el golpe.

—¡¿Que qué he hecho?! —pateé la grava proyectando piedrecitas por todo el camino. Algunas cayeron sobre el cuerpo tembloroso de Aresio—. ¿Os dedicáis a largarle a cualquiera la historia de la lanza y de nuestra búsqueda? No a un cualquiera. ¡A un rey! ¿Por qué cojones os pensáis que busco yo la lanza? ¿Por amor a la historia? ¡La lanza es un arma, por Esus!

—Argantonio nunca la robaría —se defendió Dervo mientras ayudaba a su amigo a incorporarse.

—Eso no puedes saberlo. Lo que está claro ahora es que todos los ojos de Tarte nos vigilan. Ni podemos indagar sobre la ubicación de los restos de Eumelo, ni mucho menos ponernos a excavar túmulos.

Bregus asintió, apoyando mis palabras con gesto grave. Mientras, Aruns nos observaba divertido.

—Eres un animal. No te mereces siquiera tocar la lanza —masculló Dervo.

Me giré y emprendí una marcha acelerada hacia nuestro alojamiento, mis pasos resonando como truenos por el empedrado de la ciudad dormida.

—Eso ya lo veremos.

Los días se sucedieron como una mezcolanza irreconciliable de emoción y pesar. Durante las horas de sol Bregus y yo, a veces acompañados por Aruns, recorriamos las callejuelas de Tarte, comprábamos baratijas en el mercado, paseábamos por el muelle con la tripulación o nos ejercitábamos en los jardines de palacio. Dervo, cada vez más distante, se quedaba en casa con Aresio.

Algunas noches Argantonio nos invitaba a cenar o a tomar un vino en su jardín. Aunque los banquetes no eran como el del primer día, el lujo y el derroche de aquel palacio seguían pareciéndome excesivos. Pero todo eso me daba igual. Yo solo buscaba instantes de intimidad con Siseia, cruzar con ella unas palabras en el precario griego que Aruns y sus muchachos me enseñaban, o simplemente perderme en sus ojos negros, volar con su voz.

Salía a cabalgar solo a menudo. Argantonio me había preguntado por el corcel tordo y, ante mis alabanzas, decidió regalármelo. Pura raza marismeña, decía. Autóctono de Tartessos, criado para recorrer los marjales. Así, galopaba sobre la arena hacia el río, con la esperanza de reencontrarme con la princesa lejos de los ojos vigilantes de Argantonio.

Bregus y Aruns me preguntaban todos los días por un plan que no tenía. Yo ya le había dicho

al etrusco que era libre de echarse a la mar, que tan pronto como regresara a Avaricon le enviaría su pago al puerto de Pupluna^[41] en Etruria.

—¡Por Tinia! ¿No esperarás que me vaya ahora, teniendo la lanza tan cerca? Además, ni yo navegaría hacia Oriente en pleno invierno.

Se comprometió a que sus muchachos indagasen por las tabernas del puerto sobre el paradero de la tumba de Eumelo.

—Con discreción. —Le dediqué una mirada severa.

—Sin levantar sospechas, lo juro —respondió.

Llevaba una luna sin verla cuando al fin nos encontramos. Era una mañana tormentosa y extrañamente cálida para el mes de Anagantios^[42]. El puerto de Tarte se volvió a llenar de los barcos que acudían al estuario para resguardarse del mar de fondo, y la tempestad se dejaba notar incluso en las orillas erizadas del lago Ligustino. La marea estaba baja y por eso había salido. Gran parte de los caminos de acceso a Tarte desaparecían con la pleamar, y esos días estaba embarrada incluso la vía principal, bloqueada por los carros que se atascaban en su viaje diario a la capital.

Fue al escalar una duna en dirección a la desembocadura cuando vi a su guardia. Las capas púrpuras agitadas por el vendaval eran visibles desde una distancia asombrosa, y decidí evitarlos, como hice la primera vez sin pretenderlo.

Conduje al caballo por la orilla del río Tartessos tratando de amortiguar los pasos sobre la hojarasca. Ella me vio primero y su mirada oscura me esperaba cuando desmonté y me acerqué.

Estaba sentada sobre una gran roca en la orilla, mojando las puntas de los pies en el agua turbia del río.

—Hola —dije en griego, tratando de imprimir firmeza en el tono.

—Hola, Ambicatus —respondió ella, divertida.

Palmeó la roca invitándome a sentarme y, tras atar el caballo a un árbol, obedecí. Miré hacia atrás, entre los árboles.

—No nos ven —dijo.

Me senté a su lado, muy próximo a ella. Su olor se mezclaba con aquel que arrastraba el río desde las montañas en las que nacía, más al norte. Llené mis pulmones y permanecimos así, escuchando los cantos de carboneros y herreros durante largo rato.

—¿No cantas? —le dije en un griego ya más titubeante.

—¿Por qué no cantas tú? Me gustaría aprender esa canción.

—¿La de Esus?

—La de las madres. ¿Qué dice?

Canté casi en susurros, lanzando miradas furtivas hacia atrás al principio, perdiéndome en sus ojos según se acercaba muy poco a poco para escucharme mejor. Conseguí recordar más estrofas, o quizá me las inventé para ella, para que siguiera mirándome cada vez más próxima:

*Yacen las hojas, las semillas y los cuerpos
Entre la tierra fértil que el invierno sella
Esperan la vuelta de la luz, promesa de primavera.*

—¿Qué significa? —preguntó cuando acabé.

Y con una mezcla de griego precario y señas, intenté transmitirle la esencia de la canción. Nuestros dedos se juntaron unos instantes bajo la hojarasca.

—Es triste —dijo cuando acabé.

—Es una promesa —negué—. De primavera.

—Aquí apenas hay nieve en invierno. Y la primavera es hermosa —alzó los brazos hacia la cúpula de árboles. Pero yo solo podía mirarla a ella—. ¿Te quedarás hasta la primavera?

Casi podía saborear su aliento cálido dominando sobre la brisa del río, sobre el aire cargado de la tormenta.

—Me quedaré. Toda la primavera.

—¿Es una promesa?

Asentí y ya no pude contenerme más. Salvé el escaso palmo que nos separaba y la besé. Ella pareció sorprenderse al principio, pero no se apartó. Después me miró y los hoyuelos reaparecieron en su rostro. Entonces fue ella quien se acercó, ofreciéndome su aliento, su aroma a alguna flor cuyo nombre yo no lograba evocar, mezclándose con mi sudor y pelo de caballo, con el olor a tormenta.

En algún momento comenzó a llover: goterones gruesos y fríos que rodaban por nuestros rostros y que ignorábamos, como ignoramos el rugido del trueno. La abracé para protegerla de la lluvia y tomé sus pies descalzos entre mis manos. Estaban helados.

De pronto, ella se volvió hacia el bosque y casi pude ver sus orejas moviéndose como las de una cierva que detecta el peligro.

—Los guardias —dijo. Y me dedicó uno, dos, tres besos de despedida mientras se colocaba el mantillo sobre el pelo calado, con sus bucles deshechos serpenteando por su frente—. Ve.

Me incorporé de un salto y corrí a desatar al caballo. Ya podía oír a los guardias aproximándose entre la maleza. Antes de desaparecer, me volví un instante.

—¿Cuándo te veré?

—Aquí en dos días.

Me escabullí con el corazón cabalgando, cargado de promesas.

El tiempo de espera fue un tormento. En casa, Dervo ni me miraba y yo, lejos de intentar arreglarlo, me enfadaba más con cada desprecio. Aresio nos saludaba educado, pero yo podía intuir la vanidad en su sonrisa, diciéndome que me había robado a mi amigo, que lo había perdido. Perdido. Yo salía de aquel edificio lujoso como si fuera el mismísimo inframundo, con los dientes a punto de resquebrajarse en mi boca y dando vueltas a cómo conseguiría esa maldita lanza. Había pasado a ser un tema demasiado personal.

—Ese flojo de Eumelo, llegar hasta aquí para dejarse matar por unos bandidos... —mascullé a la mañana siguiente, mientras subíamos al Furia de Nethuns.

—No creo que fueran bandidos comunes —respondió Aruns paseando por la cubierta recién encerada. Le gustaba mimar a su barco.

—¿Has averiguado algo?

—Este puerto es mucho más que la vía de salida de la plata de Tartessos, Ambicatus. —Los ojos del capitán centelleaban de pura codicia—. Aquí llegan naves desde el océano, desde el Norte, cargadas de estaño e incluso plomo. No he podido verlas llegar, porque el comercio está paralizado estos meses, pero he visto el mineral: ¡montañas de ello!

—¿De las islas del Norte? —pregunté. En nuestra tierra el estaño para fabricar el bronce lo importábamos de allende Aremórica, la región más al noroeste de la Galia.

—Eso parece. Hablan también de una tierra más allá de esta península. Los nombres son confusos: islas Estrímnidas, Albión, Ierne...

—¿Y qué tiene que ver el estaño con la muerte de Eumelo? —intervino Bregus.

Miré a mi amigo reprimiendo una sonrisa. Era un buen hombre y mejor guerrero, pero a veces me preguntaba si algún dios le habría robado el ingenio al nacer.

—Parece que las intenciones de nuestro herrero no eran tan románticas como pensábamos. Quizá Kolaïos no pudo seguir su ruta hacia el Norte y le encomendó a Eumelo que continuara por tierra —explicó Aruns.

—Y alguien descubrió su plan ... —Continué con la reflexión en voz aún más baja—. Pero, ¿quién? ¿Los fenicios de Gádir? ¿El mismísimo Argantonio?

Cruzamos miradas sombrías. Argantonio.

El rey nos convocó esa noche. A mi preocupación por el tema de la lanza y las sospechas se sumaban las ganas de ver a Siseia. A veces asistía a los convites junto a su hermana; otras veces, no.

No fue el caso. Argantonio, aunque siempre cordial, parecía más serio que de costumbre y temí que Aruns se hubiera propasado con la bebida en las tabernas. En lugar de hablarnos de las maravillas de Tartessos, de sus vegas fértiles y bueyes rollizos, nos preguntó sobre nuestra patria.

—¿No existe entonces un rey de toda la Galia? —dijo mientras masticaba un muslo de pato con voracidad.

—No, nunca lo ha habido. Somos pueblos independientes, con una lengua y una religión común, pero cada cual con su sistema de gobierno. Algunos tenemos reyes, otros caudillos o incluso senados de ancianos.

—Y tú eres el príncipe de los bitu... bitu... —tartamudeó dejando el hueso limpio sobre la fuente.

—Bituriges. Sí. Mi padre Lucterio es el rey, y yo soy su único hijo varón.

Argantonio asintió y paseó la mirada por la mesa, buscando su siguiente víctima. Bregus hacía lo propio. Dervo apenas comía y traducía con monotonía, sin volverse hacia mí.

—¿Y cómo de grande es ese reino tuyo?

El rey trataba de imprimir casualidad a sus palabras, pero era obvio que me estaba interrogando. ¿Quería tantearme, predecir mis intenciones? ¿O había algo más? Una idea floreció en mi pecho y no pude ocultar una sonrisa. ¿Me estaría considerando como futuro yerno?

—Las tierras de los bituriges se extienden entre los enormes brazos del río Líger, hasta las montañas del Este. Cruzarlas de norte a sur llevaría unos diez días —exageré un poco los cálculos—. Es una tierra boscosa con gran producción de bellotas y manzanas con las que hacemos buena sidra, pero los campos de cultivo son cada vez más extensos y productivos...

Continué alabando mi tierra y exponiendo todos los proyectos que quería poner en marcha a mi vuelta. El tiempo junto a Tarquinio y los viajes a Corinto, Cartago y la misma Tarte habían llenado mi cabeza de ideas: algunas, realizables; otras, meras fantasías.

Dervo se saturó con tantos detalles y Aresio acudió en su ayuda, traduciendo con su voz dulce y pausada. Me recordó a los patricios que poblaban las fiestas de Tarquinio, allí en Roma. Lo odié. Escuché con detenimiento cada traducción para dilucidar si Aresio cambiaba mis palabras para dejarme en mal lugar, pero apenas entendía nociones sueltas.

La conversación se trasladó de la mesa al balcón, donde Argantonio podía disfrutar de la belleza de su ciudad sumida en la penumbra. El tiempo era ya frío y los sirvientes nos tendieron unas capas de lana fina para cubrirnos del viento.

—Mi hija Siseia te manda saludos —dijo el rey tras un silencio roto solo por nuestras apreciaciones del vino.

—Devuélvele por favor mis saludos y mis mejores deseos a la princesa —dije. Mis pulsaciones se dispararon.

—Siseia tiene mucho carácter, como su difunta madre. Confío en que no esté importunando a mis invitados.

Argantonio clavó sus ojos oscuros en los míos hasta que bajé la mirada, turbado. Tras su fachada de bonachón iba emergiendo, poco a poco, un hombre férreo. ¿Capaz de mandar asesinar a Eumelo? Tal vez.

El rey me palmeó la espalda y me sobresalté.

—No, por supuesto que no —respondí entrecortado—. La princesa es muy cordial.

La sonrisa volvió a entreverse tras su barba y chasqueó los dedos reclamando más vino. Yo bebí poco. Necesitaba mantener la cabeza bien fría, había mucho en juego en aquella tierra de plata.

Al día siguiente alcancé la desembocadura con los nervios de un chiquillo. Tras el toque de atención de la víspera, había tomado precauciones, saliendo más temprano y rodeando la marisma por el Este para evitar toparme con la guardia. El día era frío y el viento olía a invierno. La esperé largo rato arrebujaado en mi capa, sentado sobre la roca tratando de hacer ranas que se hundían al primer salto en la corriente turbulenta. Cuando ya pensaba que no acudiría, unas pisadas a mi espalda me sobresaltaron.

Se acercó hechizándome con sus ojos de noche sin luna, su porte de diosa sedente como las esculturas de Astarté que presidían los templos fenicios. No acerté a decir nada y su boca tampoco habló, ocupada en sellar mis labios con un beso.

La tomé entre mis brazos y la tendí sobre el lecho crujiente del bosque. Mis manos rebuscaron torpes entre los pliegues de su túnica. De pronto, ella me detuvo.

—Recuerda la promesa —dijo mirándome muy seria. Igual que hiciera su padre—. La primavera.

—La primavera —asentí.

Sonrió y me ayudó desanudando los lazos hasta que liberó la túnica, robándome el aliento con la visión de su cuerpo desnudo, blanco marfil contra la alfombra de hojas doradas. Se tensó cuando, tras quitarme mis viejos *braccae*, me tumbé sobre ella. Acaricié sus mejillas y la calmé

con palabras que no entendía, con promesas que no sabía si podría cumplir, hasta que su dolor se disipó y nos fundimos como el río y el mar.

Después, ella cantó y yo me quedé dormido en su regazo. Cuando abrí los ojos, un enorme uro me miraba desde la otra orilla. Siseia ya no estaba, pero el bosque aún conservaba posos de su aroma.



XVI - LANZA

Nuestros encuentros se sucedieron según el invierno avanzaba suave en los confines del mundo. A veces Argantonio insistía en acompañar a la princesa en sus cabalgadas y yo me quedaba esperando hasta que el sol se escondía entre los álamos, preguntándome si el rey nos habría descubierto y si volvería a verla. Aquello no era como lo de Tarquinio y Tanaquil. Durante mi aventura con la etrusca me divertía fantaseando con que su marido nos encontraba en pleno acto. No. La sola posibilidad de perder a Siseia me atenazaba el pecho.

Seguíamos alojados en la casa de invitados bajo la excusa de que volveríamos a la Galia en barco. Nadie se echaba a la mar en invierno. Argantonio no parecía tener prisa por que nos fuéramos y poco a poco urdíamos planes para acercar nuestros lejanos reinos.

Llevábamos más de tres lunas en Tartessos cuando uno de los muchachos de Aruns encontró una pista. La tripulación se había diluido en los bajos fondos de la ciudad, aceptando encargos de todo tipo para poder pagarse la bebida. Hasta el propio capitán movió su Furia de Nethuns tres veces por unas buenas sumas y peores fines.

Baldo, que así se llamaba el remero, se había juntado con unos maleantes cartagineses que por unas piezas de plata escuchaban cualquier ruego. A Baldo solo le llevó un asesinato y muchas palizas junto a sus nuevos compañeros el adivinar que ellos mismos habían asaltado a un griego en el camino del norte.

—¿Quién se lo encargó? —pregunté yo.

—¿Dónde lo enterraron? —dijo Bregus.

—Todo a su tiempo, todo a su tiempo —respondió Aruns riendo—. No querréis que maten al muchacho.

—¿Y no sabe más?

—Dale unas buenas platas para que invite a sus compinches y pronto los cartagineses estarán cantando dónde está tu lanza. Los hombres hablan más con un buen vino.

Señaló a Baldo, que nos miraba curioso desde la proa del barco. Su pelo y barba muy negros y rizados y sus ojos rasgados denotaban su origen fenicio, aunque no vistiera como tal.

—Eso lo sabes tú bien, canalla —bromeé dando un codazo al capitán, que encajó la pulla con guasa.

Lancé al muchacho una de las últimas piezas de plata que conservaba, confiando en que la inversión valdría la pena.

Tenía pensado pasar el resto del día en el puerto, pero Bregus comenzó a quejarse con más insistencia de lo habitual. Llevaba varios días arrastrando un resfriado que le hacía estornudar con estrépito y, desde esa mañana, decía tener también calentura. Le coloqué la mano en la frente para confirmarlo. Ardía.

—Te tendrías que haber quedado en casa.

—¡Quería enterarme de las novedades! —rezongó limpiándose con la manga los mocos que le colgaban del bigote—. Ya me voy yo solo.

Negué con la cabeza y lo acompañé a través de los anillos sucesivos de Tarte. Aunque había recorrido el camino ya muchas veces, seguía admirando las potentes murallas, los fosos y el cuidado pavimento de las calles. Aquella ciudad era inexpugnable. Avaricon se me antojaba un juguete en comparación. Si algún día convertía a Siseia en mi esposa, Avaricon tendría que cambiar mucho para ser digna de ella.

Entramos en casa sumidos en nuestras cavilaciones. No saludé antes de apartar la cortina del dormitorio y lo que vi cortó de raíz cualquier reflexión. Dervo y Aresio yacían juntos bajo las mantas. No se habían percatado de nuestra llegada y reían entre jadeos. Fue un estornudo de Bregus lo que les hizo volverse. Se separaron y Aresio intentó ocultar su desnudez tras la manta. Dervo, sin embargo, me miraba desafiante.

Pegué un puñetazo tan fuerte a la pared que una lámina del encalado se resquebrajó y cayó al suelo. Me di la vuelta, apartando a Bregus de un empujón y salí a la calle hecho una furia.

Esa noche dormí en el barco de Aruns. Agradecí que el etrusco no me interrogara. Se limitó a sonreír ante mi enojo y a pasarme su pellejo de vino. Así, la mañana me recibió con un intenso dolor de cabeza y noticias frescas. Baldo había averiguado el paradero de la tumba de Eumelo.

—Está a un lado del camino a Caura^[43]. Poco antes de llegar a la ciudad, al pie de un pequeño cerro en la margen derecha. Bajo un roble joven —recitó el muchacho con orgullo.

—Esa ciudad, Caura. ¿A cuánto está?

—Algo menos de una jornada, creo.

Asentí y pedí agua. Necesitaba aclarar las ideas.

—¿Quién los contrató?

—Un hombre que remueve todo en los bajos fondos de Tarte, pero creo que es un intermediario —intervino Aruns—. Quién esté al fondo de la cuestión, está fuera de nuestro alcance.

—Y tus amigos, ¿no saquearon el cadáver? ¿Seguirá allí la lanza?

—Les pagaron más de la cuenta para que lo enterraran con dignidad. —Baldo se encogió de hombros.

—Puedo enviar a alguno de los muchachos —dijo Aruns—. No tendrán problema en profanar una tumba si les pagas lo suficiente.

—No, tus chicos ya habrán levantado suficientes sospechas.

Otro plan se estaba fraguando en mi cabeza. Un plan que pondría a todos en su sitio y, además, me ahorraría la poca plata que me quedaba. Pero eso el viejo etrusco no necesitaba saberlo. Me acabé el agua de un trago y le lancé el pellejo a Aruns a modo de despedida.

—Avísame con lo que sea —me gritó el capitán según atravesaba la cubierta.

Alcé la mano como respuesta. Pasé junto a los barriles de las provisiones y eché mano al canasto de manzanas. Le di un bocado a una y escupí al momento. La miré: estaba podrida.

Encontré a Bregus sentado en el banco de la fachada de la casa. Envuelto en su capa, tomaba el débil sol invernal mientras remendaba los jirones de su *braccae*. Tenía mejor aspecto.

—Has vuelto —dijo.

—Sí. ¿Están ahí?

—Están.

Di varias vueltas frente a la entrada, intentando ordenar mis pensamientos. Tratando de reconducir mi enfado. Me llevé las manos a las sienes y apreté, esperando que el dolor se disipara. Finalmente me enfrenté a la puerta.

—¿Qué le vas a decir, Catus? —levantó la vista de sus remiendos.

—No lo sé.

—No eres su padre. Dervo es libre de hacer lo que quiera, aunque sea hacer... eso.

—Has hablado con él —afirmé mientras reemprendía el paso.

—No lo fuerces más, Catus. O lo vas a perder.

Cerré los ojos y apreté los párpados hasta que todo estuvo negro. Dolía.

—Igual es lo que tiene que pasar.

Estaban en la zona común trazando letras en tablillas de arcilla. Aresio se tensó como un conejo asustado que ha olido a la comadreja. Dervo continuó escribiendo sin mirarme.

—Lo que hacéis es una afrenta a los dioses —dijo al cabo.

—Tú no sabes nada sobre los dioses —respondió mi amigo tras soplar las virutas de barro que se acumulaban bajo el cincel.

—Hablas como si fueras un druida de pleno derecho, y no tienes ni cinco marcas —noté como la rabia ascendía por mi garganta, mezclándose con el sabor amargo de la manzana podrida.

—¿Y quién tiene la culpa de eso?

Dervo dejó los utensilios en el suelo con cuidado y se levantó, encarándome. Sus ojos grises me recordaron al mar calmo antes de la tormenta que Aruns me había enseñado a interpretar.

—Eres débil —acerté a responder—. Primero huiste de tu destino como guerrero y luego dejaste tu instrucción. Yo no te obligué a dejarla, no te obligué a que me juraras lealtad como soldurio. Fueron tus decisiones. Y ahora... ahora haces eso. Con él. Con un esclavo, ni siquiera un hombre.

Lo señalé con desprecio, el dedo temblando delante de mi rostro. Dervo iba a responder cuando el griego se levantó y, con paso vacilante, se acercó a mí. Podía oler su miedo, verlo en su rostro dulce de muchacho.

—Yo soy un hombre —dijo en galo. Se irguió y enfrentó mi mirada—. Y tenemos todo el derecho y la aprobación de los dioses para estar juntos. En Grecia la relación entre dos hombres...

—¡No estamos en Grecia, joder! —grité y él dio un paso atrás. Pensé que se cubriría, como la última vez. Me dirigí de nuevo hacia Dervo—. Si te viera tu padre, te mataría. Un esclavo...

—¡No soy un esclavo! —Aresio volvió al ataque, situándose a apenas dos palmos de mi rostro. Era más alto que yo, pero mucho menos corpulento.

—No, eres peor. Solo sabes escribir, hablar y esconderte. Ni siquiera sabes luchar, ni mucho menos servir. Solo sabes meter la pata y ponernos a todos en riesgo con tus malditas palabras. Lo más probable es que Argantonio mandara asesinar a Eumelo y, como nos descubra, nosotros iremos después.

—¿Sabes ya dónde está la lanza? —preguntó Bregus desde la puerta. Debía haber presenciado toda la discusión. Asentí.

—Yo iré a por ella—resolvió Aresio—. Traeré la lanza y te demostraré que soy un hombre.

—Aresio, no... —Dervo le posó la mano en el hombro.

—Iré yo. Está decidido.

Me di la vuelta y me encaminé hacia la salida.

—Habla con Aruns. Él te dirá dónde debes buscar.

—Ambicatus. —Escuché la voz de Dervo desde la habitación y frené, sin volverme—. Como le pase algo...

Alcancé el exterior con la sangre repiqueteando fuerte en mis sienes. Había conseguido lo que quería, pero aún no alcanzaba a entender el precio.

Aresio partió hacia Caura a la mañana siguiente. Lo supe por Aruns, ya que yo había pasado la víspera cabalgando por las marismas.

—Si no lo matan los hombres, a ese muchacho se lo comerán los lobos —comentó el capitán

mientras desayunábamos en el Furia de Nethuns—. Está muy verde, aunque no se le puede negar que tenga cojones para ir allí solo.

No dije nada, entretenido desmigando un pedazo de pan mohoso. Llovía. Una lluvia fina y constante que empapaba la tierra e inundaba la marisma, ocultando los caminos. Aruns hablaba con la comida en la boca.

—Dicen los lugareños que hace muchos años, al poco de acabar la guerra de Troya, una ola colosal barrió la costa de Tartessos. Por eso construyeron los anillos. Para que, cuando la gran ola vuelva, Tarte pueda evacuar toda el agua sin que sus muros se desmoronen.

—Hm.

Gruñí por respuesta. Argantonio ya me había contado esa y muchas otras historias. Pero yo seguía rumiando la reflexión anterior del etrusco. Sí. El griego tenía arrojito.

Volví a casa al día siguiente, cuando calculé que Aresio debía regresar. No había parado de llover durante toda la noche y auténticos ríos circulaban por las calles de Tarte hacia los canales. Encontré a Bregus en el quicio, sujetando la cortina y con la vista clavada en la avenida principal.

—Aún no ha vuelto, ¿no? —le pregunté y él negó—. Es pronto.

—Dervo ha ido a la puerta a esperarlo.

—¿No habrá salido a buscarlo?

—No. Aresio le hizo prometer que le dejaría hacerlo solo.

Pasé la tarde recorriendo la casa de lado a lado. Con aquella lluvia, mis citas con Siseia se habían cancelado y Argantonio parecía haberse olvidado de nosotros: hacía días que no nos invitaba a palacio. Me entretuve mirando las tablillas de Dervo.

Algunas estaban escritas en latín, otras en griego. Sin embargo, había otras con una escritura que no había visto nunca.

—Está inventando un sistema para escribir galo. Un alfabeto propio —me aclaró Bregus.

Lo miré extrañado. Dervo y él nunca habían sido grandes amigos. Se trataban con cordialidad, pero nada más. O eso creía. Volví mi atención a los grabados. Al inicio de nuestro viaje Dervo me había hablado del lenguaje secreto de los druidas. Cada número de dedos extendido en cada mano, representaba una sílaba. Los trazos me recordaron a ese sistema. Pero pronto olvidé los símbolos y recordé los tiempos en los que Dervo y yo éramos íntimos. Íntimos... ¿Me habría amado Dervo como ahora amaba a Aresio? Un nudo inexplicable se formó en mi estómago. Si hubo algo, ya no quedaba rastro.

El día avanzaba y la luz mortecina no me permitía saber si el mediodía ya había pasado, o si el tiempo se había detenido en un cenit eterno, esperando a que la lluvia lo tragara todo. Finalmente, me eché una capa seca sobre los hombros y me dirigí a la salida. Bregus insistió en acompañarme a pesar de su resfriado.

La avenida principal estaba desierta. En el distrito del mercado, los artesanos habían retirado sus mercancías de los puestos y los toldos estaban plegados. Cuando alcanzamos la puerta noreste, el agua ya bailaba dentro de mis botas.

Estaba fuera, acucillado apoyando la espalda contra la muralla. Los dos guardias que custodiaban la entrada principal de la ciudad lo miraban con una mezcla de curiosidad y lástima.

Completamente empapado, con el pelo lacio chorreando por su frente y los ojos más grises que nunca, perdidos en la cortina de agua. Me senté a su lado.

—La lluvia lo habrá retrasado. Pero volverá.

—Reza a los dioses para que sea cierto —respondió en un susurro.

Permanecimos así, en silencio, hasta el cambio de guardia. El cielo pareció oscurecerse aún más y temí que pronto cerraran las puertas. Poco a poco, la lluvia fue lavando mi enfado, arrastrándolo hacia el lago Ligustino y luego, al mar.

—¿Es en serio? —le pregunté a mi amigo—. ¿Lo amas?

—Sí.

—¿Siempre has sido... así?

—Supongo que sí, sin saberlo. Desde pequeño era distinto. Aresio me ha enseñado que no es malo, que somos libres de sentir lo que queramos, de vivir la vida que anhelamos. No sé si puedes entenderlo —dijo con voz triste.

—No lo sé. No lo sé.

Escondí la cabeza entre las rodillas, tratando de comprender. Y pensé en Siseia. De alguna manera, aunque apenas pudiéramos comunicarnos, yo la amaba. Iba a sincerarme con mi amigo, a contarle aquella relación también prohibida, cuando Bregus llamó nuestra atención.

—¡Allí! —gritó—. Se acerca un jinete.

Nos levantamos y sentí calambres en las piernas. Forcé la vista y me di cuenta de que llovía con menos fuerza. Dervo avanzó hacia el jinete. Era Aresio, inclinado sobre la silla quizá por el peso de la ropa empapada. Esgrimía una sonrisa triunfal y supe que traía la lanza. Sonreí. Al fin, todo iría bien. Pronto llegaría la primavera.

Cruzamos la puerta ante las miradas de los vigilantes, sin decir nada para no levantar sospechas. Avanzamos en silencio, anillo tras anillo, hasta llegar a nuestro alojamiento. Aresio se bajó del caballo y, al apoyar el pie, la pierna le falló y cayó al suelo. Dervo se apresuró a asistirlo y con la ayuda de Bregus lo arrastraron dentro. Yo me acerqué a las alforjas y distinguí la forma alargada, envuelta en una tela. La tomé con cuidado, casi con reverencia, y entré también.

Dervo gritaba sobre un desfallecido Aresio. Los ignoré, cegado por el paquete que desenvolví con manos temblorosas.

El bronce de la punta centelleó a la luz de las teas que Bregus encendía. Un escalofrío me recorrió desde los pies hasta el nacimiento del pelo. Pasé los dedos por el filo, sobre la madera carcomida por las eras y cubierta de tierra. Allí estaba el símbolo de Lugus. Por fin, tenía entre mis manos la legendaria lanza, aquella con la que uniría a todos los pueblos.

—¡Aresio! ¿Qué ha pasado? ¿Quién te ha hecho esto?

Dervo retiraba las prendas empapadas de su amante con dedos temblorosos, descubriendo su torso cubierto de sangre. Me acerqué y una sombra empañó la felicidad que embargaba mi pecho.

—Un pastor me encontró profanando la tumba —dijo con un hilo de voz—. Lo enfrenté. Creo que lo maté, pero me hirió.

Dervo estaba paralizado, mirándose las manos manchadas sin comprender.

—Tienes que atenderlo, Dervo —le dije. Me volví hacia Bregus—. Trae agua, vamos.

Me acerqué para evaluar la herida. Tenía un tajo profundo sobre el ombligo, por debajo de las costillas. Debía haber perdido mucha sangre a pesar del vendaje improvisado y me sorprendió que no se desmayara antes de llegar a Tarte. Pegué una patada al suelo y ahogué una maldición. Había visto muchas heridas como aquella.

Dervo reaccionó y mientras buscaba medicinas en su jubón nos lanzaba órdenes para que hirviéramos agua y machacáramos plantas. Obedecí, rezando a Teutates para que guardara la vida de aquel hombre que, ya sí, se había ganado mi respeto.

Aresio murió al amanecer. El sol entraba a raudales por las ventanas iluminando su rostro blanco y sonriente, hermoso como las estatuas de mármol de Corinto. Dervo permaneció largo rato arrodillado junto a él, derramando lágrimas silenciosas, hasta que se levantó y salió a la calle.

—Déjalo. —Bregus me retuvo cuando me dispuse a seguirlo—. Necesita estar solo.

Tenía razón. Amortajamos el cuerpo de Aresio y lo escondimos al fondo de la casa. Después, me senté con la lanza en mi regazo. La víspera no me había dado cuenta, pero el filo tenía una pátina oscura. Rasqué con la uña. Era sangre seca.

Dervo no volvió ese día. Lo buscamos entre las callejuelas del tercer anillo, por los puestos repletos de comida humeante, telas, vasijas y joyas. El agua había limpiado el empedrado y la ciudad blanca brillaba como nunca. Pensé que Siseia estaría esperándome junto al río, pero no podía dejar de buscar a Dervo.

Tampoco lo encontramos en el puerto. Aruns celebró la noticia de la lanza con alegría desmedida y me pidió que se la mostrara. Sus ojos, de normal entrecerrados para atisbar la lejanía, casi se salieron de sus órbitas cuando la saqué de su funda. Después le contamos lo de Aresio y negó con gesto grave.

—Te lo advertí. Debió haber ido alguno de mis muchachos.

Apreté los dientes. Cuando por fin me había librado de Aresio, deseaba que estuviera vivo, junto a Dervo. A pesar de todo.

Al día siguiente, tras una noche de sueño escaso aún con el cansancio acumulado, decidí acudir a mi cita con Siseia. Necesitaba verla, tocarla, expresarle mi desolación aunque no pudiera contárselo con palabras. Antes de salir de la ciudad di una vuelta por las calles con la esperanza de encontrar a Dervo. No había rastro.

La princesa llegó a nuestra roca poco después que yo. Parecía preocupada, quizá por mi ausencia del día anterior. Quizá por alguna otra causa que no podría explicarme.

—Ambicatus —me saludó y sus ojos me inspeccionaron como los de una madre—. ¿Estás bien?

Hundí la cabeza en su regazo y lloré. Ella me acarició el cabello, deshaciéndome las trenzas que no me había acordado de arreglar antes del encuentro. Empezó a cantar. Cantaba mi canción, la de Esus, la de las madres. Las palabras estaban confundidas, inventadas, pero la melodía era mucho más hermosa que la original. Mis sacudidas cesaron y sequé mis lágrimas en su túnica.

—Lo he perdido, Siseia. Se ha ido. Mi amigo... no va a volver. Es mi culpa. Tenía razón, soy

un animal. No va a volver... —Murmuraba en galo, más para mí que para ella.

Siseia siguió cantando, inventando nuevas estrofas, hasta que el sol comenzó a descender tras las copas de los árboles. Me abrazó fuerte y me miró a los ojos ya secos, muy adentro. Me habló. Primero en griego, luego en tartesio. Parecía querer decirme que hiciera lo correcto, que arreglara lo que hubiera que arreglar y luego volviera a su lado.

—La primavera —me recordó cuando se despidió, los brazos cruzados sobre el vientre.

Yo asentí muy levemente y la vi marchar.

Bregus se había encargado de todo. Con la ayuda de Aruns, se deshizo del cuerpo de Aresio antes de que nos descubriera cualquiera de los esclavos que periódicamente venían a traer alimentos o a limpiar. Los chicos de la tripulación habían indagado. Se había visto a Dervo andando como un alma en pena en el camino del norte.

—Lo encontraremos —me dijo Bregus.



CUARTA PARTE - TARANIS



XVII - FLORES

Avaricon, primavera del año 610 a.C.

El cerro de Avaricon apareció en la lejanía. Pensé que, si tuviera la vista de Aruns, podría evaluar el estado de la vieja muralla desde allí. Pero el capitán etrusco estaría surcando el Mediterráneo, o quizá esperando mi recompensa en Etruria. Era una de las primeras cosas que debía arreglar tras llegar a Avaricon. Al menos, eso sí lo cumpliría.

Llevábamos más de un año buscando a Dervo. La primavera nos encontró en las gargantas a los pies de los castros vetones, lejos de Tarte, lejos de Siseia. Los almendros y los manzanos debieron florecer por todos los vallejitos, pero yo ya no tenía ojos para las flores, solo para un rastro que poco a poco se iba diluyendo en el barro del camino.

Bregus y yo avanzamos como forajidos, cazando lo que pudimos, saqueando el resto: el dinero se había acabado. Llegamos hasta el mar, hasta Brigantia, el anhelado destino de Eumelo. Tampoco allí habían visto a un druida de pelo lacio y ojos grises, tristes.

Sin más ideas donde buscar, Bregus insistió en volver a la Galia. Decía que quizá Dervo había

decidido retomar su vida anterior, su formación. Yo, dentro de mi consternación, quise creerlo. En las ciudades galas en las que paramos no sabían nada de él, pero sí de la guerra. El conflicto entre bituriges y carnutes, lejos de enfriarse, había llegado a extremos nunca vistos. Así tuvimos noticias del estado de mi padre: Lucterio había sido herido de gravedad durante un enfrentamiento.

Cruzamos la muralla de nuestra ciudad sin que nadie nos reconociera. Ascendimos por la calle principal observando a nuestros conciudadanos: la vida seguía en Avaricon, aunque las consecuencias de una guerra interminable se hacían patentes en los rostros de los bituriges. Yo me fijaba en los arbustos que crecían entre el empedrado, en las casas achaparradas, en el modesto edificio que antaño llamara palacio.

—Suerte —dijo Bregus cuando alcanzamos la calle de su casa. Quería ver a su familia.

—Luego nos vemos... Y, Bregus —lo llamé y se volvió—. Gracias. Por todo.

Me regaló una sonrisa hosca de dientes enredados y se perdió entre las callejuelas. Antes de entrar en casa, me dirigí al bosque sagrado. Allí estaba el viejo roble, inalterable al paso del tiempo. Incluso las cornejas que jaleaban entre las hojas tiernas parecían las mismas. Una de ellas me recibió agitando sus alas y graznando sin parar. La ignoré. Sentada sobre las raíces del árbol había una niña.

El pulso se me disparó y me acerqué despacio, sin hacer ruido. Como un espía en mi propia casa. La observé: entrelazaba margaritas para hacer un collar. Tendría unos ocho o nueve años y era la viva imagen de madre, con sus bucles pajizos y unas simpáticas pecas moteando su nariz.

—Lucteria... —musité.

Ella pareció oírme, porque se volvió. Me miró con ojos verdes, miedosos, se levantó de un salto y corrió hacia el palacio.

—¡Lucteria, espera! —grité.

Desapareció por la portilla de atrás. Suspiré. Era imposible que Lucteria me reconociera, puesto que era un bebé cuando partí. Eso lo entendía. Pero inspirarla miedo...

Volví a la puerta principal, alejándome de la molesta corneja. En la fachada del palacio colgaban las cabezas embalsamadas de nuestros enemigos. Me sorprendió el número, mucho mayor que cuando abandoné Avaricon. Entré en mi antiguo hogar, y lo que vi en la sala me impactó aún más que el encuentro con Lucteria. Dos críos que apenas levantaban cinco palmos del suelo corrían medio desnudos de un extremo a otro. Segonia apareció por la puerta gritando, seguida de una sirvienta cargada de ropas.

—¡Segovesus! ¡Bellovesus! ¡Venid aquí ahora...!

Enmudeció al verme y se quedó parada en medio de la sala.

—¿Catus?

—Segonia. —Noté la emoción empañando mi voz—. Has engordado.

Ella sonrió. Era cierto. Mi hermana estaba más hermosa que nunca, con sus mejillas angulosas rellenas y coloradas de la carrera. Aunque ya no fuera la jovencita que dejé enfadada en Avaricon.

—Y tú has vuelto. Te has tomado tu tiempo —me reprochó.

Nos aproximamos el uno al otro y nos dimos un abrazo breve, contenido. Los niños habían parado de correr y me miraban curiosos.

—¿Quién es, *mater*? Parece un vagabundo —soltó uno de ellos.

Eran muy parecidos: rubísimos, con largos rizos cayendo despeinados sobre su rostro. Por suerte, no habían heredado la nariz aguileña de nuestra rama de la familia.

—Es el tío Ambicatus.

Los niños abrieron mucho los ojos, rodeándome como aves de presa, atosigándome a preguntas. Segonia hizo un gesto a la sirvienta, que se los llevó a rastras para intentar vestirlos.

—Enhorabuena. —Me hice oír tras los berridos de las pequeñas bestias.

—Catus. Padre... está muy enfermo.

—Lo sé.

Durante los días precedentes me había preparado para encontrar la desgracia asentada en mi hogar. Ver a Lucteria, a aquellos retoños de Segonia llenos de vida, había superado todas mis expectativas. Para bien.

Subimos a la planta de arriba y entramos en la misma habitación donde una década atrás presenciara la muerte de mi madre. Lucterio yacía en el camastro con los ojos cerrados. Su rostro se parecía más a las cabezas cortadas que decoraban el palacio que a la de un hombre vivo. Me acerqué unos pasos. No reaccionó. Aunque la habitación estaba impoluta y repleta de flores, un hedor insoportable flotaba en el ambiente.

—Lo hirieron en la última batalla, hace media luna.

—¿Carnutes? —Y sentí la vieja ira renacer en mí.

—Sí. Los druidas lo han cosido, lo cubren de emplastos y de brebajes, pero él ya va con Cernunnos. —Mi hermana negó con la cabeza. No detecté pesar en ella, solo certeza—. Está pudriéndose por dentro. Las fiebres se lo llevan.

Salimos. Segonia hablando sobre la salud de nuestro padre. Yo, tratando de asimilar lo que había ocurrido y lo que estaba por llegar. Pero a mí no me interesaba mi padre: era otra persona la que me atormentaba.

—Hermana, ¿ha vuelto Dervo por aquí? —La interrumpí.

—No. Desde que marchó contigo, no hemos sabido nada de él. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde has estado?

Deje escapar el aire viciado de mis pulmones y, con él, mis últimas esperanzas. Se me nubló la vista unos instantes y parpadeé. No estaba preparado para hablar de Dervo. Así que, según bajábamos a la cocina para comer algo, me dispuse a hablarle a mi hermana de Roma, de Tarquinio, Corinto, Tartessos... Pero comencé por la lanza.

—La has encontrado —dijo sin asombro, como si lo hubiera dado por hecho—. Pronto serás el rey de los bituriges y, después, quién sabe...

Me obligué a comer y pasé un pedazo de carne con un trago de sidra. El vino griego era excelente, pero había echado de menos la bebida que regó mi juventud. Sí, pronto sería rey. Di otro trago largo y pensé en Siseia. Debía volver a su lado, cumplir mi promesa. Como fuera.

Lucterio se consumía. Yo merodeaba por su cuarto y lo miraba con fijeza, tratando de discernir si su pecho aún se movía o si había muerto ya. En contraste, el salón principal de la casa y, sobre todo, el bosque sagrado, eran una fiesta continua. Mis sobrinos corrían, jugaban y reían como dos lobeznos recién salidos de la madriguera, ansiosos de ver mundo. Yo les contaba historias de tierras lejanas y no parecían saciarse nunca.

—¿Y las ballenas comen gente? ¿Viste sirenas? —preguntaba Segovesus, el más vivo de los mellizos.

—Las sirenas no existen —murmuraba su hermano Bellovesus.

Lucteria tardó en acostumbrarse a mí. Al principio me rehuía por el palacio y pasaba la mayor parte del tiempo en su habitación. Poco a poco, fue acercándose al viejo roble a escuchar mis cuentos mientras recogía dientes de león.

Se celebró un banquete en mi honor. Me reencontré con antiguos compañeros de armas y de juergas, aunque otros no estaban.

—Murió en la batalla del invierno pasado. Cuando los heduos se asociaron con los carnutes.

Me respondían cuando preguntaba por alguno de ellos. El desgaste de la guerra era obvio. La ciudad se caía a pedazos, la comida de los banquetes era mediocre y las armas de los guerreros, siempre colgando de sus cinturones, habían perdido su lustre.

—Padre nos ha llevado a la ruina —decía Segonia al amparo del hogar—. Debes sacarnos del pozo.

Su marido Casticus asentía, con la esperanza refulgiendo en su rostro. Yo quería protestar, decirles que debía volver a Tartessos cuanto antes. Pero no podía marchar con padre así.

No todos parecieron alegrarse de mi regreso. Orgeticus, uno de los guerreros más veteranos y mano derecha de mi padre, estaba empeñado en proseguir la lucha. Aprovechaba cada pausa en mis narraciones para incidir en mi ausencia durante aquellos años tan duros, en los que mi padre no había retrocedido ni un palmo. El soldurio de Lucterio se enorgullecía de haber salido gravemente herido tratando de protegerlo en la última batalla. Yo le escuchaba con rabia contenida, evitando el enfrentamiento con un hombre que, sabía, gozaba de popularidad entre los bituriges.

Un día entré en la habitación de padre, como todas las mañanas. Su respiración era un silbido apenas audible. Me acerqué a su jergón y observé su calavera demacrada. No había sido el mejor padre, no. Recé a Esus para que, si algún día yo tenía hijos, no repitiera sus mismos errores.

De pronto, los ojos de Lucterio se abrieron. Recorrieron el techo y se clavaron en mí. Me acuclillé junto a él para escuchar. Esperaba un reproche, una bronca. Solo oía su respiración sibilante. Pensé en disculparme, en decirle que yo vengaría su muerte y enfrentaría a los carnutes. Cuando fui a hablar, su aliento se había detenido. Sus ojos estaban fijos en mí, pero ya no veía.

Incineramos a padre y lo enterramos con grandes honores, junto a su carro de guerra, sus armas y sus joyas. Yacería en el túmulo central de la necrópolis de Avaricon, en una colina próxima a la ciudad, lejos de las aguas infectas del pantano.

Durante los días de luto, la tensión se apoderó de Avaricon. Las gentes susurraban al verme y los corrillos se deshacían a mi paso. Podía mascar la conspiración y redoblé la guardia en palacio. Recordé al zorro de Tarquinio y a los desheredados hijos de Anco Marcio. Los dioses habían querido que yo sí estuviera presente a la muerte de mi padre para reclamar el trono. Si hubiera regresado una luna más tarde, pensaba, Segonia tendría que haber enfrentado sola a Orgeticus.

—¿Qué vas a hacer con él? —me preguntaba mi hermana, siempre práctica.

Los bituriges teníamos reyes pero, a diferencia de otros reinos, el primogénito no tenía por qué suceder siempre a su padre. Muy a menudo se alzaba un familiar más capaz, o incluso un guerrero respetable de otra familia noble. A veces, este ascenso al trono ocurría de forma natural. Otras, se convertía en una auténtica guerra fratricida.

—Soy el hijo de Lucterio. Y tengo la lanza.

—Rezo a Esus para que sea suficiente —murmuraba ella.

Yo pensaba que no lo era y callaba, sumido en mis cavilaciones, en mis planes.



XVIII - GRAJA

Primero me reuní con los druidas. Trougo seguía siendo el sacerdote principal de Avaricon. Lo conocía desde la infancia y sabía que sería fiel a mi familia. Por otro lado, su edad avanzada podría ser un impedimento para mi plan.

—¿Qué querías enseñarnos, Ambicatus? —dijo cuando lo convoqué junto a los otros tres druidas de los bituriges.

—He aprendido mucho durante mis viajes —empecé, invitándolos a sentarse bajo el roble—. Nunca alcanzaré vuestra sabiduría, pero de cada pueblo que he visitado extraje lecciones. Dervo, mi querido amigo y vuestro compañero y pupilo, aprendió mucho más.

Los druidas asintieron con gravedad. En mi versión de la historia, habíamos sufrido un ataque de unos bandidos y nos dispersamos. Dije que Bregus y yo no pudimos reencontrarnos con Dervo, pero que mantenía la esperanza de que estuviera vivo, en algún sitio. Cada vez que repetía la patraña, el nudo del estómago se me hacía más grueso, más pesado.

—Dervo aprendió a trazar las palabras, a grabarlas en tablillas y en papiros, como hacen los

griegos y los romanos. A escribir. —Noté las miradas nerviosas de los druidas. Debía avanzar con tacto—. Él quería utilizar todo ese conocimiento en favor de la casta sacerdotal. Yo soy de la misma opinión. Los druidas sois los custodios del saber, y debéis dosificarlo para que todo vuestro pueblo pueda valerse de él.

Hubo murmullos de aprobación entre los tres druidas jóvenes. Trougo, sin embargo, mantenía su semblante serio, los dedos largos como ramas de sauce entrelazados bajo su barbilla.

—¿Acaso quieres que aprendamos a escribir?

—No a escribir como lo hacen los griegos, no. Dervo inventó un sistema propio. —Desenvolví las tablillas de arcilla de Dervo y se las mostré—. Yo no sé en qué consiste, pero confío en que vosotros sabréis mantener su legado.

Los druidas tomaron las tablillas y las inspeccionaron entre murmullos. Al cabo, intercambiaron rápidos gestos con las manos, reproduciendo los símbolos que Dervo había trazado. Asintieron. Habían entendido el método de Dervo. Solo faltaba que apreciaran su utilidad.

—Lo estudiaremos —resolvió Trougo al fin, guardando las tablillas.

—Me alegra mucho oírlo. Los bituriges, más que nunca, necesitamos de los druidas. Nuestros sacerdotes no tienen nada que envidiar del supuesto poder de Roudix. —La sola mención del druida de los carnutes hizo que el roble estremeciera sus hojas y las cornejas graznaran.

—Esus te escuche —murmuró Trougo alzando la vista.

Después, me fui reuniendo con los nobles con la excusa de ponernos al día. Yo tanteaba su predisposición, les hablaba de mis planes para engrandecer nuestro pueblo y del papel que ellos jugarían.

—El torno de alfarero es un mecanismo bastante sencillo —le decía a Astero, dueño del taller de alfarería más próspero de la región. Dibujaba con mi puñal sobre la tierra, tratando de explicarle el funcionamiento de aquella herramienta que conociera en Corinto—. Podrías producir más rápido y mejorar también la calidad. Imagínate, exportar a toda la Galia.

Astero asentía, primero receloso, interesado después.

—¿Podríamos conseguir uno de esos tornos?

—Te conseguiré tornos y cerámicas áticas —respondí—. Tengo al hombre indicado.

Me habían contado que Boudo, nuestro intérprete de latín durante el viaje a Roma, pasó varias veces por Avaricon. Lo hice llamar para que llevara el pago de Aruns hasta Etruria, pero tenía más tareas para el ligur, y puede que también para el capitán.

Acabada la luna de luto, convoqué la ceremonia de coronación. El día amaneció muy cálido para finales de primavera. Una extraña calima velaba el cielo y me trajo recuerdos de Libia.

Fui el primero en llegar al *nemeton*. Alcé la vista para leer en el vuelo de las aves lo que estaba por ocurrir, pero no se oían ni los sempiternos silbidos de los vencejos. Una graja de plumas mustias me miraba desde la rama más baja del roble, girando la cabeza, como si me valorara. Deseé ser druida para saber si aquel silencio era una señal.

Los primeros curiosos, niños en su mayoría, fueron tomando posiciones para asistir a una

jornada que prometía ser de todo menos tranquila. También mi familia llegó pronto: Segonia, su marido Casticus y Belkos, el padre de este y caudillo de los secuanos. El apoyo de Belkos era fundamental. Desde tiempos inmemoriales, los secuanos habían sido presionados por sus vecinos orientales, los belgas, por lo que les interesaba la pacificación del resto de sus fronteras.

Según el sol escalaba tras los bosques, se fueron personando las élites: guerreros, hombres poderosos respaldados por una amplia clientela de familiares y súbditos, propietarios de tierras y haciendas próximas a Avaricon y a los otros castros menores de los bituriges. Orgeticus entre ellos.

El que fuera segundo de mi padre me dirigió una mirada amenazante que hablaba por sí sola. Iba a presentar batalla.

De pronto, los cuchicheos cesaron. El público hizo un pasillo y, para mi asombro, vi llegar a Dumnorix. El rey de los heduos. Conocía a aquel arrogante joven de algunas ceremonias conjuntas, antes de que los heduos se aliaran con los carnutes, convirtiéndose así en enemigos. Dumnorix ya no era un muchacho, sino un hombre alto y fornido, rubísimo y con la tez roja. Avanzaba con la cabeza bien alta, ponderando nuestras vestimentas raídas, nuestras murallas enclenques. Me prometí castigar a quien le hubiera dejado traspasar las puertas de Avaricon sin avisarme.

—Bienvenido a tierras bituriges, Dumnorix —saludé esforzándome en ser cordial. No era un día para ensalzar viejas trifulcas.

—Ambicatus. Mis condolencias por la muerte de Lucterio. Era un gran guerrero. —Inclinó la cabeza con levedad, y luego sus labios, gruesos como gusanos, se torcieron en una mueca—. Pensé que habías huido de la guerra para siempre.

—A veces hay que alejarse de los árboles para ver dónde acaba el bosque.

Dumnorix agitó la mano y tras él apareció una mujer. Era su viva imagen: grande, rubia, colorada. Me dedicó una sonrisa desconcertante que no supe si catalogar de tímida o descarada.

—Déjame que te presente a Bitila, mi hermana. Por alguna razón, ardía en deseos de conocer Avaricon.

La llegada de los druidas dio por terminada la conversación. Trougo, como sacerdote mayor, presidiría la ceremonia. Dedicó unas palabras en honor a mi padre y prosiguió hablando del pueblo biturige, de los dioses y de los druidas. Me aseguré de toparme varias veces con sus ojos entrecerrados, velados por la edad.

—Necesitamos un líder fuerte, como lo fue Lucterio, que respete a los dioses y que devuelva a Avaricon la prosperidad de los viejos tiempos. ¿Quién se presenta ante Teutates, el protector del pueblo, como futuro rey?

Avancé unos pasos hacia el gran roble. Un murmullo de asentimiento sacudió al público. Entonces, ocurrió lo inevitable.

—Yo, Orgeticus, me presento ante Teutates y el pueblo biturige para acabar la guerra que nos consume y cumplir la última voluntad de Lucterio. ¿Quién mejor que yo, su soldurio, que he combatido a su lado cada batalla? Que he cubierto su flanco hasta el final, guerreado a los carnutes, a los heduos —dijo mirando a Dumnorix— y a todo aquel que ha osado amenazar a nuestro pueblo.

Sus partidarios, los guerreros más veteranos y muchos jóvenes ávidos de sangre, lo vitorearon. Los gritos contra nuestros enemigos se alzaron en aquella mañana asfixiante y las grajas se unieron a la algarabía, esperando un sacrificio que aún tardaría en cegarlas.

Orgeticus renqueó hasta el árbol y se posicionó a mi lado, encarándome con su rostro feroz, surcado de cicatrices. Era más alto que yo y me miraba por encima del hombro.

—¿Qué tiene que alegrar Ambicatus, heredero de Lucterio? —Trougo trataba de hacerse oír tras el griterío.

Era mi turno. Recordé el brillante discurso de Tarquinio frente al pueblo romano y deseé tener su labia. Dirigí una breve plegaria a Ogmios, el dios de la elocuencia, y me adelanté un paso hacia el público.

—Yo soy el hijo de Lucterio. Me he criado en esta guerra: luché a vuestro lado en Felsna, cuando aún no contaba ni catorce años. —Recorrí con la mirada a los veteranos—. Hemos peleado codo con codo en Etruria, en Bélgica. Defendí estos muros aquel aciago Samonii, cuando los carnutes nos atacaron. Esa noche perdí a mi madre, así como vosotros perdisteis a amigos, padres, hijos. También estuve en el lecho de muerte de mi padre, viendo como una horrible herida lo consumía, la misma herida que carcome a nuestro pueblo desde hace décadas.

—Lo viste morir, pero no estuviste allí para evitarlo —me cortó Orgeticus—. No has estado en Avaricon en seis años. ¡Seis! Abandonaste a tu padre, a tu pueblo, huiste para viajar y disfrutar del vino griego, para relajarte en la corte romana con esos asquerosos etruscos mientras nosotros nos partíamos el espinazo por nuestra tierra, mientras yo ofrecía mi vida por él. —Se señaló la cicatriz del cuello y escupió al suelo, muy cerca de mis pies. Fui a replicar, pero él continuó—. Ni siquiera fuiste capaz de defender a tu amigo Dervo. ¿Cómo vas a proteger a todo un pueblo en guerra? Seguro que ya no te acuerdas ni de empuñar un arma.

Noté la sangre bombeando en mis sienes, el aire tornándose irrespirable a mi alrededor. La sola mención de Dervo me disparaba el pulso. Estiré la mandíbula agarrotada, consciente de que Orgeticus estaba consiguiendo lo que se proponía: sacarme de mis casillas. No debía darle ese placer.

Inspiré hondo e hice un gesto a Bregus. Mi amigo presenciaba la escena entre los guerreros, junto a su padre. Se acercó y me tendió la lanza envuelta en una hermosa tela dorada. Los asistentes, que hasta hacía un momento murmuraban aprobando las palabras de Orgeticus, callaron.

—Esta es la razón de que me ausentara durante tanto tiempo —dije. Alcé el objeto sagrado para que todos pudieran verlo. Hice amago de destaparlo y coseché las miradas del público. Volví a bajar la lanza, aún oculta. Me había ganado toda su atención—. He cruzado las tierras de los etruscos, de los latinos, los sabinos, he cruzado el mar hasta Corinto y recorrido la lejana costa de Libia. He luchado contra piratas fenicios y desembarcado en la floreciente Cartago. He sido un invitado del riquísimo rey de Tartessos, he atravesado las cumbres de los vetones, los campos de cereal de los vacceos, hasta el último confín de la tierra en Brigantia. Sí —añadí mirando a Orgeticus—, he perdido a mi más querido amigo en el viaje, pero a veces los dioses requieren sacrificios. —Me volví de nuevo hacia el público y alcé la voz—. Y cada amanecer, cada vez que cerraba los ojos en esas tierras lejanas, deseaba encontrar este objeto para poder volver a mi tierra y liberarla del mal que la corrompe. Y aquí está.

—¿Qué es? —gritó alguien.

—¡Muéstralo! —dijo otro.

Era el momento. Despacio, con ceremonia, retiré la tela que envolvía la lanza. Una capa tras otra, descubriendo primero el mango raído por las eras. La muchedumbre se empujaba para acercarse un poco más al objeto, para verlo mejor. Tiré del último pliegue y el filo de la lanza brilló bajo el sol primaveral a pesar de la neblina, arrancando exclamaciones de asombro entre

los presentes.

—¡La lanza de Lugus! —grité.

Los bituriges enloquecieron. Unos voceaban que aquello era imposible, que la lanza estaba perdida. Otros me interrogaban sobre su paradero. El bosque sagrado se convirtió en una marea de gente que pugnaba por tocar aquella arma legendaria. Retrocedí unos pasos alejándome de la maraña de manos y mi espalda chocó contra el tronco del roble. Las grajas aletearon.

Trougo, con los ojos muy abiertos, se acercó para inspeccionarla.

—La lanza... —Sus dedos recorrieron los grabados con el símbolo de Lugus.

Se la estaba tendiendo al druida cuando Orgeticus extendió el brazo y aferró el extremo próximo al filo.

—¡Déjame verla! —gruñó—. No puede ser la verdadera lanza.

Cerré las manos alrededor del mango como un cepo y clavé mis ojos en los del guerrero.

—Suéltala, Orgeticus. No lo diré más veces.

—¡Jodido crío! —Escupió de nuevo, esta vez en mi cara—. ¡No necesitas una lanza si no sabes usarla!

Sentí el crujido de los dientes bajo la presión de mi mandíbula y ya no oí nada. Ni los gritos del público, ni los intentos de Bregus y Casticus por pacificarlos, ni los ruegos de Trougo, ni las imprecaciones de Orgeticus. Solo la sangre galopando en mis venas.

Empujé el mango con todo mi cuerpo y el filo se clavó en el vientre de Orgeticus. El guerrero no lo vio venir y, cuando trató de frenar la lanza, sus manos ya no respondían. Se miró la herida con asombro según su camisa se teñía de rojo.

—¿Cómo te atreves...? —Logré escuchar tras el griterío.

Trastabilló hacia atrás y aproveché para extraer la punta de sus entrañas. Orgeticus se desplomó y, entonces sí, el silencio volvió a apoderarse del *nemeton*. Todos me miraban con estupor.

Di un paso al frente. Pasé la mano por el filo de la lanza, mezclando mi sangre con la de mi rival, y me impregné el rostro.

—¡Esta será la última sangre gala que derramamos! —grité—. ¡La era de masacrarse entre hermanos ha muerto con Orgeticus! ¡Vienen tiempos de paz, tiempos de bonanza! Yo, Ambicatus, rey de los bituriges, juro por los tres dioses de la noche que pacificaré la Galia bajo mi único mando, bajo la lanza de Lugus.

—¡Por Lugus! —respondió Bregus.

—¡Por Ambicatus! —gritaron Segonia, Casticus, Belkos, Astero.

—¡Por Lugus! ¡Por Ambicatus! —Fue uniéndose el resto, hombres y grajas, hasta que todo el bosque sagrado clamó por el gran dios. Y por mí. Clamaban por mí.



XIX - VIENTO

A la ceremonia de coronación le siguió un banquete. Nadie mencionó lo ocurrido con Orgeticus, como si ya formara parte de ese pasado que queríamos dejar atrás. Aunque era consciente de que no todos lo habían hecho: los jóvenes sedientos de sangre se quejarían a sus padres en casa y las viejas glorias aún se reunirían en algún vericuerdo del bosque a conspirar. Pero ya no me preocupaban.

Yo hablaba y hablaba sobre agricultura, comercio, alfarería y vías de comunicación. Sobre devolver la gloria a los druidas, crear una prestigiosa academia donde todos los pupilos de la Galia podrían formarse juntos, en comunión. Mis oyentes, muchos de ellos antiguos partidarios de mi rival, asentían ya tragándose sus recelos.

—Y, Ambicatus, ¿cómo dices que vas a conseguir la paz con el resto de tribus? —preguntó Dumnorix.

—¡Tiene la lanza! —dijo Bregus con su sonrisa enmarañada. Estaba en su ambiente, comiendo y bebiendo sin control.

—Eso no es suficiente para todo el mundo —respondió el rey heduo.

—Aunque lleve un tiempo fuera, Dumnorix, conozco esta tierra. Es más, creo que el propio hecho de salir de la Galia me ha ayudado a comprender nuestros problemas. Arrastramos una cadena de odio desde hace generaciones —dije parafraseando a Dervo—. Nadie sabe realmente por qué los carnutes y los bituriges nos odiamos, o por qué los heduos y los caturiges lucháis sin cuartel. No me cuentes historias de muertos y cosechas quemadas, Dumnorix —atajé cuando fue a intervenir—. Solo sé que debe parar, y alguien tiene que ser el primero. Seamos nosotros. Olvidemos antiguas querellas y busquemos la paz en nuestras fronteras, en beneficio de todos. Si hay que rapiñar, que sea contra pueblos que no compartan la misma lengua, los mismos dioses y la misma sangre.

Los comensales asintieron. Muchos tenían abuelos, primos e incluso hermanos y consortes en las otras tribus. Buscar pareja fuera de la ciudad era una costumbre bien instaurada antes de la guerra, y aún se mantenía con pueblos amigos como los secuanos, como era el caso de mi cuñado Casticus.

—Insisto. ¿Crees que las buenas intenciones son suficientes?

Dumnorix se sentaba muy próximo a mí, entre Belkos y su hermana. Bitila desviaba la vista cada vez que, al mirar en su dirección, me topaba con sus ojos azules, muy pequeños pero vivos. El heduo tramaba algo. Su padre siempre había sabido ventear la brisa, posicionarse con unos u otros para sacar el máximo beneficio para su tribu. En pocos años consiguió que Lugodunom, su capital, pasase de ser una colina perdida en mitad del bosque a un gran centro metalúrgico. No era casualidad que viniera a Avaricon a la muerte de mi padre. El joven rey también sabía oler la carroña desde la distancia.

—Ya habrá tiempo de negociar cada pacto, amigo. Hoy es un día de celebración.

Era ya tarde cuando se retiraron los invitados. Salí al bosque sagrado, aún con el cuerno de cerveza en la mano, e inspiré el aire tibio. Un aroma a flores dormidas flotaba entre los robles. Abajo, en el pantano, las ranas croaban.

—Siempre supe que mi hermanito se ganaría el trono con sangre.

Segonia se acercaba a paso lento, como si desfilara para las polillas.

—No era mi intención matarlo —salté. Mi hermana sabía bien cómo crisparme.

—Lo sé. Pero tendrás que aprender a contenerte si quieres liderar a los pueblos hacia la paz.

—Disimuló una sonrisa.

Se apoyó conmigo en un tronco retorcido y escuchamos la noche en silencio.

—Te hemos echado de menos. Han sido difíciles, estos años. Primero Lucteria, los mellizos después. Lo de padre... —Su rostro se ensombreció.

—Estoy contigo, Segonia. Conseguiremos la paz. Lucteria y tus hijos vivirán en un hogar seguro, sin temor a que cualquier noche el enemigo prenda fuego a su ciudad o envenene su agua. Crecerán grandes y fuertes porque el trigo y la carne no faltarán nunca. Quien sabe, quizá aprendan a escribir, viajen a tierras lejanas, se conviertan en druidas importantes.

—¿En druidas? —Esta vez rio abiertamente y las grajas que dormían en el roble se removieron—. ¿Segovesus y Bellovesus? Solo piensan en aprender ya a montar a caballo y usar la espada.

—Quien sabe, Segonia. La gente cambia.

—Tú no has cambiado.

—¿No?

Me volví hacia ella, sorprendido. Después de todo lo que había vivido, los lugares, las gentes. Después de la traición de Tanaquil, de la promesa de amor de Siseia; después de aprender a respetar a Aresio y de perder a Dervo... No. Mi hermana estaba equivocada. Todo eso me había cambiado, para bien.

—¿Qué harás ahora? —Me preguntó al cabo.

—Reafirmar mi trono aquí. Aunque algunos asientan a mis palabras, sé que aún no están convencidos. Quiero que el cambio empiece por Avaricon. Primero reforzaremos la muralla, limpiaremos las calles y el empedrado. Mandaré traer tornos de alfarero de Grecia, ánforas y otros utensilios que mejorarán nuestra vida. Mientras, iré estableciendo contacto con los líderes de los pueblos. Necesito saber qué buscan, forjar alianzas —dije atropellado, acompañando mis palabras de pasos rápidos por el jardín.

—Cualquiera diría que tienes prisa.

—Segonia... —La miré durante unos instantes, dubitativo—. Me quedó algo pendiente en Tartessos. Tengo que volver.

—¿Te vas a ir ahora? —Sus ojos se encendieron.

—No, no. Solo marcharé cuando todo esté asentado en Avaricon. La primavera que viene, quizá. Cuando pueda navegar por el estrecho. Confío en que sea rápido y pueda volver pronto.

—¿Y se puede saber qué hay en Tartessos que justifique que un rey abandone a su pueblo nada más ser coronado? ¿Oro? ¿Más lanzas o artefactos mágicos? —Bajé la vista, negando. Sabía que la respuesta sonaría estúpida a oídos de mi hermana—. ¿Una mujer...?

—Se llama Siseia. Es la hija de Argantonio. Ella es... —No me salieron las palabras.

Segonia negó varias veces con la cabeza, hasta que su ceño se relajó y me dedicó una sonrisa, sincera al fin.

—Catus... te has enamorado.

—Así es, hermanita. Así es. —Suspiré y alcé la vista al cielo.

—Entonces tendrás que ir a Tartessos. Pero Catus. —volvió a fruncir el ceño y me preparé para un sermón—. Cuando vuelvas, tráela. Vuelve con una reina.

Segonia me dedicó una caricia torpe, tan extraña en ella, y desapareció entre los árboles dejándome solo. Hasta las ranas se habían silenciado y las grajas dormían tranquilas de nuevo. Esos pájaros me recordaban a Dervo. En especial el ejemplar viejo, el que acostumbraba a increparme cada vez que me acercaba al árbol. Aparté el recuerdo de mi amigo y me recreé en el hermoso futuro que ya estábamos tejiendo, en mi próximo viaje a Tartessos.

—Ya voy, Siseia —murmuré—. Prometo llegar para ver juntos la primavera.

Dumnorix no se hizo esperar y, al día siguiente, volvió a la carga. Lo recibí en el salón del palacio.

—Hedua no será vasalla de nadie —me soltó como saludo.

—No es mi intención destituir a ningún rey. Solo quiero liderar el cambio. Una liga, una

confederación.

—Ambicatus, no quiero andarme con más rodeos. Puede que lo que digas tenga algún sentido y no pienso quedarme fuera de esto.

—¿Qué quieres? —me levanté de mi trono y me acerqué despacio, hasta que quedamos frente a frente. El heduo no pareció turbarse.

—Lo primero, que desposes a Bitila.

—No lo dices en serio —acerté a responder, dando un paso atrás.

—¿Desprecias a mi hermana?

—No, no, por Esus que no. Bitila es una mujer... magnífica —me apresuré a tranquilizarlo—. Solo que... es imposible.

—No es negociable, Ambicatus. Y es solo el primero de mis requisitos.

Detuve mis paseos frenéticos por el salón y me senté en el trono. Tomé aire despacio.

—Oigamos esos requisitos, pues.

Dumnorix se perdió en una enumeración de exigencias, a cada cual más descabellada. Tributos, reparto de botines en razias, liderazgo compartido, celebraciones, futuros casamientos entre familias... En algún momento dejé de escucharlo, y mi mente voló a la orilla de un río en los confines del mundo. No. No podía desposar a Bitila.

—Vale, vale —corté—. Me parece razonable. Necesito hablarlo con mi gente y pronto te daré una respuesta.

—No tardes, Ambicatus. Hedua no esperará por siempre. El viento puede cambiar —dijo mientras se encaminaba hacia la puerta.

—Yo soy el viento —murmuré antes de perderlo de vista—. Yo soy el viento.

Avaricon, invierno del año 610 a.C.

—Tío, cuéntanos la historia de los barcos fenicios. De cuando remaste en el Furia de... Furia de... —me pedía el pequeño Bellovesus mientras asábamos manzanas en el hogar de palacio.

—El Furia de Nethuns, como el dios del mar etrusco —le ayudó Lucteria—. Pero esa historia ya la contó antes de ayer. Mejor háganos de Tartessos, del rey Argantonio y las princesas.

—No sé, no sé... ¡Venga! Os voy a contar cómo cazó el gran Argantonio a un uro gigante.

—¿Y se hizo una capa con él? —intervino Segovesus, que pinchaba las ascuas con el atizador levantando chispas. Una le cayó en la cara y el crío chilló, pero volvió al ataque al momento. A ese ritmo, se convertiría en un guerrero imparable.

—Sí, se hizo una capa con la que podría envolveros a los tres, y aún sobraría pellejo.

Me abalancé sobre ellos y los niños se zafaron entre carcajadas. Lucteria se sumó con su risa aguda y delicada. A mi hermana pequeña le había llevado varias lunas acostumbrarse a mí, pero ya me buscaba con asiduidad, pidiéndome historias, canciones. A sus nueve años, Lucteria era una niña de pelo pajizo y piel blanquísima, preciosa. O eso me parecía a mí.

Era tan liviana, tan tenue su presencia, que cuando paseaba por el jardín seguida por las grajas parecía un espíritu, como los que transitan por el mundo de los vivos durante las tres noches de Samonii. Lucteria también era curiosa e inteligente, como Segonia. Pensé que en pocos años todos los muchachos de Avaricon se pelearían por ella.

En ese momento escuchamos pisadas. Bregus apareció en la sala cubierto de nieve. Traía el casco en la mano y portaba todas sus armas.

—Catus —dijo con la respiración sofocada.

Aparté a Bellovesus de mis rodillas y les dediqué a los niños una mirada de disculpa.

—¿Los carnutes otra vez? —preguntó Lucteria en un hilo de voz. La sola mención de la tribu enemiga hacía que la niña se estremeciera.

Bregus asintió, la nieve desprendiéndose de su capa al calor del hogar.

—¿Cuándo podremos luchar contra los carnutes? —Segovesus se levantó de un salto, esgrimiendo el atizador. Su hermano lo imitó con el espetón de las manzanas, ya doradas y listas para comer.

—Espero que nunca, chicos. Espero que nunca.

Seguí a mi amigo por las estancias del palacio mientras me explicaba los detalles del nuevo ataque. Durante las últimas lunas, los enfrentamientos con nuestros enemigos norteños se habían recrudecido. Mientras los líderes del resto de pueblos vecinos habían acudido a mis convocatorias en Avaricon, Tasgetius seguía enrocado. Ninguno de los emisarios enviados a Cenabum, la capital carnute, había regresado. Lo cual era una respuesta rotunda a mis propuestas de paz.

—Se están quedando solos. Se quedan solos y, aun así, se niegan a parlamentar —dije con rabia.

Los senones, la tribu más poderosa del norte, se adhirieron al pacto aquel verano, cuando celebramos juntos el Lugnasad y varias de las familias de los guerreros quedaron unidas por matrimonio, incluido Bregus. Los parisios, un pueblo menor, pronto los siguió.

—Si convenciéramos a los aulercos... —dijo Bregus.

—Los aulercos dicen que no atacarán a los carnutes. Tampoco a nosotros. Es cuestión de tiempo que cedan, pero no son tontos. No pueden quedarse aislados, con el mar al norte y los carnutes al sur. —Entramos a los establos. Aunque adoraba a mi caballo marismeño, regalo de Argantonio, sus cascos blandos y su fino pelaje eran un problema durante el invierno galo. Elegí un bretón negro, más adecuado para aquel clima—. Me preocupan los heduos. Si sufrimos otra derrota...

—Deberías responder ya a Dumnorix, Catus. Si nos traiciona, todo el pacto se derrumbará.

Montamos y descendimos por la calle principal. Los guerreros se nos fueron uniendo: algunos a caballo, la mayoría a pie. Sus rostros preocupados, cansados, eran vivo reflejo del mío. Miré hacia arriba y el viento, cargado de copos diminutos, cortaba la piel. La primavera se me antojaba lejana.

—No puedo, amigo. No puedo.

Ya era tarde cuando alcanzamos la hacienda que había pedido ayuda. Los edificios humeaban, no había rastro del ganado ni del grano. Los granjeros que no habían muerto defendiendo su hogar colgaban de los árboles, balanceándose con la brisa. Seguimos las huellas del enemigo por la nieve fresca hasta que desaparecieron. Como si Taranis velara por ellos.

—¿Dónde cojones...?

La nieve crujió bajo mis pies y miré al suelo. Entonces todo se volvió blanco y sentí un filo

rasgando mi coraza de cuero, hacia arriba, cortando mi piel hasta que un ruido metálico resonó en mi cabeza y caí hacia atrás. El caos se apoderó de nuestras tropas. Los carnutes emergieron de la nieve como demonios, gritando, sajando con sus espadas la carne de los bituriges. Bregus me protegió hasta que pude incorporarme y desenvainar la espada. Traté de socorrer a uno de mis guardias, pero no llegué a tiempo. Un carnute aún cubierto de nieve le abrió la garganta. Lo alcancé en un brazo y lo rematé hundiendo la espada en su vientre. Pero había más carnutes. Muchos más. Y nosotros, cada vez menos.

—¡Retirada! —bramé—. ¡Hacia los caballos!

Escapamos por poco de aquella trampa. Perdimos a un tercio de los guerreros, y otros tantos presentaban heridas de consideración. Para cuando llegaron los refuerzos secuanos, los supervivientes tiritábamos de frío y rabia en Avaricon.

—Vas a hacer que te maten —me reprendió Segonia.

Uno de los druidas jóvenes me inspeccionaba la herida, ya en palacio. La espada se dirigía a mi cuello, pero el torque de oro la paró y el filo apenas rasgó mi clavícula.

—Es lo que tiene la guerra. Cuando te pones el casco, no sabes si esa será tu última batalla —me encogí de hombros y noté el dolor fustigándome el pecho, descendiendo por mi columna vertebral.

—Van a por ti, Catus —dijo Bregus. Él también tenía alguna herida—. Es obvio.

—No deberías participar en batallas, y menos en incursiones menores —continuó Segonia.

—¿Tú te estás oyendo? —me revolví, apartando al druida que me limpiaba la sangre—. ¿Crees que puedo permitirme no ir con mis guerreros? ¿Te has planteado qué pensarían de mí?

—Ni Tasgetius ni su hijo pisan el campo de batalla y no veo que sus hombres los cuestionen.

—¡Esos carnutes no tienen honor! —rugí—. Lo dejaron bien claro aquella noche de Samonii.

En ese momento, Lucteria apareció por la escalera y corrió hacia nosotros.

—¡Tío! ¡Estás sangrando! —Su rostro estaba aún más pálido de lo normal. Empezó a llorar—. Tío Catus, no te mueras. No te vayas otra vez.

—¡Lucteria, a tu cuarto!

Segonia se acercó a la muchacha que, más que su hermana pequeña, era su hija. Pero Lucteria se aferraba a mí con fuerza, mirándome con ojos repletos de lágrimas.

—No pasa nada, hermanita. Es solo un corte. —La rodeé con el brazo sano y acaricié su cabello—. Estoy bien. Siempre estaré contigo.

—¿Lo prometes? —musitó ahogada en sollozos.

El silencio invadió la sala y solo se oía el aullido del viento colándose entre los sillares. Todos me miraban y yo, tragando saliva, olvidado ya el dolor de la herida y mi rencor hacia los carnutes, respondí lo que todos querían oír:

—Lo prometo, Lucteria. Lo prometo.



XX - HUMO

Avaricon, mitad del verano del año 609 a.C.

Siempre había adorado la fiesta del Lugnasad. Las gentes de toda la región acudían a Avaricon con brazadas de heno y flores que extendían por las calles. La música invadía cada rincón de la ciudad y las muchachas bailaban sinuosas al son de la flauta, taconeando los hombres a ritmo de tambor. Y no había rastro del mugido del *carnyx*, porque Lugnasad era sinónimo de paz. De unión.

Yo soñé que estaba en nuestra casita de invitados en Tarte, mientras Dervo y Aresio charlaban animados y escribían en sus tablillas. Soñé que debía apresurarme para acudir a mi cita con Siseia. Me desperté confuso, con el corazón desbocado como una manada de uros. La realidad me golpeó tan fuerte que me faltó el aire y sentí una náusea.

No vomité, pero las lágrimas afloraron en mis ojos por primera vez desde la marcha de Dervo. Libres, abundantes.

Cuando ya no me quedaba más agua en el cuerpo, me vestí con el traje que me habían tejido

las hilanderas más ancianas de la ciudad y me calcé mis mejores botas. Bajé a las cocinas a desayunar.

—¡Tío Catus, tío Catus! —gritaban los mellizos a coro—. ¡Hoy te casas!

—¡Con una vaca! —añadió Segovesus riendo.

La sirvienta, que intentaba que los niños terminaran el desayuno, esbozó una mueca severa que el crío ignoró.

—Sí, Sego, sí. Hoy me caso con una vaca —accedí para su regocijo. No tenía fuerzas para reprenderlos. Ese día no—. Pero que no os oiga, porque entonces os pegará una cornada. A partir de ahora vivirá con nosotros. Debéis ser educados con ella.

—¿Aquí, en palacio? —Bellovesus abrió los ojos, consternado.

Asentí y marché con las manos vacías. El olor de la carne recién ahumada me había revuelto el estómago.

El casamiento tendría lugar al atardecer a las afueras de Avaricon. Era la única ceremonia del año que no celebrábamos en el *nemeton* del gran roble, porque acudía tanta gente que no cabíamos.

Busqué a Bregus para hacer tiempo con él hasta que llegara la hora. Mi amigo vivía entonces en una casa nueva, muy cerca del palacio. Contrajo matrimonio el Lugnasad del año anterior con una muchacha senona. Bel era una mujer de buena familia, resultona y con sentido del humor. Estaba encinta y Bregus, feliz y orgulloso.

—¡Que no me entere yo de que miras a mujeres más delgadas! —gritó Bel, dándose unas palmadas en el vientre abultado.

—Ya me encargo de vendarle los ojos, entonces —le seguí la broma.

Entre risas, nos dirigimos a la taberna. El viejo Magu había llenado la plaza de barricas y sus hijas y nietas se afanaban en llenar los cuernos de los clientes.

—Tengo mucha suerte con Bel —dijo mi amigo tras el segundo trago. Debía estar realmente convencido, porque sus ojos no se habían detenido en el abundante busto de la nieta del mesonero—. Espero que tú también la tengas con Bitila. Aunque no es lo que querías, los dioses lo han dispuesto así.

—Los dioses lo han dispuesto así —convine. Di un trago largo y alcé el cuerno—. ¡Por los matrimonios felices!

—¡Por los matrimonios felices!

Al atardecer seguimos a la marabunta que abandonaba los muros de la ciudad en dirección al campo. Quien aún no me había felicitado por mi próximo casamiento, aprovechó durante la procesión. Fui de los últimos en llegar al claro.

Allí me recibieron las miradas de reprobación de Dumnorix, Segonia y la mismísima Bitila. Mi prometida vestía una saya blanca y fina que evidenciaba aún más sus carnes desproporcionadas. Me vino a la mente la imagen de una vaca. Reprimí la mueca y sonreí.

—Comencemos —indicó Trougo.

El druida alzó los brazos acallando al gentío. Paseé la mirada por el centro del claro. Una veintena de parejas esperaban para hacer efectiva su unión a ojos de los dioses. A la sombra de los árboles, muchachas hermosas; al otro lado, bañados por los últimos rayos de sol, hombres jóvenes y apuestos. Me miré las manos. A mis treinta, yo ya no era tan joven. Bitila, tampoco.

—Que Lugus, el múltiple artesano, el viajero, sea testigo de esta ceremonia —empezó Trougo, y continuó recitando una plegaria al dios que se me antojó interminable y, aún sí, deseé que no acabara.

Un gesto del druida me despertó de mis cavilaciones, y avancé unos pasos hacia el centro del claro, hacia un futuro que no podía eludir, hacia Bitila. Ella sonreía con sus labios carnosos. Se acercó bamboleándose y los dos quedamos a escasos palmos, extendiendo cada uno su brazo derecho. Trougo tomó una tela y nos vendó las muñecas, rematándolo con un nudo que nos mantendría unidos toda la noche, toda la vida.

El público estalló en vítores y nos arrojaron heno y flores. Bitila y yo ejecutamos una breve danza en círculos alrededor del resto de las parejas. Había presenciado la ceremonia en numerosas ocasiones, y no supe si llevaba muchos años fuera o si en Lugodunom era distinta, pero nuestra coordinación fue pésima. Tiraba uno hacia la izquierda cuando el otro iba a la derecha, girábamos en sentidos contrarios y a punto estuvimos de caer sobre otra de las parejas cuando Bitila tropezó.

Su rostro estaba encendido: no de vergüenza o del calor de aquella tarde de verano. No. Bitila estaba enojada. Suspiré de alivio cuando acabó el lastimoso espectáculo. Era el turno del resto de parejas. Nos retiramos a un extremo del claro, bajo los robles.

—Estás borracho —me dijo.

Yo ni la miré, incrédulo, enfurecido. Había bebido, pero aún me faltaban muchos cuernos para ir borracho. Apresé en mi mandíbula las palabras que pugnaban por salir y hacer de nuestra relación, ya mala de inicio, un auténtico drama. Mis dientes rechinaron y entre las comisuras, inaudible tras la perorata de Trougo, emergió una sola palabra.

—Vaca...

Alrededores de Avaricon, primavera del año 602 a.C.

Recorría las terrazas del río Avara para comprobar por mí mismo el desastre. Las hojas de las cepas estaban descoloridas, mustias.

—Yo creo que tienen demasiada agua —apreció el terrateniente—. ¿Seguro que se plantan cerca del río?

—Sí, sí, por Esus. En Corinto y en Etruria, e incluso en Roma, tienen los viñedos así, en la ribera. ¿A que sí, Boudo?

El ligur asintió, acariciando las viñas con sus ojos de bellota. Boudo se encargaba con diligencia de mis negocios e importaciones más allá de las fronteras galas, pero no sabía nada de viticultura. Di una patada a una cepa ya muerta y miré al cielo, exasperado. Me había costado mucho traer todas aquellas plántulas. Primero atacaron las heladas y, luego, la humedad de la época de lluvias. Apenas quedaban vivas un cuarto de las cepas.

—Partirás hacia Etruria de nuevo. Necesito que me traigas a un experto —le dije—. Y entérate de qué se cuece por Roma.

Monté sobre mi bretón y lo espoleé de vuelta a Avaricon. Bajé el ritmo al pasar por los nuevos campos de habas. Una piara de cerdos grandes y lustrosos se paseaba entre las matas. Sonreí. El experimento de las viñas había sido un fracaso, sí, pero era el único reseñable en esos ocho años desde mi coronación. Las nuevas tecnologías, las variedades de ganado y plantas que había hecho traer de Etruria y Grecia habían revolucionado la Galia. Me crucé con una caravana procedente del norte y saludé a los comerciantes. Llevaban las carretas cargadas de ámbar y estaño, que intercambiarían por vino o telas en el puerto de Pupluna. Imaginé que su viaje sería rápido, sin incidentes. Había mandado arreglar los caminos y ni los arvernos, ni los heduos ni los caturiges les impondrían pagos por cruzar sus territorios. La paz reinaba en la Galia. Salvo en Carnutia.

Cuando me disponía a cruzar la puerta de Avaricon, mi escudero corrió hacia mí con cara de circunstancia. El muchacho era secuano, uno de los sobrinos de Casticus.

—Son los aulercos.

—¿Qué pasa con ellos? —pregunté, sorprendido.

—Viene una comitiva, están por la confluencia de los dos ríos... El hijo del rey, creo. Quiere hablar contigo.

—Recíbelos con honores. Los espero en el palacio. Que los guardias ofrezcan pan y vino a los invitados.

Me dirigí al bosque sagrado para entrar por la puerta de atrás, evitando así a Bitila, que solía merodear por la entrada principal. Sobre las ramas del roble graznaban inquietas las grajas. Lucteria y Segonia estaban recostadas contra el tronco, tejiendo una corona de flores.

—Algo pasa —dijo Lucteria en voz queda, sin apartar la vista de los pájaros.

—Algo pasa, sí. —Frené mis pasos y la miré, maravillado. Mi hermana pequeña solía deleitarnos con ese tipo de premoniciones—. Hablas como los druidas, Luti.

—Igual debería hablar con los druidas. Si tu intercedieras, podrían aceptarla en la escuela —dijo Segonia, y Lucteria sonrió con timidez.

—Ya lo hemos discutido. Las mujeres no pueden ser druidas. —Zanjé, retomando mi paso rápido. Cuando llegué a la puerta, añadí—: Ha venido Brano, el príncipe aulercos.

Me aseé con presteza, cambiándome los *braccae* por otros que no apestaran a caballo y a polvo, y bajé al salón. Bitila yacía sobre unos cojines, mirando al techo aburrida mientras masticaba una manzana.

—Tengo una audiencia.

—¿Con quién?

—Qué más da. Déjame solo.

—¿Me estás echando? —Se incorporó con esfuerzo y me mantuvo la mirada.

—Al menos haz el favor de vestirme, si te vas a quedar aquí. —Señalé sus hombros desnudos, sus brazos enormes y flácidos para apartar la vista de inmediato. No podía soportar esa visión.

—Hace calor —dijo a la defensiva.

Pero se levantó y fue a buscar una capa. Yo me senté en el trono y esperé, inquieto, hasta que los aulercos llegaron. El rostro lívido de Brano hablaba por sí solo y, tras las formalidades, fui al grano.

—¿Qué os ha traído hasta Avaricon?

—Los carnutes nos han atacado —respondió muy serio.

—Los carnutes atacan a todo el mundo.

—No así. Rondan las haciendas y secuestran a nuestras mujeres e hijos. Han llegado hasta las murallas de Vindinium^[44]. Nos amenazan con una gran ofensiva.

—¿Y qué quieren? —pregunté. Aunque ya sabía la respuesta, prefería que Brano lo dijera abiertamente. Que se diera cuenta de lo estúpido que sonaba.

—Quieren... —Titubeó y yo contuve una sonrisa—. Quieren que nos unamos a ellos y os ataquemos. Quieren tu cabeza.

—Y tú, Brano, ¿qué quieres? Los aulercos aún no formáis parte de la liga. No tendríamos por qué protegerlos.

—Queremos que pactéis con los carnutes.

Me levanté del trono y, esa vez sí, reí. Una carcajada triste que sonó a tos de perro viejo. Me paseé por la sala. Bitila nos miraba con interés. La ignoré y rodeé a Brano.

—Llevo años intentándolo. Tasgetius no escucha. Solo entiende el lenguaje del hierro.

—Mi padre... ha hablado con él. Ya sabes que tenemos lazos familiares —dijo bajando la vista.

—¿Y?

—Tasgetius está cansado. Sus guerreros también. Creemos que, si le propones algún trato provechoso, podría ceder. Nosotros actuaríamos de mediadores.

—Y si están tan cansados como dices, ¿por qué no atacarlos entre todos? —intervino Bitila.

Negué con la cabeza y me arrepentí de haberla dejado quedarse.

—Tienen rehenes —explicó Brano por mí—. Además, muchos carnutes son familiares nuestros. El pueblo no tiene la culpa de que su líder sea testarudo.

—Organiza un encuentro. Celebraremos el Beltaine todos juntos. A ver qué tiene que decir ese cabrón de Tasgetius.

Cenabum, Carnutia, Beltaine del año 602 a.C.

Habían pasado décadas desde la última vez que las tribus se reunieran en Cenabum. Los bosques carnutes eran los más densos, los más antiguos y sagrados de toda la Galia. El muérdago tupía las quimas y las piedras parecían acechar con su pelaje de musgos y helechos. Antaño, en el *nemeton* de Cenabum se celebraban sacrificios masivos a los dioses dirigidos por druidas de todos los pueblos.

Aquel Beltaine había vuelto a ocurrir. Las ardillas y las aves, acostumbradas a la quietud del bosque, huían despavoridas ante la invasión procedente de todos los rincones de la Galia.

Hubo que desbrozar los viejos claros para plantar las tiendas que albergarían a miles de almas: bituriges, aulercos, parisios, senones, secuanos, heduos, caturiges, lemovices, auvernos... Reyes, druidas, nobles y ejército. No era tan insensato como para adentrarme en la guarida del lobo sin lanzas. A pesar del ambiente festivo, intuía que aquello era una trampa. Solo que no sabía cuándo atacarían.

Los mellizos habían insistido en acompañarnos. Todas las broncas y prohibiciones no sirvieron de nada y, cuando ya creíamos que habían quedado bien encerrados en palacio, aparecieron corriendo detrás de nuestros caballos como dos lebreles ansiosos por salir de caza.

Lucteria los siguió, cuidando siempre de sus sobrinos.

Así, Segovesus y Bellovesus enredaban por el campamento como los enérgicos muchachos de doce años que eran, levantando quejas por aquí, elogios a sus habilidades por allá. Y es que todo lo que tenían de desobedientes, lo compensaban con sus dotes para el arte de la guerra. Yo fruncía el ceño y reprimía una sonrisa cada vez que me pedían permiso para hacer algo que, sabía, iban a perpetrar de todos modos.

—Serán grandes guerreros, como tú —me decían los otros caudillos al verlos pelear con espadas de madera.

—Yo solo quiero que sean sensatos —negaba con la cabeza—. La fuerza sin cabeza conduce a una muerte temprana.

—La sensatez solo se consigue con el tiempo, muchacho —dijo Trougo, el druida—. Y no siempre. No siempre.

A su modo, Lucteria también estaba levantando revuelo en la congregación. Yo la seguía de cerca, velando por su seguridad, registrando cada mirada lasciva de los jóvenes que la rondaban como zorros a un ciervo atrapado en la nieve. A sus diecisiete primaveras, era toda una mujer en edad de casar. Pero a mí me seguía pareciendo una niña.

—Catus. —Reía ella—. ¿Por qué me miras tanto?

—Porque pareces una diosa, hermanita. Cántame algo.

Y me cantó la canción de Esus con su voz de niña frágil. Yo cerré los ojos y casi pude oler la sal del lago Ligustino, allá en los confines del mundo. Hasta que mi escudero me reclamó para ultimar los preparativos, y el hechizo se hizo jirones.

Tasgetius fue el último en llegar. Su aspecto, a pesar de las joyas y ropajes caros, era deplorable. No veía al rey carnute desde que yo era un chaval, y por entonces Tasgetius ya me parecía mayor. Tendría la edad de mi padre, unos cincuenta o sesenta, mal llevados. Criso, su primogénito, avanzó a su lado tieso y orgulloso. Lo conocía también de cuando éramos niños. Detrás, el famoso druida Roudix parecía un cadáver andante. Todos los que esperábamos en el claro nos estremecimos a su llegada y las hojas de los robles susurraron canciones tétricas al viento.

Di un paso al frente, pero Roudix hizo un gesto con su brazo huesudo y las palabras murieron en mi boca.

—Primero, los sacrificios a Taranis —siseó.

Me removí. Beltaine era la fiesta de Belenos y el ritual estaba planificado para el anochecer. Los carnutes mostraban una adoración exacerbada a Taranis, el dios del cielo y protector de ese bosque. Como no quería empezar con mal pie, transigí.

Unos druidas encapuchados condujeron a tres prisioneros andrajosos y los empujaron dentro de los almacenes de mimbre.

—¿Quiénes son? ¿De dónde han salido? —preguntó Casticus, mi cuñado, en un murmullo.

Miré en derredor, por si alguien los identificaba como miembros de su tribu. Sabía que los carnutes eran capaces de quemar vivos a prisioneros de guerra delante de sus propios familiares. Pero nadie dijo nada. Los desdichados ardieron sin proferir grito alguno, como si ya estuvieran muertos, hasta que sus ojos, muy abiertos, se derritieron por el calor. Así de tenebroso era el

poder de Roudix.

—¡Taranis, portador del trueno! ¡Acoge en tu fuego nuestras ofrendas y que el humo de su cuerpo ascienda al cielo! Para que la bóveda no caiga sobre nuestras cabezas—gritó el druida, agitándose como una rama desnuda de abedul.

Aunque estaba acostumbrado al olor a carne quemada, aquel día me pareció más penetrante, más repulsivo. Agradecí haber mandado a Lucteria y a los mellizos a las tiendas. La brisa disipó el humo y pude respirar con normalidad.

—¿Y bien? —Tasgetius rompió el silencio.

—Acabemos con esta absurda guerra —respondí sosteniéndole la mirada.

—¿Qué estás dispuesto a darnos, Ambicatus? ¿Cuánto vale para ti la paz?

¿Cuánto valía? ¿Cuánto había entregado ya para conseguir mi objetivo? Había perdido a mi mejor amigo, había renunciado al amor de mi vida para desposar a una mujer a la que detestaba, había perdonado la muerte de mi madre, la de mi padre. Tantas promesas rotas... ¿Qué más me iba a arrebatar la tozudez de Carnutia?

—La paz lo es todo. ¿Qué quieres?

Tasgetius me miró con sus pupilas enormes, dilatadas. Roudix posaba sus dedos sobre el hombro del rey. Unos dedos más parecidos a raíces que a miembros humanos. Sentí que los dos hombres buceaban en mi mente, que el bosque palpitaba según sus designios y, en cualquier momento, los árboles echarían a andar y nos asfixiarían con sus ramas.

—A Lucteria.

El nombre llegó como una estocada a mi estómago. El aire se volvió tan denso que pensé que mis pulmones iban a colapsar del peso. Me apoyé en Segonia. Ella también temblaba.

—Mi hijo Criso desposará a tu hermana. Nuestras familias quedarán unidas.

Aquello no. Estaba dispuesto a cualquier cosa. Incluso si Tasgetius quería ofrecer mi vida a Taranis, habría aceptado gustoso. Pero Lucteria no.

Fui a decir algo y mi lengua se quedó paralizada, seca e hinchada dentro de la boca. Tasgetius sonreía, retorciendo sus labios despellejados. Muy despacio, me di la vuelta e hice un gesto para que me abrieran paso. Los asistentes formaron un pasillo que yo atravesé en silencio, camino del campamento.

—¡La paz lo es todo, Ambicatus! —oí gritar al carnute—. ¡Y eso incluye a tu hermana!



XXI - SERPIENTES

—Catus, ¿qué ocurre? —dijo Lucteria cuando entré en su tienda sin llamar—. ¿Habéis llegado a un acuerdo?

—Nos vamos. Diles a los sirvientes que recojan. Partimos antes del anochecer.

—¿Nos vamos ya? —preguntaron sorprendidos los mellizos, que ansiaban hundir sus espadas de madera en vientres carnutes.

Comencé a tirar de las cuerdas de la tienda sin orden. Mis dedos no eran capaces de desatar los nudos y pronto desistí, saliendo de la carpa y dejándome caer sobre la hierba del claro.

Segonia llegó al poco, seguida de Casticus y Bitila. Mi hermana estaba pálida y me pareció que mil arrugas habían nacido en su faz aquella tarde.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó en un hilo de voz.

Yo la miré como quien no ve, sin saber qué me estaba preguntando, desmenuzando trocitos de hierba con dedos temblorosos.

—Pues está claro —dijo Bitila, los brazos en jarras—. Lucteria ya tiene edad de casarse, y

¿quién mejor que un príncipe?

Mi hermana pequeña emergió de la tienda.

—¿Casarme? ¿Con quién?

Su presencia me despertó del letargo y me levanté. Nos miraba con ojos verdes, muy abiertos.

—Con nadie, Luti, vuelve a la tienda. Saldremos pronto.

—¡Ya no es una niña, Ambicatus! —chilló Bitila.

—Es cierto. —Segonia se acercó a su hermana pequeña, a la que había criado como hija suya. Se podía palpar el dolor en su voz—. Tasgetius ha pedido tu mano para su hijo Criso.

El rostro de Lucteria mudó del asombro al pesar, pasando por el miedo, hasta que apretó la boca en un nuevo gesto, desconocido en ella. Era determinación.

—Si es necesario para conseguir la paz, sea.

—No... —murmuré aturdido—. No. No. ¡No! No vas a irte a Carnutia.

—Es mi decisión. —Los ojos de Lucteria se empañaron. Parpadeó varias veces, tratando de contener las lágrimas—. Es lo mejor para todos.

—¡He dicho que no! —Rugí y ella se encogió como si mis palabras fueran flechas—. Yo soy el rey y yo decido. Entra en la tienda. Nos vamos.

Obedeció, desapareciendo del claro como un golpe de aire cálido, efímero. En ese momento, llegaron el resto de reyes y caudillos, encabezados por mi cuñado Dumnorix.

—Imagino que os estáis despidiendo. Tasgetius quiere llevársela a Cenabum mañana mismo —dijo, y pude notar un oscuro placer en su voz.

Los enfrenté. Avancé yo solo, unos pasos, hasta ponerme frente a la comitiva, protegiendo con mi cuerpo el acceso a la tienda.

—Lucteria no va a irse. No hay trato.

—¿Cómo?!

—¡Hay que parar esta guerra! —Saltó el rey de los aulercos.

—Os lo dije... es un egoísta. Se le llena la boca de paz, pero no es capaz de dar la mano de su hermana. —Dumnorix se volvió hacia el resto—. No tiene madera de rey.

Di un paso hacia el heduo y noté que una mano se cerraba alrededor de mi hombro. Tiraba de mí, impidiendo que cometiera una locura.

—Vamos a hablarlo... Vamos a la tienda.

Me dejé llevar. Entramos en la carpa y, cuando Bitila fue a seguirnos, le negaron el paso. Segonia, Casticus y yo nos sentamos en las esteras de mimbre.

—Yo tampoco quiero dejarla ir, Catus —empezó Segonia. Siempre más dura que yo—. Aún pienso que es mi niña pequeña... pero ya lo has visto. No van a darnos opción.

—¡Ya hemos sacrificado todo por culpa de los carnutes, Sego! ¡Todo! Solo me queda Luti. Les daría cualquier cosa, lo que fuera, salvo a ella.

—No es tan malo como parece, Ambicatus —intervino mi cuñado—. Se casará con un príncipe, la paz volverá y podremos verla a menudo, durante las ceremonias conjuntas.

—¿Y si la matan? —Pensamientos oscuros se deslizaron en mi cabeza como serpientes que se cuelan por la ropa, buscando dónde morder.

—¿Por qué iban a hacerlo? Carnutia está exhausta. Necesitan la paz mucho más que nosotros. Tasgetius solo quiere concederse una última victoria sobre ti antes de claudicar.

Asentí varias veces, empapándome de las palabras de Casticus, de su sensatez. Mas las serpientes seguían ahí, rondando.

—Necesito pensarlo. Dadme hasta el anochecer.

Cuando salí, el astro de Belenos se ocultaba ya entre los robles, sumiendo el bosque en la penumbra. Entré en la tienda de Lucteria. Segonia la acunaba entre sus brazos, y me recordó a una mañana de primavera en el *nemeton* de Avaricon, justo antes de empezar mi viaje. Deseé volver a ese momento para cambiar las cosas, aún sin saber qué había hecho mal.

La muchacha se secó las lágrimas y se levantó. La abracé brevemente, conteniéndome. Por primera vez, Lucteria dejaba de ser aquella niña para comportarse como una mujer fuerte. No podía desalentar esa fuerza: la iba a necesitar.

—Lo vas a hacer muy bien —le dije—. Estoy orgulloso.

Ella me regaló una sonrisa triste, pero no dijo nada.

Nos dirigimos al claro donde ya estaba todo preparado para la ceremonia del Beltaine. Las antorchas bailaban con la brisa nocturna. Ignoré los murmullos, evité ver las muecas de satisfacción que, sabía, colmaban los rostros de Dumnorix, de Tasgetius. Satisfacción no por el acuerdo o por la próxima paz, no. Satisfacción por mi dolor.

No presté atención a la hermosa danza del druida que, como una antorcha andante, prendía la hoguera. No bebí cerveza, ni sidra, ni probé la carne asada que los sirvientes paseaban en bandejas. Solo me perdí en el crepitar de las llamas, en el humo que huía hacia el cielo. Hasta que también Lucteria desapareció en la noche, atada al brazo de Criso.

Avaricon, verano del año 602 a.C.

Parecía que el calor se resistía a llegar a Avaricon, como si la primavera se hubiera quedado congelada en aquella noche de Beltaine. Igual que mi interior.

Más allá de la lluvia incesante y las noches frías, los efectos de la recién instaurada paz florecían por toda la Galia. Emisarios de pueblos tan lejanos como los belgas, los aquitanos o los ligures se habían acercado a mi palacio para beneficiarse del pacto. Los caminos que atravesaban Carnutia eran al fin seguros y se habían retomado rutas que llevaban décadas bloqueadas.

—Al principio hubo bastante recelo, pero una vez entendieron los beneficios, quedaron impresionados. —Trougo me relataba el último gran encuentro de druidas, en el que los sabios de los bituriges habían expuesto el sistema de escritura de Dervo—. Quieren enseñarlo en sus escuelas.

—De eso quería hablar contigo. Ahora que al fin hay paz, quiero fundar una academia de druidas común para toda la Galia. —Observé la reacción de mi interlocutor. Me escuchaba con atención, ajeno a las gotas que empezaban a caer pesadas sobre las hojas—. A la que puedan ir muchachos de buenas familias, nobles y príncipes, a estudiar con los mejores maestros. Así, afianzaríamos los lazos entre tribus, a la par que la casta sacerdotal se fortalece.

—Una nueva academia, aquí en Avaricon. —Trougo asintió a mi propuesta—. Pero lo de los nobles... Cada vez recibimos menos pupilos de buenas familias.

—Eso fue por la guerra. Seguro que ahora envían más, como en los viejos tiempos.

—No solo fue la guerra. La formación dura veinte años, y no todos la superan. Eso echa para atrás a los nobles.

—¿Y si la acortáramos? —Lo miré, sintiendo el entusiasmo tras días sumido en la apatía—. Así, tendríais muchísimos más aspirantes.

—¡Por Ogmios, no! —Trougo dio un paso atrás—. Hay multitud de versos, oraciones que aprender; reconocer todas las plantas del bosque y sus usos; las historias de los dioses, de los ancestros... Pero no solo eso. Un druida necesita paciencia, madurez, y eso solo se puede lograr con los años. Décadas.

—Bueno, bueno. Ya habrá tiempo de hablar del periodo de formación. —Me frené, consciente de que el druida se estaba poniendo a la defensiva—. Empecemos con la academia.

Trougo asintió y desapareció por el bosque sagrado, dejándome a solas con las grajas. Ahí estaba el pájaro que no paraba de graznarme. Yo pensaba que graznaba siempre, pero había preguntado a Segonia, a Casticus y a los mellizos, y no la oían salvo cuando estaba yo presente.

—Serán pájaros diferentes —decía mi hermana.

Pero yo sabía que era el mismo. Un ejemplar muy viejo, con las plumas ya desteñidas y rotas en las puntas. Juraría que era una de las grajas que siempre seguían a Dervo, aunque fuera imposible. Habían pasado demasiados años. Sin embargo, su presencia, su gañido incesante, parecía reprocharme todos mis errores.

Entré al palacio y me retiré la capa empapada. La lluvia había traspasado la tela y tenía el pelo y la camisa húmedos. Pensé que tendría que cancelar la clase de equitación que había prometido a mis sobrinos, aunque sabía que la lluvia no era motivo suficiente para frenar el brío de Segovesus y Bellovesus. Ante la ausencia de Lucteria y la certeza de que Bitila no iba a quedar preñada jamás, cada vez dedicaba más tiempo a mis sobrinos. Iba a cambiarme cuando me topé con Bregus.

—Ha llegado un mensajero de Cenabum.

—¿Y qué ha dicho? —pregunté con ansiedad.

Aún no había recibido noticias oficiales de los carnutes, y no sabía de Lucteria más que lo que decían los comerciantes: que habían celebrado el matrimonio con una gran fiesta, que la princesa ahora vivía en el palacio de la capital con su nuevo marido, pero que no se la había visto en público.

—Tiene un mensaje para ti. Trae un regalo.

Me apresuré hacia el salón, donde ya habían acudido Segonia y Casticus. El mensajero temblaba en el centro de la sala, el agua chorreando por todas sus prendas y formando un charco en el suelo. Se giró al escuchar mis pasos y noté la crispación en su rostro. Sostenía un cofre.

—¿Qué noticias traes? —inquirí, de pie frente a él.

—Vengo de... vengo de Cenabum —tartamudeó.

—Ya. ¿De parte de Tasgetius? ¡Habla, por Esus!

—Sí, sí. —Asintió el hombre sin parar de temblar—. Criso le quiere transmitir a Ambicatus su agradecimiento y su satisfacción por su nueva mujer. Tasgetius te envía un presente. Por la paz.

Dejó el cofre en el suelo y se alejó unos pasos, mirando hacia la puerta. Allí esperaba Bregus. Miré a Segonia y en sus ojos descubrí un miedo que jamás había captado en ella: ni cuando murió madre y se tuvo que hacer cargo del bebé, ni cuando Lucteria se fue en Beltaine, apenas

una luna atrás. Noté la boca muy seca y de nuevo las serpientes recorriendo mi ropa mojada, rozando ya con sus colmillos mi piel. Me acerqué despacio.

—Ambicatus —dijo mi cuñado—. ¿Quieres que lo abra yo?

—No.

Me acuclillé delante del cofre. Era grande y estaba remachado en oro, con la rueda de seis radios de Taranis en su parte frontal. Escuché por si, efectivamente, hubiera víboras sibilantes esperando dentro, como un regalo envenenado de Roudix. Solo oí a la graja, allí fuera. Con dedos torpes retiré los cordones que lo mantenían cerrado. Inspiré y noté un olor extraño. ¿Mi propio miedo? Muy despacio, levanté la tapa.

Dentro del cofre, mirándome sin ojos, sin ver, reposaba la cabeza embalsamada de Lucteria. Quise gritar, pero ningún sonido emergió de mi garganta. Solo la bilis subiendo por mi faringe, quemándome por dentro. Sí escuché el alarido de Segonia, que cayó de rodillas a mi lado, gritando el nombre de su hermana, de su hija.

Me levanté y me acerqué al trono. Entre cojines y telas lujosas, descansaba la lanza de Lugus. La observé unos instantes.

Había sido un estúpido. Un arma, por muy divina que fuera, no podía traer la paz. Las armas sirven para usarlas.

Alcancé al mensajero en una carrera frenética, antes de que pudiera escabullirse de Bregus. Le ensarté la lanza en la espalda, en los riñones, y apreté. Sus gritos de dolor se fundieron con los graznidos de la graja, con los sollozos de Segonia. Y, al fin, yo también grité. Un grito descarnado, vacío como las cuencas oculares de Lucteria. Un grito de odio.



XXII - RUEDA

Sur de Carnutia, verano del año 602 a.C.

Esa vez, el olor a carne quemada no me revolvió el estómago. Lo inspiré como quien huele una flor recién abierta. Era la primera aldea que arrasábamos. La primera de muchas.

—¿Qué hacemos con los supervivientes? —me preguntó Bregus.

Estaba sudoroso y tizado por las antorchas. Hacía calor. Los dioses habían tenido a bien que parara la lluvia para que Carnutia ardiera. Hasta Taranis estaba de mi lado.

—Colgadlos.

—¿A todos? ¿A los niños también?

Miré a mi amigo a los ojos y vi la duda. Pensé en explicárselo, en decirle que la época del perdón y la clemencia ya habían pasado. Pero Bregus no necesitaba explicaciones. Era mi soldurio. No era Dervo.

—A todos.

Él asintió y se perdió entre las casas crepitantes. A un gesto, mi escudero me acercó las riendas de mi caballo. Iba a montar cuando divisé una nube de polvo a lo lejos. Jinetes. Según se acercaban, distinguí al frente a Brano, el príncipe aulenco.

—¿Qué has hecho, Ambicatus?

Miré hacia la aldea y me encogí de hombros.

—Vengarme.

—Teníamos un pacto. —Se apeó del caballo y me encaró.

—Tasgetius lo rompió.

—Ellos no tienen la culpa de que Tasgetius esté loco —señaló hacia unos árboles donde Bregus y otros soldados colgaban a los niños. El dedo le temblaba de tanta fuerza con la que señalaba.

—Lucteria tampoco. —Di un paso al frente y Brano me bloqueó—. Apártate.

—No eres el rey de toda la Galia para iniciar una guerra en nombre de la Confederación. Entiendo tu dolor, pero tenemos que reunirnos, discutirlo...

Tras lo de Lucteria había enviado mensajeros a todos los pueblos de la Confederación, reclamando su apoyo militar para barrer Carnutia. La mayoría habían respondido sin cuestionarme y las tropas iban llegando. De los heduos y de los aulencos no había tenido aún noticia.

—Brano —lo interrumpí, sereno—. La última persona que me encaró así murió a los pies del *nemeton* de Avaricon. Si tengo que coronarme rey de toda la Galia para que los aulencos me obedezcan, lo haré. Me erigiré como Biturix^[45], rey de todo el jodido mundo, si hace falta. Pero primero te partiré en dos. Así que quítate de en medio.

Intenté apartarlo. Él se mantuvo firme. Sus hombres habían desmontado y lo respaldaban, con las manos ya en los mangos de las espadas. Escuché susurros de hierro detrás de mí. Mis soldados llegaban.

En un movimiento rápido, desenfundé la lanza y le clavé la punta en la garganta. Lo sujeté con el brazo libre mientras apretaba, mientras la sangre manaba por su cuello abierto. Hasta que calculé que era suficiente y la extraje. Brano se desplomó en silencio. El resto de aulencos esgrimían ya sus armas y nos miraban, dubitativos.

Uno de ellos se adelantó. Paré su espada con la mía y, con la otra mano, le clavé la lanza en la rodilla descubierta. Perdió pie y aproveché para asestarle un tajo mortal en el vientre. Sus compañeros frenaron y observaron cómo la vida del hombre se escapaba entre estertores.

—¿Queréis morir? ¡Vamos! —Agité la espada—. Es vuestra elección. Morid en mis manos o uníos a mí. Matemos a los cerdos traidores. Arrasemos Carnutia.

Se miraron entre ellos y, finalmente, dejaron caer las armas al suelo.

—¡Biturix! —gritó mi escudero, golpeando la espada contra el umbo de su escudo—. ¡BI-TU-RIX!

—¡BI-TU-RIX! ¡BI-TU-RIX! —Corearon mis hombres.

—¡BI-TU-RIX! —Se unieron los aulencos.

—¡BI-TU-RIX! —Concedió, por último, Bregus.

Y el *carnyx* sonó a lo lejos, ordenando a los guerreros que se reagruparan. Para ir a la siguiente aldea. Para seguir matando. Para saciar la sed de sangre de su líder, del rey del mundo.

Al anoecer nos adentramos en el bosque próximo a Cenabum. Avanzábamos deprisa para no dejar tiempo a Tasgetius para organizarse o huir. Cerca del famoso roble de Taranis encontramos una aldea.

—Ya sabéis qué hacer —ordené a mis hombres.

—Pero esta aldea custodia el *nemeton*. Están bajo la protección del dios de la noche—dijo un guerrero mayor con voz temblorosa. Recordé que su padre era carnute.

—Taranis está con nosotros, no con los traidores. —Y taconeé a mi montura para transmitirles seguridad—. ¡Vamos! ¡Hía!

Un resplandor iluminó el cielo. Fuera por el frenesí del galope, fuera por la lejanía, no oí el trueno. Los perros ladraron. Un zagal que guardaba a las cabras fue el primero en divisarnos. Dio la voz de alarma, un grito de horror que acallé con el filo de mi espada. El caos reinó en la aldea según los guerreros inundaban las calles.

Maté de un lanzazo a un hombre que me amenazaba con un rastrillo y me volví hacia mi escudero. Ya tenía preparada la antorcha. Me la tendió y, cuando iba a cogerla, refulgió el segundo rayo. La tormenta se acercaba. El rugido del trueno paralizó a mis hombres. Muchos se volvieron hacia mí, esperando una confirmación.

—¡Por Taranis! —Agité la antorcha y pegué fuego a la cabaña más cercana.

La masacre continuaba. Por el rabillo del ojo vi una pequeña sombra que se escabullía, internándose en el bosque. ¿Un niño?

—¡Perseguidlo! Que no escape nadie.

Comenzó a llover. Gotas enormes y pesadas que rellenaban las grietas que la sequía había abierto en la tierra. Las cabañas incendiadas sisearon, y me pregunté si aquella tormenta era una señal de los dioses.

—Ambicatus —me llamó Bregus al amanecer.

—¿Qué ocurre? —Me desperecé. Había aprovechado para dar una cabezada mientras mis hombres terminaban de saquear la aldea.

—En el *nemeton* hay una niña.

—¿Y?

—Eburno la persiguió y ella se subió al árbol y entonces... —titubeó—. Entonces cayó un rayo sobre el roble y lo fulminó.

—Espectacular —dije incorporándome. Había dejado de llover y olía a tierra mojada—. Taranis lo ha castigado...

—¿Qué hacemos con la niña?

Lo miré sin comprender. En mi mente seguía rumiando lo ocurrido, preguntándome si aquello era un aviso del dios, si debía ser más respetuoso con su gente. Negué con la cabeza.

—Lo mismo que con el resto. Que se los coman los cuervos. Ah, y haced un sacrificio a Taranis.

—Ya. Es que... la niña ha salido indemne. Está aún subida al árbol. Los hombres no se

atreven a acercarse.

Salí de mi tienda improvisada e inspiré el aire limpio de la mañana. Aquel asunto de la niña comenzaba a intrigarme. Pedí mi caballo y seguí a mi amigo a través del bosque. Cada vez más denso, más oscuro a pesar de que el sol ascendía ya por el cielo.

—Catus... —me dijo de camino.

Frenó el trote y puso al caballo al paso. ¿Cuál era su caballo actual? ¿Oxumeto? ¿Nameto?^[46] Había perdido la cuenta.

—¿Qué?

—¿No crees que estás siendo demasiado duro?

—Tienen justo lo que se merecen —respondí sin mirarlo y volví a acelerar.

—¿Piensas alguna vez en Dervo?

—Cada vez menos —solté. En parte, era verdad. Pero mi amigo seguía apareciéndose en mis sueños, pululando por mi conciencia junto a las serpientes.

—Ya... Él no habría aprobado esto. Y tú mismo, antaño, tampoco.

—¿Y tú, Bregus? ¿Apruebas mis acciones?

Tiré de las riendas y fijé mi vista en el rostro de mi amigo. Estaba surcado de cicatrices y ya no enseñaba sus dientes de jabalí en aquella risa franca, tan suya.

—Yo soy tu soldurio y te acompañaré hasta la mismísima muerte —dijo, y me retiró la mirada.

Me quedé pensativo, ponderando las palabras de Bregus. Sentí una punzada de tristeza: hasta mi mejor amigo temía decirme la verdad. Entonces, entre los árboles reverberó una voz. Cuando llegamos, vislumbré a decenas de guerreros congregados alrededor del gran árbol. Al igual que la primera vez que acudí al *nemeton*, hacía más de veinte años, sentí el impulso de arrodillarme. Era el árbol más formidable que jamás hubiera visto, con un tronco colosal, cincelado por las eras, cruzado por las marcas del rayo.

Sobre su rama más ancha se sentaba una niña de cabellos rojos y mirada gélida. Cantaba un himno a Taranis y, cuando los versos se agotaban, comenzaba otra vez. El cuerpo carbonizado de un hombre yacía entre las raíces retorcidas. No sé cuánto tiempo permanecí allí, congelado como el resto de guerreros. Bregus rompió el hechizo.

—¿Qué hacemos? Nadie se atreve a acercarse.

Lancé preguntas al aire hasta que los hombres reaccionaron y me contaron lo ocurrido. Al parecer, Eburno había perseguido a la chiquilla hasta allí. Cuando ella se encaramó al árbol, él le agarró el pie. Entonces, el rayo golpeó. El guerrero murió en el acto, pero tanto el árbol como la niña carnute estaban ilesos. ¿Cómo era posible?

Me acerqué al gran roble y me arrodillé, sumándome a la letanía de la niña. Cuando acabamos, ella al fin calló.

—¿Cuál es tu nombre, servidora de Taranis?

—Benna —dijo.

Me miraba con sus ojos de hielo, desafiante, como diciendo: sube, atrévete a tocar el árbol. Tan distinta a Lucteria y, aun así, me recordaba tanto a cuando mi hermana era aún una niña inocente...

—Benna^[47]. Sí. Rueda. —Asentí—. Baja sin miedo, Benna. Por los tres dioses de la noche, que no te haremos ningún mal. Taranis te ha protegido y a él debes servir el resto de tu vida. Fundaré aquí una academia de druidas y tú acudirás como alumna. Y yo también estudiaré para druida. Yo también.

Me mantuvo la mirada durante lo que se me antojó una eternidad, hasta que asintió muy despacio y se bajó del árbol. En ese momento, me di cuenta de que había un hombre detrás del roble. No era ninguno de mis guerreros, sino un anciano de pelo cano y lacio, con el rostro surcado de tatuajes. Un druida. Tomó a la niña del brazo y los dos se perdieron en el bosque.



XXIII - POLILLA

Alcanzamos Cenabum al mediodía. Alrededor del castro acampaban ejércitos procedentes de toda la Galia, respondiendo a mi llamada. Las puertas de la ciudad estaban abiertas.

—¿Qué ocurre? —pregunté a Casticus.

Mi cuñado había marchado directo hacia la capital al frente de los secuanos. Me recibió exultante.

—Cenabum se rinde y abre sus puertas ante Ambicatus, el Biturix. Tasgetius y su familia se han parapetado en el palacio. Los ciudadanos nos dejan vía libre para asediarlo. Es más, algunos incluso tratan de derribar la puerta para entregarte ellos mismos a Tasgetius.

—Solo buscan mi clemencia. Ahora, cuando ven nuestros colmillos.

Escupí al suelo. La mera visión de Cenabum me causaba desazón. Me fijé en que las lanzas de las murallas estaban vacías. Miré más allá y vi a los carnutes retirando las pocas cabezas que quedaban. Mi propia lanza, la maldita lanza de Lugus, colgaba de mi espalda sedienta de sangre.

—¿Qué hacen?

—No quieren que veamos a nuestros muertos —dijo Casticus, y me retiró la mirada.

—¿Estaba Lucteria allí? —pregunté en un susurro. Él calló, mirando al suelo—. ¿Estaba?!

—Hemos recogido su cuerpo para ofrecerle un funeral digno.

Cerré los ojos y apreté fuerte, hasta que dolió y palomitas blancas aletearon por mis párpados.

—Arderá sobre una pila de carnutes.

Casticus fue a decir algo, a rebatirme, pero se contuvo. Se limitó a mirarme con ojos tristes y, entonces, supe que también mi cuñado me tenía miedo.

—Bien —murmuré, más para mí que para él—. Así es como tiene que ser.

Crucé el puente de madera sobre el Liga^[48] y ascendí a pie hacia el castro, seguido por mis tropas. Franqueamos la puerta, abierta de par en par, y los ciudadanos nos recibieron con flores y espigas, como si, en lugar de una guerra, estuviéramos celebrando el Lugnasad.

—¡BI-TU-RIX! ¡BI-TU-RIX! —Clamaban.

Y se lanzaban a mis pies, mostrándome a sus retoños, rogando por sus vidas.

—¡Piedad, Biturix! ¡Por Teutates!

Siguiéndome, dóciles como el ganado camino del sacrificio. Como polillas a la luz.

Hasta que llegamos al palacio. Desde una ventana se asomaba Criso, el hijo de Tasgetius. Mi cuñado.

—¡Ambicatus! Te juro por Taranis que yo no sabía nada. ¡Fue mi padre! ¡Está desquiciado! Os abriré las puertas. Yo te entregaré a mi padre para que pague por sus crímenes. Lucteria...

—¡No te atrevas a pronunciar su nombre! —rugí.

Domé la ira que pugnaba por abrirse paso, atenazando mis dedos y mi mandíbula. No. Ya no había hueco para la cólera. Criso desapareció de la ventana. Entonces oí el humo. El palacio ardía.

—¡Derribad la puerta! Tasgetius no será un sacrificio a Taranis. Los dioses no merecen tal despojo.

En ese momento, las hojas se abrieron y Criso apareció en el umbral, huyendo del incendio.

—Está dentro... —boqueó, aún esperanzado—. Os he abierto...

En dos pasos me planté frente a él. Lo derribé de un puñetazo.

—Desolladlo —ordené a mis hombres—. Y guardad la cabeza para Segonia.

Trasasé la puerta y aún pude escuchar sus gritos a mi espalda. Dentro, el humo se adueñaba de la estancia. El palacio, con pilares de piedra pero construido en su mayor parte con vigas, ardía como los rastrojos de la cosecha.

En una pira en el centro de la sala se consumían la mujer, las hijas y nietos de Tasgetius. Inconscientes, a buen seguro drogados. Roudix presidía su última ceremonia a Taranis bailando, agitándose en el humo como si fuera sólido y pudiera caminar sobre él. Una polilla atraída por las llamas, volando hacia su final.

Tasgetius aún no se había sumergido en la hoguera. Se volvió al oírme y me sonrió. Sus pupilas se dilataban hasta lo imposible y parecieron ocupar todo su rostro.

—Yo la maté. Yo corté su cuello. ¡Zas! Solo una muerte más en la rueda infinita del odio. No puedes pararla, Ambicatus. Jamás conseguirás la paz. Yo te maldigo.

Corrió hacia la pira con la intención de inmolarse, pero lo alcancé antes, agarrándolo del pelo. Lo lancé al suelo, lejos de las llamas.

—¡Arrodíllate! —Lo pateé—. ¡Arrodíllate ante mí! Mírame.

Le apreté la cara y lo miré. Sentí un mareo. El humo me robaba el aire y de pronto me pareció

que olía a romero. Y evoqué los campos de Etruria y unos ojos negros que, tantos años atrás, sentenciaron mi destino.

Una viga desprendiéndose del techo me devolvió a la realidad. Cayó entre quejidos a pocos pies de nosotros.

—Yo te daré la paz.

Le ensarté la lanza de Lugus, la lanza maldita, en el corazón. Y todo se oscureció.

Alguien me arrastraba fuera del palacio y pude al fin respirar. Escuché la voz de Bregus.

—Casi te perdemos —dijo.

—¿Y la lanza? —boqueé. Tomé aire. Los pulmones me ardían y el humo había velado mis ojos.

—Yo no... No la cogí.

—Mejor. Solo nos ha traído desgracia.

Cuando recuperé la vista, ya en las murallas, el palacio aún ardía. Siguiendo mis órdenes, los bituriges arrojaban a uno de cada diez carnutes al fuego. En la cúspide, el cuerpo de Lucteria se consumía. Pronto estaría en el Atumnos. Completo, al fin.



EPÍLOGO

Avaricon, otoño del año 597 a.C.

Cinco años había tardado en superar mi formación druidica. Cinco años de quietud, de olvido para mí. Cinco años de prosperidad para la Galia.

Recorrí con los dedos los tatuajes, las marcas de los dioses que recorrían mi brazo para acabar en mi pecho con el hacha de Esus. Esus fue mi dios principal, no podía ser de otra forma.

Alcé la vista hacia el gran roble y busqué entre las grajas al animal viejo, el que siempre me increpaba. No lo vi. Paseé alrededor del tronco, distraído, perdido en mis pensamientos.

El bosque sagrado era un mar de tranquilidad desde que se fueron los mellizos. Llevaban ya dos inviernos en la academia que fundé en Cenabum. No eran buenos estudiantes, aunque confiaba en que el tiempo y las enseñanzas de los druidas acabarían por relajar su naturaleza belicosa. Segonia no tenía tantas esperanzas, a pesar de haber rebajado considerablemente los años de formación. Pensé que mi hermana no solía equivocarse.

Las hojas crujían bajo mis pies y empecé a cantar. Un murmullo, primero. Luego alcé la voz.

*Las raíces de los tejos son los cuernos de Cernunnos
Que sostienen la tierra, sostienen el mundo.*

*Cubiertos de hojas los abetos, desnudos los robles,
Esperan la vuelta de Esus, el dios de la noche.*

Unas siluetas llamaron mi atención. Seis hombres desconocidos me observaban desde la entrada del bosque. Me fijé en uno de ellos, apenas un chaval. Le faltaba un ojo, mas el otro brillaba en un tono verde que creí haber visto antes.

Al fin, los desconocidos se perdieron entre las calles. Seguí canturreando alrededor del árbol y me pareció ver algo entre las hojas. Las aparté. Era la graja. Estaba tan vieja y desplumada que parecía más un polluelo caído del nido. Ya no se movía.

—Conseguí la paz, amigo. —Le susurré—. Conseguí lo que querías. Pero este es el precio.

Una lágrima se me atascó en las pestañas según miraba el *nemeton* vacío, silencioso.

Al día siguiente, Bregus se presentó ante mí con la sorpresa pintada en su rostro.

—Ambicatus, unos extranjeros han solicitado audiencia con el Biturix.

—¿De dónde vienen?

—Eso es lo mejor. —Sonrió—. De Massalia y de Tartessos.

—De Tartessos....

NOTA HISTÓRICA

“Ambicatus” es una ficción histórica que combina personajes históricos y legendarios con otros ficticios, dentro de un marco del que apenas se conservan noticias, pero construido de forma coherente con la arqueología de la época. El propio Ambicatus fue un rey legendario, citado por Tito Livio en “Ad Urbe Condita” (Libro V, 34). Según el historiador romano, durante el reinado de Tarquinio Prisco las tribus galas estaban bajo el dominio de los bituriges y su rey Ambigatus o Ambicatus. Cuenta que sus talentos y fortuna trajeron abundancia a la Galia y que en su vejez envió a sus sobrinos Bellovesus y Segovesus a expandirse hacia nuevas tierras. La historia de la conquista de Bellovesus la relato en la novela “Tarvos, de Tartessos a la Galia”, continuación de esta.

El resto de personajes galos son inventados. Las tribus, las ciudades y los dioses de los galos aparecen mencionados en fuentes muy posteriores al tiempo de la novela, principalmente en “La Guerra de las Galias”, de Julio César. El propio gentilicio “galo” y el topónimo “La Galia” son palabras de origen romano que difícilmente utilizaron los diversos pueblos celtas que ocuparon estos territorios para referirse a sí mismos, pero que se han usado en la novela para facilitar la comprensión del lector.

Sí sabemos que la tribu de los carnutes fue una de las más sobresalientes de la Antigüedad. Su espeso bosque fue el centro religioso y político de los galos, alternando las reuniones anuales entre Cenabum y Autricum. Si bien la masacre de esta novela es ficción, el pueblo carnute fue arrasado y reducido a la esclavitud en la Guerra de las Galias. Destino que evitaron los heduos al aliarse con Roma.

Según Julio César, estas tribus galas mantenían entre sí continuas rivalidades y enfrentamientos que, a falta de más información sobre aquella época, he tratado de novelar en estas páginas.

De la formación druídica sabemos, también por las fuentes clásicas, que podía durar veinte años, que se aprendía por tradición oral y que con frecuencia los druidas instruían a los hijos de los nobles, tomando parte en las decisiones políticas, realizando auspicios y sacrificios de animales e incluso hombres. El alfabeto oghámico no aparece hasta siglos después en Irlanda. Sin embargo, el arqueólogo Macalister postuló que el Ogham lo pudieron inventar los druidas de la Galia Cisalpina en el siglo VI a.C. como un lenguaje de signos secreto, y que fue transmitido de forma oral o en madera. Esta bonita aunque remota teoría es la que trato de recrear en la trama de Dervo.

Por suerte, la información que nos ha llegado de la Roma monárquica es mucho más prolija, lo que me ha permitido ceñirme a la historia y rellenar los huecos con el viaje de Catus y sus amigos. Sabemos que el rey Anco Marcio falleció por causa natural, y que Tarquinio Prisco se encargó de que sus pupilos Gneo y Numa estuvieran alejados en una expedición de caza para hacerse con el poder. El etrusco convenció a la *Comitia curiata* y encandiló al público con su discurso, ascendiendo al trono. Tarquinio y su mujer Tanaquil, llamada en Roma Gaia Cecilia, procedían de Tarquinia en Etruria, aunque el padre de Lucio, Demarato, era corintio. Estas raíces foráneas debieron perseguirlos hasta que Tanaquil, empujada por el auspicio del águila posándose en la cabeza de su marido, decidió convertirlo en rey de Roma.

Tarquinio nombró numerosos senadores entre familias menores, como los Octavio; guerreó contra los sabinos, los etruscos y los latinos, tomando Apiolae; construyó el famoso Circo Máximo y la Cloaca Máxima para evitar inundaciones. Finalmente, los hijos de Anco Marcio

ejecutaron su venganza y, como sugiero en el sueño de Catus, asesinaron al viejo Tarquinio.

El aclamado augur Atto Navio y la reina Hostilia son personajes históricos. La ceremonia del auspicio en Roma, el altar del Monte Albano, la burocracia y las fiestas y costumbres aquí recogidas están basadas en fuentes clásicas.

El augurio que pongo en boca de Tanaquil se revelará cierto: pocos años más tarde, los sobrinos de Ambicatus y, después, muchos otros galos, irán arrebatando territorio y fama a los etruscos. Pero no será hasta el 387 a.C. que el galo senón Breno saquee Roma.

Los sucesos narrados en Corinto son también historia. El tirano Periandro mejoró el puerto y construyó una rampa a través del istmo de Corinto para arrastrar las naves y evitar la larga ruta del Peloponeso, sustituyendo su anterior y ambicioso plan de construir un canal. También atacó Epidauro, la ciudad de su suegro. El resto de personajes griegos, así como el etrusco Aruns, son ficticios.

He respetado la leyenda de Teucro, héroe de la Guerra de Troya, introduciendo únicamente el asunto de la lanza para hilarlo con la famosa lanza del dios celta Lugus o Lug.

Sobre los fenicios, son pocos los datos que nos han llegado, más allá de la visión de piratas y hábiles navegantes que nos aportan sus rivales griegos. Cartago era por entonces una floreciente ciudad con un puerto magnífico. Gádir es bien conocida por la arqueología y la historia, así como sus distintas islas y factorías. Se sabe que las relaciones de los tartesios con sus vecinos fenicios fueron tumultuosas, al igual que la competencia de los asiáticos con los comerciantes griegos.

Prácticamente todo lo que sabemos sobre Tartessos nos llega a través de fuentes clásicas posteriores, por lo que debemos entender estas historias y mitos desde una óptica griega. De Argantonio sabemos que fue un monarca generoso que entabló amistad con navegantes griegos. El contacto con los galos que propongo en la novela, así como el personaje de Siseia, son pura ficción. La búsqueda de la ciudad de Tartessos ha obsesionado a la arqueología europea durante siglos. De existir tal capital, aún no se ha encontrado, aunque se barajan diversas hipótesis. Me he decantado por situarla en el centro del antiguo estuario, hoy colmatado, sobre la colina llamada Mesas de Asta, la romana Asta Regia, en Cádiz. Confiamos en que futuras excavaciones esclarezcan este misterio.

Las complejas relaciones comerciales entre el Mediterráneo y Tartessos que se exponen en la novela, en especial la hegemonía fenicia y las exploraciones griegas, sí se ajustan a lo que sabemos de aquella época. Kolaïos o Coleo de Samos fue un navegante griego que, en efecto, navegó hacia Egipto y acabó —en teoría, arrastrado por un temporal— en las costas tartesias, llevándose de vuelta a Samos una buena suma de plata. Con la trama en Tarte he querido exponer la complejidad comercial del Mediterráneo que los mitos y leyendas postreros tanto han simplificado: Tartessos y Gádir habrían funcionado como filtro o intermediarios entre el comercio atlántico, en especial del codiciado estaño del norte, y los productos de prestigio del Mediterráneo —alfarería, telas, especias, tecnología, especies animales y vegetales, etc.—. Un comercio que quiso acaparar Fenicia, en especial Cartago, y que desembocó décadas más tarde en un conflicto armado contra los griegos de Massalia: la batalla de Alalia. No sabemos qué papel tuvo Tartessos en esta guerra, pero su desaparición en las fuentes a partir de este punto resulta sospechosa.

Para más información sobre el trasfondo histórico y legendario de las novelas, puede consultar mi blog y redes sociales.

ACERCA DEL AUTOR

Cántabra de nacimiento y burgalesa de espíritu, porque pací en los escarpados riscos del cañón del Rudrón, donde se entierran las raíces de mi familia. El trepidante pasado del valle conformó mis dos pasiones: la historia y la naturaleza, eje y color de mis novelas y relatos.

Estudié Ciencias Ambientales en la Universidad de Salamanca y el final de la carrera fue el inicio de una larga migración por trabajo. Esto, sumado a viajes y estancias en el extranjero, ampliaría mi bagaje lingüístico, otra de mis eternas obsesiones.

Comencé a escribir desde muy pequeña y, después de unos años de parón, he tocado distintas ramas de la escritura: relato corto, ensayo prosa poética, ciencia ficción, mitología, humor...

Como aficionada a la arqueología, presido la asociación cultural Tribus del Íber, especializada en petroglifos y protohistoria del norte de Burgos y sur de Cantabria.

Publicaciones:

Ni en un millón de años (2020, Bubok): compendio de relatos de ciencia ficción con otros autores en el que participo con dos relatos.

Ellas y el amor (2021, Diversidad Literaria): compendio de relatos largos de amor con otras autoras en el que participo con “El arte de catalogar”.

Tarvos, de Tartessos a la Galia (2022, Amazon): ficción histórica de la que nace “Ambicatus” como precuela. Narra las aventuras del príncipe tartesio Habis por la Península Ibérica y la Galia.

Historias aderezadas de un pueblo que sí existe (2022, Amazon): relatos ilustrados en tono humorístico sobre el mundo rural y la despoblación.

Hombres lobo y otros depredadores de la mitología (2022, Amazon): ensayo ilustrado sobre los mitos del hombre lobo.

Historias de bronce y mar (2023, Amazon): cuatro relatos ilustrados de viajes épicos en la Edad del Bronce.

Presencia en las redes:

Facebook: www.facebook.com/elisariveroescritora/

Blog: <https://elisariverotarvos.blogspot.com/>

Instagram: @elisatarvos

Tiktok: elisatarvos

[1] Avaricon: asentamiento de la tribu gala de los bituriges, actual Bourges (Francia).

[2] Etruria: antigua región que ocupaba el centro-norte de Italia.

[3] *Carnyx*: trompa de guerra procedente de la Galia con forma de cabeza de jabalí.

[4] Ligur: habitante de Liguria, antiguo pueblo que habitaba la costa sureste de Francia y costa oeste de Italia.

[5] Felsna: nombre etrusco de la actual ciudad de Bolonia (Italia).

[6] Río Secuana: antiguo nombre del río Saona (Francia).

[7] Lugnasad: festividad celta de la cosecha celebrada en la luna llena de agosto, durante la cual se realizaban los casamientos.

[8] Samonios: primer mes del calendario de Coligny. Según la mayoría de los autores, se corresponde con octubre-noviembre.

[9] Vesontio: nombre antiguo de la actual Besanzón (Francia).

- [10] Giamonios: mes del calendario galo entre abril y mayo.
- [11] Caris: nombre medieval del río Cher (Francia).
- [12] Nemessos: nombre antiguo de Clermont-Ferrand (Francia).
- [13] Líger: antiguo nombre del río Loira (Francia).
- [14] Lugodunom: antiguo nombre de Lyon (Francia).
- [15] Arar: antiguo nombre del río Saona (Francia).
- [16] Genava: nombre antiguo de Ginebra (Suiza).
- [17] Salassi: tribu que ocupó el valle de Aosta, posiblemente ligures.
- [18] Paso de Pen: posible antiguo nombre del paso de San Bernardo (Alpes).
- [19] Duria Major: nombre latín del río Dora Baltea (Italia).
- [20] Verkelle: posible nombre primigenio de Vercelli (Italia).
- [21] Pentuar: cuatro en galo.
- [22] Parmnie: posible antiguo nombre de la ciudad de Parma (Italia).
- [23] Mutna: posible antiguo nombre de la ciudad de Módena (Italia).
- [24] Apeninus: cordillera de los Apeninos (Italia).
- [25] *Braccae*: prenda de ropa normalmente de lana, similar a unos pantalones.
- [26] Transcripción del discurso de Lucio Tarquinio Prisco extraída de “Ab Urbe Condita”, de Tito Livio.
- [27] *Domus*: tipo de casa romana característica de la clase alta.
- [28] Apiolae: antigua ciudad de los latinos, se desconoce su ubicación.
- [29] Aulós: instrumento musical de viento, como una flauta doble, utilizado en la Antigüedad.
- [30] Libia: nombre que en la Antigüedad se otorgaba a gran parte de la costa norte africana.
- [31] Fenicios: antiguo pueblo procedente de las costas de Oriente Próximo que dominaron el comercio marítimo en la Antigüedad.
- [32] Cartagineses: habitantes de Cartago, colonia fenicia en la costa de la actual Túnez.
- [33] Oea: antigua colonia fenicia en la actual Trípoli (Libia).
- [34] *Hippoi*: tipo de barco antiguo ligero con prótomo de caballo.
- [35] *Gaulas*: tipo de barco antiguo destinado al comercio, con forma panzuda.
- [36] Calpe: nombre del promontorio norte de las columnas de Hércules, identificada con el peñón de Gibraltar.
- [37] Gádir: antiguo nombre de la ciudad de Cádiz.
- [38] Ilene Os: posible nombre antiguo de los Pirineos.
- [39] Onuba: ciudad tartesia ubicada en la actual Huelva.
- [40] Brigantia: antiguo nombre de A Coruña.
- [41] Pupluna: antiguo nombre de la actual Populonia (Italia).
- [42] Anagantios: mes galo correspondiente a enero-febrero.
- [43] Caura: nombre romano de Coria del Río, previamente una ciudad tartesia.
- [44] Vindinium: nombre antiguo de la actual Le Mans (Francia).
- [45] Biturix: de “bitu” mundo, y “rix” rey, en galo.
- [46] Oxumeto: ocho. Nameto: nueve en galo.
- [47] Benna significa rueda en galo. La rueda era uno de los símbolos de Taranis.
- [48] Liga: antiguo nombre del río Loira.